
Profesora
Morley
MÓNICA BENÍTEZ

PROFESORA MORLEY

MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2026 MÓNICA BENÍTEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Aviso legal
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este material puede ser reproducida, distribuida, transmitida o almacenada en ningún formato ni por ningún medio, ya sea físico, digital, electrónico o mecánico, sin la autorización previa y expresa de la autora. Esto incluye, pero no se limita, a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabaciones o cualquier forma de reproducción.
Este material no puede ser utilizado, en su totalidad o en parte, con fines comerciales sin el consentimiento previo y por escrito de la autora. Asimismo, quedan prohibidas la traducción, adaptación, transformación o cualquier otra modificación de este material sin autorización expresa de la autora.
La distribución no autorizada de este material en plataformas digitales, redes sociales o cualquier otro medio en línea constituye una violación de los derechos de autor y será perseguida conforme a la ley.
Todos los personajes, situaciones y eventos descritos en este libro son completamente ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.
Para consultas sobre permisos o autorizaciones, por favor, comuníquese con mbenitezlibros@gmail.com
Registro: 28.03.2026

https://monicabenitez.es
Twitter: @monicabntz
Instagram: mbenitezlibros
https://www.facebook.com/monicabntz
Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Capítulo 1

Eleanor Morley arrastra la maleta por el suelo de la terminal de llegadas del aeropuerto de San Diego con la sensación de que pesa el doble de lo que pesaba cuando salió de Roma, pero sabe perfectamente que no es la maleta lo que pesa, sino ella, todo su cuerpo, como si la gravedad de esta ciudad tirara de sus huesos con más fuerza que la de cualquier otro lugar en el que ha estado durante los últimos cuatro meses.

Se detiene junto a la cinta de equipajes y coge la maleta que ha facturado, la misma con la que se marchó en septiembre con la intención de volver en cuatro semanas. Cuatro semanas que se convirtieron primero en ocho, después en doce y, por último, en dieciséis, porque Eleanor, la mujer que durante años dirigió una universidad con aplomo y la rigidez propia de su cargo de rectora, resultó ser incapaz de tomar la decisión más sencilla de su vida: volver a casa.

Ahora lo ha hecho, pero no porque lo hubiera decidido, sino porque el tiempo se le ha terminado. El año que pidió de excedencia en la universidad después de dimitir como rectora ha llegado a su fin y Eleanor tiene que reincorporarse al trabajo, solo que esta vez, volverá siendo profesora.

Pasa por el baño antes de salir y, mientras se lava las manos, se mira en el espejo. Lleva el pelo recogido en una cola baja porque no se ha vuelto a hacer ese moño apretado y perfecto desde que

renunció a su cargo, como si ese peinado formara solo parte de su identidad como rectora, y ahora que no lo es, le resulta imposible verse así. Tiene las ojeras marcadas por el insomnio de demasiadas noches mirando los techos de los hoteles donde se alojaba y su mirada verde como la de su hija parece completamente apagada.

Ahora nadie la mira ni la reconoce. En otro momento de su vida, eso la habría ofendido, porque Eleanor Morley era alguien, esa mujer que entraba en cualquier sala y cuya presencia provocaba que la gente se pusiera recta, y su nombre daba miedo y respeto con solo escucharlo. Ahora es una mujer con aspecto de no haber dormido bien en meses que arrastra dos maletas por el aeropuerto, y a nadie le importa.

Respira hondo y sale de la terminal para dirigirse hacia el aparcamiento. Es enero, pero en San Diego no es lo mismo que en Londres o en Berlín, donde ha pasado las últimas semanas; aquí el sol todavía calienta lo suficiente como para que alguien atrevido lleve manga corta en algún momento del día, y el olor a salitre del Pacífico le entra por la nariz haciendo que se pregunte por qué no ha vuelto antes, y la respuesta le da tanta vergüenza que quiere abofetearse a sí misma.

A Eleanor le cuesta unos segundos reconocer a Grace cuando la ve a lo lejos, apoyada contra el coche de Natalie mientras la espera mirando su móvil. Lleva unos vaqueros, unas zapatillas deportivas y una camisa abierta encima de una camiseta. Eleanor no sabía qué versión encontraría, si esta, la informal, o la de la abogada seria en la que Grace se había convertido durante los últimos meses antes de que ella se marchara.

Eleanor sigue caminando hasta que su hija levanta la mirada y la ve. Durante una fracción de segundo, las dos se quedan quietas, entonces Grace aprieta la mandíbula, después la afloja de inmediato y suaviza su expresión, recordándole a su madre a la niña que corría hacia ella cuando volvía del trabajo, a la Grace que era antes de que todo se rompiera entre ellas por culpa de Eleanor y su dificultad para comunicarse.

—Hola, mamá —dice Grace cuando Eleanor se detiene frente a ella sin saber muy bien cómo actuar.

Es Grace la que se mueve y la abraza, apretándola con una determinación que hace que Eleanor exhale.

—Hola, Grace —susurra, sin saber qué más puede decir ahora mismo, pero profundamente aliviada por el gesto de su hija que sin duda no merece.

El abrazo es fuerte y largo. Grace la rodea con los brazos y la sujeta con una fuerza que sorprende a Eleanor, como si quisiera asegurarse de que de verdad está aquí. Eleanor hunde la cara en el pelo de su hija y aspira su olor, sintiendo que no ha cambiado desde que era una niña y, cuando se separan, Eleanor ve lo que se estaba temiendo cuando ha bajado del avión, la mirada de Grace acaba de cambiar y se ha endurecido, con un destello acerado en sus ojos que parece más propio de su madre que de ella.

—Estás más delgada —afirma Grace, mirándola de arriba abajo.

Eleanor no sabe qué responder, aunque parece que su hija tampoco espera que diga nada al respecto, porque le coge las maletas y las mete en el maletero antes de rodear el coche y subirse. Eleanor se queda unos segundos de pie en la acera hasta que se decide a abrir la puerta del copiloto y se sienta.

—¿Y tu coche? —pregunta, tratando de evitar las preguntas que no quiere responder.

—Lo vendí.

Eleanor parpadea sorprendida y Grace se incorpora al tráfico.

—¿Qué? Te encantaba ese trasto —dice, todavía incrédula con la noticia.

—Apenas lo utilizaba, mamá. Al trabajo voy en transporte público y el de Natalie nos resultaba más cómodo para movernos por la ciudad, no tenía sentido tenerlo.

—Claro, entiendo —dice Eleanor, aunque no lo entiende del todo.

No sabe en qué momento su hija ha madurado de este modo, y siente vértigo al preguntarse cuántas cosas más habrán pasado en estos cuatro meses que ha estado fuera sin apenas comunicación.

—¿Cómo está Natalie?

Grace la mira de reojo mientras avanza por las calles de San Diego.

—Bien, ocupada preparando el nuevo semestre —responde con sequedad.

—Claro, me…

—Cuatro meses, mamá —la corta Grace, que ya no puede aguantarse—. Tres de ellos sin apenas llamadas, recibiendo mensajes

escuetos para decir que estabas bien; ni siquiera sabía dónde demonios estabas.

—Grace…

—¿Qué coño te pasó por la cabeza? —sigue Grace—. ¿Sabes lo confuso que ha sido todo? ¿Lo preocupada que estaba?

—Siento haberte preocupado —se disculpa Eleanor, sintiendo que la culpa le atraviesa todo el cuerpo—, no era mi intención.

Grace se detiene en un semáforo y resopla cuando se gira hacia su madre.

—¿No era tu intención? —pregunta, soltando una risa irónica—. Si no hubiera sido tu intención, habrías dado alguna explicación razonable y habrías contestado a mis llamadas, pero simplemente desapareciste. Cuando llegó el momento de volver tras ese mes que supuestamente ibas a estar de viaje, dijiste que no podías regresar todavía y se acabó, las llamadas y los mensajes comenzaron a espaciarse hasta que simplemente desaparecieron.

Eleanor no sabe qué responder. No puede defenderse porque todo lo que dice su hija es cierto y, cualquier cosa que diga ahora mismo, será una excusa, porque Eleanor todavía no sabe cómo explicar lo que sintió ni lo que siente ahora.

—Lo siento, Grace —susurra, porque ahora mismo es lo único que puede hacer.

Grace reanuda la marcha y suspira.

—Sí, supongo.

—Ahora estoy aquí, he vuelto, ¿de acuerdo? —trata de apaciguar las cosas Eleanor.

Las manos de Grace se aprietan sobre el volante al igual que su mandíbula.

—Has vuelto porque se te ha terminado el tiempo, tu año sabático ha acabado y te tienes que reincorporar, me pregunto si habrías vuelto de no ser así.

Eleanor traga saliva y siente que el pecho se le desgarra, porque la expresión de Grace muestra la misma decepción de cuando era una niña y su madre no sabía cómo abrazarla, la de cuando su padre murió y Eleanor se encerró en su trabajo en lugar de sostenerla y la de todas esas veces que Grace necesitó a su madre y se encontró con una puerta cerrada.

—Grace…

—Da igual, mamá, no quiero discutir. Tú lo has dicho, ahora estás aquí.

Se quedan en silencio durante los siguientes minutos, hasta que Eleanor hace la pregunta que lleva quemándole la boca desde que se ha subido al coche.

—¿Cómo está Julia? ¿La has visto?

De repente, se da cuenta de que es la primera vez que pronuncia su nombre en voz alta desde hace semanas, y el sonido de esas sílabas le produce un cosquilleo eléctrico en la boca del estómago que la hace erguirse en el asiento.

—Está bien —responde Grace.

Eleanor la mira. Necesita saber más, que le diga si Julia sigue pensando en ella, si la odia —que es lo más probable y lo que merece — si se ha olvidado de ella o si ha seguido adelante después de ese silencio de Eleanor en los últimos tres meses, porque no solo dejó de comunicarse con su hija, también lo hizo con Julia.

—Está bien, pero… —dice Eleanor, esperando que le explique cualquier cosa de la profesora.

—Si quieres saber algo más, hablas con ella —espeta Grace.

El tono cortante de su hija hace que Eleanor asienta. Sabe que tiene razón, no tiene derecho a interrogar a Grace sobre Julia porque no puede desaparecer cuatro meses y esperar que ahora le dé un informe detallado. La vida no funciona así y Eleanor lo sabe, aunque se sienta tan perdida que no sepa cuál debe ser su siguiente paso.

No hablan más hasta que Grace detiene el coche frente a la casa de Eleanor.

—Te he llenado la nevera y he encendido la calefacción esta mañana, así no tendrás que salir si estás cansada —dice Grace.

—Gracias, no tenías que molestarte.

—No me he molestado, mamá —responde Grace.

Se bajan del coche y Grace le lleva las maletas hasta la puerta.

—¿Estarás bien?

—Sí, gracias por venir a buscarme.

Grace se acerca y le da un beso en la mejilla que vuelve a aliviar a Eleanor.

—Llámame si necesitas algo —dice mientras vuelve al coche.

—Claro, conduce con cuidado.

Eleanor la observa hasta que se aleja y después entra en su casa. El interior huele a limpio y a cerrado al mismo tiempo, a ese olor que

tienen los lugares que llevan demasiado tiempo sin ser habitados. Todo está tal como lo dejó y, sin embargo, todo le parece diferente porque la última vez que estuvo aquí, Julia estaba con ella y Eleanor puede verla sentada en su sofá, con las piernas cruzadas y esos ojos color miel que se clavaban en ella hasta cortarle la respiración.

Se sienta en el sofá y coge su teléfono. Piensa en llamarla, solo tiene que buscar su contacto y darle al botón verde para decirle que ha vuelto, que está sentada en el lado del sofá donde solía sentarse ella y que necesita verla ahí porque el pecho le duele de una forma que no sabe explicar. Podría decirle que lo siente, que no debería haberse ido tanto tiempo ni cortado la comunicación de ese modo, que no ha dejado de pensar en ella ni un solo minuto y que eso la aterraba hasta el punto de quedarse paralizada.

Podría hacer todas esas cosas, pero Eleanor Morley nunca ha sabido hacer las cosas cuando tenía que hacerlas, así que deja el móvil bocabajo sobre un cojín y se queda quieta, con las manos apoyadas en los muslos y la mirada fija en la pared de enfrente.

La casa está en silencio, pero la cabeza de Eleanor no para.

Capítulo 2

Julia está sentada en la que se ha convertido en su cafetería favorita en estos últimos meses. Es sábado por la mañana y, frente a ella, está Nora Walsh, una profesora que se incorporó el semestre anterior —al mismo tiempo que la nueva rectora— para cubrir una plaza de Derecho Internacional. Es pelirroja, con los ojos muy oscuros y complexión atlética, además de una risa extremadamente contagiosa y una edad cercana a la de Julia. Solo es tres años mayor que ella y ambas profesoras conectaron de inmediato, lo cual fue un alivio para Julia, porque en ella encontró un pilar en el que apoyarse ante la ausencia injustificada de Eleanor, aunque nunca le haya hablado de ella.

—¿Esta es la parte que te parece problemática? —pregunta Nora, señalando un párrafo en los documentos que Julia tiene frente a ella.

Es el artículo de uno de sus alumnos, que está terminando de corregir y comentando con su amiga.

—Esta y la siguiente —dice Julia sin levantar la vista, haciendo una pausa para dar un sorbo a su café—. Aquí Kaplan asume que el precedente de 2019 es aplicable sin cuestionarse si el contexto federal cambia el análisis. Es un salto enorme.

—Enorme y bastante conveniente para sus conclusiones —opina Nora.

—Sí, exacto —dice Julia, y siente una punzada de algo parecido a la rabia atravesándole el pecho.

Este es el tipo de conversaciones que le encantaba tener con Eleanor, donde la antigua rectora brillaba y ella babeaba mientras la escuchaba. Ante esa misma observación que ha hecho Julia, Eleanor se habría explayado en la respuesta, dando su punto de vista y señalando los motivos por los que esa parte del artículo le hubiera parecido muy vaga, pero Eleanor no está aquí y Nora sí, y su amiga prefiere hablar de cualquier cosa menos de trabajo cuando están fuera de él.

—¿Se lo vas a decir en la revisión? —pregunta Nora.

—Voy a pedirle que justifique el salto —responde Julia, que ahora sí que levanta la vista—. Seré amable —sonríe, y Nora aprieta los labios para no reírse.

—Amable —repite divertida, arqueando una de sus cejas cobrizas —. Qué considerada.

—Soy considerada cuando la persona al otro lado del artículo lleva tres años trabajando en él, pero dejaré de serlo si no lo mejora.

Ahora Eleanor la miraría con esos ojos verdes tan intensos que siempre hacían que a Julia le hormiguease medio cuerpo, orgullosa y satisfecha, pero de nuevo, Nora no es Eleanor.

—¿Algo más que añadir a mi proceso editorial? —pregunta Julia, entornando la mirada.

Nora sonríe y niega con la cabeza.

—No. Creo que tu enfoque es el correcto, Kaplan tiene potencial, pero necesita que alguien le haga las preguntas que es evidente que él no se ha hecho.

Ahora sí que se parece un poco a Eleanor y la rabia vuelve a invadir a Julia, porque le gustaría no pensar tanto en ella y más en esta mujer que tiene delante, pero le resulta imposible. Ella y Nora son esto: cafés los sábados, momentos de charla rápida en los pasillos de la facultad de Derecho durante la semana, algún almuerzo cuando sus horarios coinciden y alguna copa un viernes por la noche.

—¿Cómo va tu artículo? —pregunta Julia, guardando las hojas que revisaba en su bolso—. ¿Cuándo se lo enviarás al editor?

—El martes, supongo —dice Nora, aunque no parece muy convencida—. Si consigo terminar la nota a pie de la página diecisiete sin que me entre un tic en el ojo.

Julia se ríe.

—¿Qué problema tienes con esa nota?

—Que cita tres fuentes contradictorias entre sí y yo tengo que reconciliarlas sin que el texto principal se derrumbe —Nora hace una pausa—. Básicamente, estoy construyendo una casa con pilares que apuntan en direcciones distintas.

Julia levanta las cejas y silba.

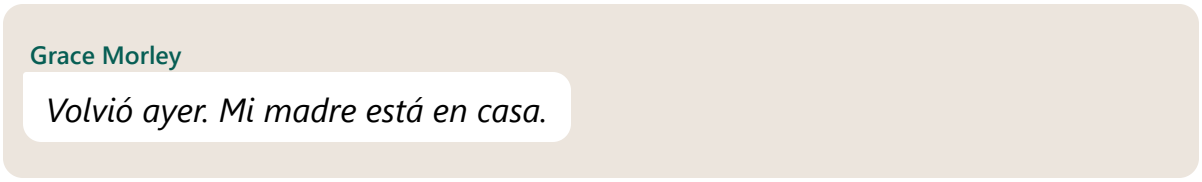
—Seguro que encuentras una solución.

—Sí, no dormir durante el resto del fin de semana.

Julia se ríe de nuevo y Nora se contagia. Su risa tiene ese toque que hace que Julia tenga que reírse todavía con más fuerza, aunque todo sea absurdo. Es una de las muchas cosas buenas de Nora, es fácil y cómodo estar con ella, sin complicaciones.

El teléfono le vibra sobre la mesa y Julia ve el nombre de Grace Morley en la pantalla porque lo tiene bocarriba. Lo coge sin dudar, porque la relación entre ella y Grace se ha estrechado mucho en estos meses cuando ambas, desconcertadas por esos mensajes cada vez más espaciados de Eleanor, le preguntaban a la otra si sabía algo que ella no sabía. Después pasaron a preguntarse si simplemente sabían algo de Eleanor, hasta que dejaron de preguntar por ella y Grace le escribía a Julia para saber cómo le iba una semana, y Julia le decía lo mismo a la siguiente. Y así hasta ahora.

Lo desbloquea de inmediato y abre el mensaje pensando que Grace le va a decir que pase por su apartamento para tomar un café o cenar con ella y con Natalie como hace algunas veces, pero lo que lee la deja congelada en la silla.



Lee la frase dos veces y después una tercera, aunque ya la tiene memorizada desde la primera, y necesita una cuarta para confirmar que no está alucinando.

La expresión de Julia no cambia de un modo que sea fácil de identificar. No palidece, no se queda con la boca abierta ni suelta el teléfono como si le estuviera quemando la mano. Hace exactamente lo contrario, se queda muy quieta, bloquea la pantalla y deja el teléfono donde estaba, solo que lo pone bocabajo.

—¿Estás bien? —pregunta Nora, que no puede percibir nada más que el silencio repentino de Julia.

Julia levanta la vista y parpadea.

—Sí, no es nada importante.

Nora la mira muy seria y Julia sabe que no le está creyendo, pero tampoco la presiona porque es de esas personas que saben darte tu espacio para que hagas las cosas a tu ritmo, otra de las cosas buenas de Nora.

—De acuerdo —dice Nora, y coge su taza para beber.

La conversación vuelve a fluir entre ellas, pero ambas saben que algo ha cambiado, aunque ninguna lo mencione. Julia está presente, pero una parte de ella ya no está ahí, su mente se ha detenido en el mensaje de Grace, en esa frase que se repite en bucle en su cabeza.

Volvió ayer. Mi madre está en casa.

Al final, pide la cuenta antes de lo que tenía planeado, con la excusa de que quiere terminar de corregir el artículo del tal Kaplan. Nora no lo cuestiona, aunque tampoco se cree sus motivos del todo, pero la acompaña hasta la puerta sin insistir y le da un abrazo en la acera a modo de despedida.

Cuando Julia llega a su apartamento, cuelga el abrigo y deja el bolso sobre el mueble del recibidor. Después camina directamente a la cocina sin saber muy bien por qué ha ido hasta allí, y la culpa la tiene Eleanor.

Cuatro meses en lugar de uno. Dieciséis semanas que ella ha contado una por una a pesar de que ha intentado no hacerlo. En el fondo, sabía que este momento iba a llegar muy pronto, porque el año sabático de Eleanor terminaba y tenía que reincorporarse. Lo que Julia no supo calcular fue lo que iba a sentir cuando este momento llegara, y ahora que ha sucedido, solo puede definirlo con una palabra: rabia. Esa es la emoción que corre por su cuerpo con más intensidad, la misma que la ha acompañado durante este tiempo y que ella comenzó a acumular junto con la frustración cuando las llamadas de Eleanor comenzaron a espaciarse primero, desapareciendo por completo durante los últimos dos meses. Lo mismo pasó con los mensajes: primero tardaba en responderlos hasta que en noviembre simplemente dejó de hacerlo.

Julia ha intentado comprender la situación. Cuando acabó su mes, Eleanor dijo que necesitaba más tiempo y ella no lo cuestionó, no le preguntó para qué lo quería, consideró que le tenía que dar ese

espacio porque Eleanor había tenido que aceptar muchas cosas en muy poco tiempo, pero no entiende todo lo demás. No entiende la distancia, su frialdad y esa falta de comunicación, y la rabia sigue creciendo dentro de ella como si quisiera devorarla.

Se sirve un vaso de agua, pero no se lo bebe, se queda mirándolo mientras aprieta los dedos en el borde del mármol. La parte que más le cuesta no es la rabia, porque lleva semanas con ella y sabe gestionarla, lo que le cuesta es otra cosa que vive por debajo de ella y se niega a desaparecer. Es ese tipo de cosa que cuando Nora hace un comentario gracioso en la sala de profesores y Julia se ríe, le recuerda que hay una risa que no ha vuelto a escuchar en cuatro meses. Que cuando un alumno hace un comentario brillante en clase y Julia siente esa ansiedad por compartirlo con alguien, ese alguien ya no está. Y así con todo.

Se bebe el vaso de agua y va hacia su habitación como si fuera un robot, quedándose en la puerta mientras observa el libro que permanece bocabajo en la mesilla contraria a la que duerme. Eleanor se lo regaló antes de marcharse, después de que Julia le hubiera preguntado si había algún libro de teoría jurídica que Eleanor considerara imprescindible. Le citó su favorito y le dijo que tenía una edición antigua y desgastada, y días después se lo regaló.

Julia ya lo ha leído y, cada vez que lo ve, siente ganas de estrellarlo contra la puerta del armario, pero las ganas se quedan en eso, porque nunca lo toca, lo tiene ahí como si fuera lo único que le queda de Eleanor.

Se cambia de ropa y se pone unas mallas, una camiseta técnica y las zapatillas de correr. Después coge los auriculares, las llaves de su casa y el teléfono, y sale a la calle dispuesta a quemar esa ira que siente por dentro de la única forma que conoce: corriendo hasta que le arden los pulmones.

Capítulo 3

Eleanor llega a la consulta de la doctora Lamond con un nudo en la garganta a pesar de que ya lleva más de un año asistiendo a terapia con esta mujer y, aunque han sido cuatro meses los que ha estado sin venir, ha hablado con ella por videollamada en un par de ocasiones durante sus vacaciones, así que no debería estar nerviosa como si fuera la primera vez que viene.

—Pase, Eleanor, me alegro de verla de nuevo —dice Amanda Lamond cuando le abre la puerta de su casa, que es también el lugar desde el que trabaja.

—Gracias —responde Eleanor, siguiendo a la mujer hasta la consulta y, en cuanto entran, sus ojos se clavan de inmediato en el sillón, ese desde el que ha pasado tantas horas hablando de cosas que jamás se esperaría haber compartido con nadie.

—Siéntese —señala la doctora, acomodándose en su sitio.

A Eleanor le costó muchas sesiones conseguir sentarse en una posición cómoda en este sillón, pero parece haber perdido esa capacidad, porque vuelve a sentarse con la espalda recta y las manos cruzadas sobre el regazo, sin saber qué hacer con ellas.

—¿Qué tal la vuelta? —pregunta Lamond, que tiene una ligera idea de cuál es la situación de Eleanor gracias a esas dos veces que han hablado.

—Llegué muy cansada.

Amanda Lamond levanta una ceja y Eleanor sabe que, si no añade nada más, no se dará por satisfecha y seguramente le hará alguna pregunta incómoda.

—Me está costando un poco adaptarme a la vuelta.

La doctora asiente y no dice nada durante varios segundos que para Eleanor son interminables. Odia que haga eso, que se quede callada para provocar que sea ella la que rellene ese momento incómodo, pero Eleanor parece tener la lengua convertida en cartón ahora mismo.

—¿Cómo se encuentra? —cede la doctora.

—Bien —responde Eleanor, aspirando profundamente para intentar relajarse.

—¿Bien en qué sentido?

Eleanor cambia de posición, cruzando las piernas mientras gana tiempo para responder, porque la pregunta le parece una trampa de manual.

—Ya le he dicho que estoy cansada, pero por lo demás…

No continúa la frase, porque ella misma sabe que miente.

—¿Quiere contarme por qué cuatro semanas de viaje se convirtieron en dieciséis?

La pregunta parece sencilla, pero Eleanor siente que el aire se le escapa de los pulmones.

—Ya lo sabe —responde con sequedad.

—Que lo sepa no significa que no haya que hablar de ello en profundidad. ¿Por qué no me habla de ese correo que dice que recibió? —pide Amanda, guiándola hacia el desencadenante del problema.

La mirada de Eleanor se pierde en algún punto por detrás de la doctora mientras piensa en ese correo que recibió a finales de septiembre, un correo informativo, pero que para ella fue como un golpe de realidad que le hizo darse cuenta de lo mucho que había tratado de ignorar el hecho de que ya no era rectora.

—No sé qué quiere que le diga —dice Eleanor, a la defensiva.

Amanda guarda silencio y mira las notas en su libreta, las que tomó las dos veces que habló con Eleanor durante el viaje.

—Dijo que contenía los detalles de su reincorporación, ¿qué detalles eran esos?

Eleanor suspira con cierta exasperación.

—El programa docente, el calendario de reuniones y la asignación del despacho, ese tipo de cosas.

—¿Y por qué le afectó tanto esa información?

—Yo no dije que me hubiera afectado —rebate Eleanor.

—Pero lo hizo, porque me llamó a las diez de la noche.

Los labios de Eleanor se fruncen hasta dibujar una línea recta.

—No tendré despacho propio, tengo que coordinarme con otro profesor del área de Derecho. El programa docente que sugerí está sujeto a revisión y aprobación del jefe de departamento y debo asistir a las reuniones del claustro de forma obligatoria.

—Entiendo —dice Lamond, pero Eleanor duda que lo haga.

Es imposible que esta mujer sepa lo que se siente al perder todos tus derechos. Eleanor ha pasado de ser la mujer con más poder en esa universidad, a no tener ninguno.

—¿Qué sintió al ser consciente de estos cambios?

—Creo que tuve algo parecido a un ataque de pánico —confiesa Eleanor sin pensarlo—. Por eso la llamé… Y después me quedé dos días encerrada en el hotel.

Amanda Lamond no muestra ninguna reacción en su expresión, aunque le preocupa la reacción de Eleanor y empieza a tener la sensación de que todo lo que había avanzado en la terapia durante meses, lo perdió tras recibir ese correo, o más bien, tras tomar conciencia real de que ahora es solo Eleanor Morley, la mujer, no la rectora.

—¿Dos días? —pregunta la doctora.

—Sí —responde Eleanor sin añadir nada más, y Amanda decide permitirle ese silencio porque ya tiene claro que debe ir poco a poco otra vez.

—Pero después salió.

Eleanor clava sus ojos verdes en ella.

—Quedarme tres días encerrada me parecía excesivo —dice, sin poder contener el tono de ironía.

—Bien, ahora dígame lo que sintió cuando leyó el correo.

Eleanor ladea la cabeza, confundida.

—Ya se lo he dicho, tuve un ataque de pánico, ¿qué más necesita? —pregunta irritada.

—No le he preguntado lo que sintió su cuerpo, le pregunto qué sintió usted, su cabeza.

Eleanor cambia la posición de sus piernas.

—Siento que sin ese cargo no sé quién soy —confiesa en voz más baja de lo normal, clavando la mirada en una planta porque no es capaz de mirar a la doctora mientras lo dice.

Lamond hace otra pausa. En esta no espera que Eleanor rellene el silencio, solo que sea realmente consciente de ese pensamiento que acaba de pronunciar en voz alta.

—¿De verdad cree que eso es así? —pregunta, haciendo que Eleanor la mire.

—Lo que yo crea no importa, lo que importa es que lo sentí, y la diferencia entre lo que una sabe y lo que siente cuando está sola en una habitación de hotel, puede ser bastante grande.

—Sí, puede serlo —confirma Lamond.

Eleanor descruza las piernas y vuelve a colocarse en la misma posición rígida del principio.

—¿Quiere hablarme de las llamadas con Julia?

La mirada fulminante que Eleanor le dedica sin poder controlarla es tan intensa, que Amanda se echa un poco hacia atrás de forma inconsciente.

—También lo sabe.

—Sí, sé que esas llamadas se espaciaron hasta el punto de desaparecer por completo, lo que no sé es el motivo —dice la doctora, que no quiso presionar a Eleanor cuando hablaron por videollamada.

—No sé cómo explicarlo —empieza la exrectora tras unos segundos—. Cada vez que hablaba con Julia, cogía el teléfono después y buscaba vuelos para volver porque necesitaba verla, pero nunca los compraba.

—¿Por qué no los compraba?

Eleanor se pasa la mano por el pelo y echa de menos su moño apretado, pero es incapaz de hacérselo porque siente que ese peinado pertenecía a una mujer que ya no existe.

—Porque me daba miedo lo mucho que los quería comprar.

—¿Qué tiene de malo querer volver a ver a alguien? —indaga la doctora.

—Supongo que nada.

—¿Pero?

—Tuve la sensación de que había creado cierta dependencia —explica Eleanor—. Como si estuviera sustituyendo una cosa por otra. Mi cargo me daba un motivo y algo en lo que centrarme, una razón para hacer ciertas cosas y, cuando lo perdí, Julia ocupó todo ese

espacio —el que le pertenecía y el vacío que yo sentía— y no me pareció correcto.

—¿Piensa que necesitar a alguien la hace débil?

Eleanor se queda muy quieta, mirándola.

—No se trata de necesitar, se trata de otra cosa.

—Se trata de que, durante meses, enterró muy abajo el hecho de que ya no era rectora. Tenía a Julia y estaba empezando a recuperar la relación con su hija, y se centró tanto en eso que cada vez que sentía que le faltaba algo, pensaba en Julia y se le pasaba. ¿Es algo así? —pregunta la doctora.

Eleanor se siente un poco mareada, no sabe si es exactamente así, pero se parece mucho.

—Usted interpretó que esa necesidad de ver a Julia era peligrosa después de haber leído aquel correo y darse de frente con la realidad de que ya no es rectora. Ella no estaba allí para calmar su ansiedad, y comprendió que tenía cierta dependencia de ella.

—Me pareció que estaba buscando en Julia la misma estabilidad que me daba mi cargo, y eso me pareció injusto para ella.

—Pero la quiere.

—Por supuesto —Eleanor ni se lo piensa, lo que siente por Julia Bernet es algo que todavía le cuesta describir—, pero no quiero cargarla con una responsabilidad que no le corresponde. Soy yo la que debe rellenar este hueco, no Julia, ella ya tiene su propio espacio.

Eleanor se siente estúpida hablando de sus sentimientos y tiene la sensación de que se ha explicado tan mal que Amanda no puede entenderla, pero no sabe hacerlo de otra manera.

—¿Le preguntó a Julia si ella lo veía así?

—No.

—¿Le habló en algún momento de lo que estaba pensando? ¿De cómo se sentía? —sigue la doctora.

—No.

—Solo se limitó a espaciar las llamadas hasta convertirlas en un silencio absoluto —resume Lamond.

Eleanor traga saliva.

—Algo así.

—¿Y es eso lo que quiere? Este silencio con ella.

—No, pero ya está hecho —responde Eleanor como si nada tuviera solución.

—Dígame una cosa, ¿cree que Julia se merece una explicación por su parte, o cree que usted se merece la oportunidad de dársela? Porque las dos cosas no son lo mismo.

Eleanor es incapaz de responder tras casi un minuto con la mirada fija en la pared, así que Lamond asiente. Hay muchísimos temas sobre los que tiene que profundizar con Eleanor, pero el tiempo se acaba y la mujer que tiene frente a ella también parece agotada de hablar de algo que no sabe cómo manejar, así que decide poner fin a la sesión.

Cuando Eleanor al fin sale de la casa de Amanda Lamond, es incapaz de ir directamente hacia su coche, necesita moverse y que le dé el aire fresco en la cara, así que camina sin rumbo fijo por la calle con las manos metidas en los bolsillos del abrigo mientras piensa de forma constante en la última pregunta de la doctora.

¿Cree que Julia se merece una explicación, o cree que usted se merece la oportunidad de dársela?

Eleanor conoce la diferencia. Lleva treinta años enseñando Derecho y sabe mejor que nadie que la misma acción puede tener motivaciones radicalmente distintas y que la motivación importa, que no es lo mismo hacer algo por la otra persona que hacerlo por una misma disfrazándolo de generosidad.

Lo que no sabe todavía, y esto es lo que la detiene en mitad de la acera durante tres segundos antes de seguir caminando, es si ella merece una oportunidad de explicarse ante Julia.

Capítulo 4

Eleanor ha pasado demasiados años entrando en el campus y ya no recordaba lo que era tener que buscar aparcamiento, porque siendo la rectora, tenía una plaza reservada donde su nombre estaba escrito en una placa. Ahora intenta no pensar en nada de eso y se baja del coche para enfrentarse a su primer día como profesora mientras trata de que el nudo que le oprime el centro del pecho se disipe un poco.

Cruza la puerta principal con su maletín en una mano y un café en la otra que ha comprado en el vestíbulo, porque ese es otro de los privilegios que ha perdido: el de tener su propia máquina en el despacho.

Se cruza con los estudiantes y suspira irritada cuando ve que todos parecen perdidos buscando sus aulas, como si las vacaciones de Navidad les hubieran borrado del cerebro todo lo aprendido el semestre anterior. Se cruza también con un par de profesores y el aire se le escapa de los pulmones sin que pueda controlarlo, no porque haya notado que la miraban unos segundos de más cuando la han saludado, sino porque cualquiera de ellos podría haber sido Julia, a la que no se ha atrevido a escribir desde que ha vuelto, pero a la que sabe que se encontrará en cualquier momento porque ambas imparten clases en la facultad de Derecho.

Sigue avanzando, intentando no pensar, pero sus pies la detienen en seco cuando pasa por delante de uno de los tablones de anuncios.

Eleanor se gira y sus ojos verdes se clavan en el logo de la universidad, porque no es el mismo de siempre, sigue la misma línea y estilo, pero parecen haberlo modernizado cambiando un poco la tipografía y bajando el tono de azul. Debajo del logo hay un memorándum impreso en papel timbrado con el nuevo diseño. *Directrices para la evaluación del rendimiento docente. Semestre de primavera 2026. Rectorado.* Eleanor lo lee entero de pie frente al tablón con el café en la mano, y después sigue caminando.

Otro cambio que nota es que nadie la mira ni se aparta cuando ella camina como pasaba antes, no enderezan la espalda cuando la ven venir ni la saludan con aquel respeto que era más parecido al miedo, ahora simplemente lo hacen como si fuera una más, y Eleanor sabe que le costará mucho acostumbrarse a eso.

Cuando sube al tercer piso, donde se encuentra el despacho que le han asignado, casi se da de bruces con el decano Vancy, que la está esperando en el pasillo con cierta incomodidad porque después de haber estado bajo sus órdenes como rectora, ahora no sabe cómo tratarla.

—Señora Morley —dice Vancy, sin usar el título de rectora por primera vez, pero tampoco la llama profesora, y Eleanor lo agradece porque necesita su tiempo para acostumbrarse a esto.

—Vancy —responde ella, con ese tono frío que forma parte de su carácter y que no sorprende al hombre.

—Bienvenida —dice, y le tiende la mano—. Me alegra que se haya reincorporado.

Eleanor le estrecha la mano. Vancy es una de las pocas personas a las que siempre ha respetado, porque es bastante competente en su área y un hombre sincero.

—Gracias.

—¿Le muestro el despacho? —Vancy carraspea, de nuevo incómodo ante la idea de tratarla como a una subordinada cuando hace un año era la persona ante quien respondía.

—Claro —responde ella, que parece que solo es capaz de decir una palabra cada vez que abre la boca.

Su despacho está al fondo del pasillo, es la segunda puerta a la izquierda, junto a una de las ventanas que dan al patio interior —no a los jardines del campus junto al aparcamiento— lo cual es otro recordatorio de que ha perdido su poder.

Vancy abre la puerta y se hace a un lado para dejarla pasar. La estancia es pequeña —más bien, es diminuta— con dos mesas enfrentadas, dos estanterías y una ventana en la pared del fondo que da al mismo patio interior.

—¿Quién ocupa la otra mesa? —pregunta, acercándose a la que está vacía.

—El profesor Harkins —responde Vancy—, de Derecho Mercantil, lleva tres años en el departamento.

—Sé quién es —dice ella.

—Claro —Vancy carraspea otra vez, sintiendo que le sudan las axilas—. Normalmente, llega hacia las nueve y media, pero no suele pasar mucho tiempo aquí.

Eleanor lo mira y Vancy le sostiene la mirada. Admira a la mujer que tiene delante porque desde que Eleanor dejó el cargo para proteger la relación de su hija, él siempre se ha preguntado si hubiera hecho lo mismo de estar en su posición.

—Entiendo —dice Eleanor, cada vez más incómoda.

—Supongo que lo ha recibido por correo —dice entregándole una carpeta—, pero esta es la documentación sobre el programa docente. El plazo para presentar la propuesta definitiva acaba el día treinta y uno. Cualquier duda que tenga sobre el procedimiento, la puede comentar con Marta, la secretaria de la nueva rectora.

Se hace un silencio tan incómodo cuando Eleanor coge la carpeta, que Vancy se afloja el nudo de la corbata porque siente que se asfixia. Eleanor abre la carpeta solo para hacer algo con las manos y tener un lugar donde enfocar la vista, porque lo único en lo que piensa —y no puede evitarlo— es que antes era ella la que aprobaba los programas docentes.

El formato del programa tiene cuatro secciones, objetivos, metodología, evaluación y bibliografía, y hay un apartado de observaciones donde el jefe de departamento puede solicitar modificaciones antes de la aprobación final. Eleanor conoce este formato porque ella misma lo estandarizó hace seis años cuando reorganizó el sistema de coordinación académica de la facultad.

—De acuerdo —dice, cerrando la carpeta.

Vancy parece aliviado de que la conversación haya ido bien hasta aquí, lo cual le resulta a Eleanor bastante irritante, porque no es un animal impredecible y nunca lo ha sido, pero entiende de dónde viene el alivio y decide no decir nada.

—El claustro general es el viernes a las doce —añade Vancy—. Le enviaré el orden del día por correo.

—Bien.

—Y si necesita cualquier cosa, sabe dónde encontrarme.

Lo dice con una sinceridad que Eleanor aprecia, y asiente antes de que Vancy salga y la deje sola en el despacho con la carpeta en las manos y un silencio ensordecedor que la aturde. Se sienta en la mesa que no tiene nada encima, que es la que le corresponde, y pone la carpeta sobre la superficie. La silla tiene ruedas y el respaldo no llega a los hombros, no como la que tenía antes, donde podía apoyar la cabeza y reclinarse sin miedo de acabar en el suelo.

Está colocando sus cosas cuando escucha pasos en el pasillo y después una voz.

—¿Eleanor?

Albert Thompson aparece bajo el marco de la puerta con una de esas corbatas horrendas que Eleanor tanto detestaba, pero lo que más le molesta ahora además de su presencia, es que se atreva a llamarla por su nombre.

—Albert —responde sin apenas mirarlo.

—Qué alegría verte de vuelta —Thompson entra sin que nadie le haya invitado a hacerlo y mira el despacho con una sonrisa que es incapaz de contener—. ¿Este es tu nuevo espacio? Parece acogedor.

Eleanor levanta la mirada y sus ojos, de un verde intenso, se clavan en el hombre que en parte fue responsable de que perdiera su cargo. Si él no hubiera descubierto la relación de Grace y Natalie, probablemente habrían terminado el año sin que nadie se enterase, pero este tipo, que solo sabe ascender buscando puntos débiles en los demás, se presentó en su despacho con las suficientes pruebas como para que Eleanor se viera obligada a adelantarse.

—¿Quieres algo? —espeta, cogiendo la carpeta para dejarla caer en una esquina con un golpe sordo que sobresalta a Thompson.

—No, solo quería darte la bienvenida. Debe de ser raro, ¿no? Cruzar estas puertas como profesora cuando has sido rectora durante tanto tiempo.

Ahí está el verdadero motivo por el que este hombre está aquí, solo quiere pavonearse, o provocarla hasta sacarla de quicio, pero Eleanor se dice mentalmente que no tiene energía para discutir con un tipo tan insignificante para ella.

—Las puertas son las mismas. Si no necesitas nada, cierra al salir.

El tono seco y la orden directa son como los mismos que utilizaba antes para deshacerse de él, y Thompson parece volver al pasado, porque se yergue y asiente antes de salir. Eleanor espera a que el sonido de sus pasos desaparezca en el pasillo y después mira la pared de enfrente durante varios segundos.

Debe de ser raro, ¿no? Cruzar estas puertas como profesora cuando has sido rectora tanto tiempo. Lo ha dicho como quien pone el dedo en un moratón para ver si todavía duele, y la respuesta es que sí, que duele, aunque Eleanor no tenga ninguna intención de dársela a Thompson ni a nadie que no sea Amanda Lamond en la consulta de su casa.

Se levanta y sale al pasillo porque el profesor ha dejado el despacho cargado de una energía que no le gusta. No sabe hacia dónde ir, pero mira hacia la derecha porque sabe que en este pasillo también está el despacho de Julia, solo que no es a Julia a quien ve acercarse, sino a Natalie Dumont, a la que todavía no ha visto desde que regresó del viaje.

—¿Se ha equivocado de edificio, Dumont? —pregunta Eleanor, señalando la puerta abierta de su despacho.

Natalie tuerce una sonrisa cuando pasa por su lado y entra, quedándose junto a la puerta cuando Eleanor la cierra.

—Solo he venido a saludarla, me alegro de que haya vuelto —dice Natalie.

Eleanor la mira y su expresión se relaja después de la visita inoportuna del profesor. Natalie siempre le ha caído bien, y la respeta mucho después de que se atreviera a plantarle cara cuando, en un arrebato de insensatez, le exigió a Grace que rompiera la relación.

—Gracias. ¿Qué tal todo? —pregunta Eleanor, cruzándose de brazos.

Natalie arquea una ceja.

—¿Se refiere a Grace?

Eleanor suspira y, aunque lo intenta, no logra evitar que sus labios también se curven en una sonrisa.

—A las dos, Dumont, tú y ella, no a saber si sigue enfadada conmigo por desaparecer.

Natalie asiente y se aparta un mechón rubio platino de la cara, aliviada por no tener que intervenir en algo que sabe que Grace tiene que solucionar con su madre.

—Estamos bien. Debería venir un día a cenar.

—Sí, supongo que sí.

Natalie consulta la hora y pone la mano en el pomo de la puerta.

—Me alegro de que haya vuelto, en serio —insiste Natalie.

—Yo también —responde Eleanor, acompañando las palabras con un asentimiento—. Gracias por venir a saludarme.

Natalie le dedica una sonrisa corta y le da un apretón en el brazo antes de salir del despacho.

Eleanor pasa la siguiente hora y media revisando la documentación de Vancy. El programa de Derecho Constitucional que tiene que presentar para aprobación no es complicado de estructurar: ha estado años impartiendo esta materia y podría hacerlo con los ojos cerrados, pero hay algo en el hecho de tener que justificar cada decisión metodológica ante otra persona que le produce un malestar que no controla, como si su cuerpo reconociera la inversión de jerarquía antes que su cabeza. Eleanor lo anota mentalmente como algo sobre lo que hablar con Lamond el lunes y sigue leyendo.

Una hora más tarde, sale del despacho para impartir su primera clase con la sensación de que le falta algo, porque una parte de ella, aunque tiene claro que no lo merece, deseaba que Julia también fuera a darle la bienvenida, pero Julia no lo ha hecho y ella sabe que no lo hará, porque es orgullosa y además es consciente de que se merece mucho más, y si alguien tiene que dar un paso, es Eleanor, no Julia. El problema es que Eleanor está tan perdida que todavía no sabe el camino que tiene que seguir.

Capítulo 5

Eleanor lleva tres días sabiendo exactamente dónde está Julia Bernet en cada momento sin haberla visto todavía. No es que la esté espiando o tenga un lacayo a su servicio que le chiva la información, es simplemente que Eleanor tiene la costumbre de leer los tablones de información del departamento con la misma atención con la que antes leía los informes del consejo, y los horarios del profesorado están en el tablón del tercer piso actualizados desde el lunes. Julia imparte clases todos los días por la mañana, tiene tutorías los miércoles de cuatro a seis y el seminario de pensamiento crítico los viernes a las once.

Su despacho está a doce metros del de Eleanor, en el mismo pasillo, puerta número trescientos cuatro para ser exactos, pero la casualidad ha hecho que todavía no hayan coincidido en ningún momento, lo cual no significa que Eleanor no haya sentido acelerones en el pecho, porque el miércoles por la tarde oyó su voz al fondo del pasillo y se quedó congelada cuando iba a salir de su despacho.

Escucharla fue como volver atrás en el tiempo, a todos esos momentos que compartió con ella y que solo le recuerdan lo mucho que la echa de menos. Otra de las veces que se tuvo que recordar que necesitaba respirar, fue cuando entró en la sala de profesores al día siguiente y vio una taza sobre la mesa con las iniciales de Julia escritas en rotulador permanente en la parte más baja. Era una

simple taza, pero Eleanor solo podía pensar en Julia en su cocina sosteniendo una parecida después de haber pasado la noche con ella.

A media mañana, cuando Eleanor ha salido del aula donde acaba de terminar una clase y dobla la esquina con el maletín en una mano y unos papeles en la otra, Julia sale en ese momento de otra aula y el corazón de Eleanor da un vuelco tan violento que por poco pierde el equilibrio.

El olor de su perfume le llega antes de que pueda procesar nada más, antes incluso de que su vista haya terminado de enfocar o de que su cerebro haya tenido tiempo de formular algún tipo de pensamiento coherente. Ese rastro cítrico se le cuela por las fosas nasales y la transporta a un lugar cálido del que Eleanor se arrepiente de haber abandonado.

Julia levanta la mirada, distraída, y durante una fracción de segundo, su expresión se endurece y su mandíbula se aprieta en cuanto la ve. Eleanor cree estar alucinando, pero hasta los ojos color miel de Julia parecen haberse oscurecido un momento antes de volver a su color normal.

—Eleanor… —susurra Julia cuando pasa por su lado.

No dice nada más, y se ha esforzado por utilizar el mismo tono que utilizaría con cualquier otro profesor. No muestra frialdad porque eso sería demasiado, y tampoco calidez porque la calidez sería mentirse a sí misma, porque en todo caso, debería utilizar un tono rabioso, pero Julia decide mostrarse completamente indiferente, dejándole claro que no la necesita y que su vida puede continuar, aunque Eleanor haya desaparecido de ella.

—Julia… —responde Eleanor de forma automática, deteniéndose en seco tras pronunciar esa palabra—. ¿Tienes un momento? —se escucha decir.

Julia gira ligeramente la cabeza sin detener el paso, como si sus pies tuvieran más capacidad de decidir que su cerebro.

—Voy al seminario —dice, con el mismo tono neutro con el que ha pronunciado su nombre—. Si necesitas algo del departamento, Marta puede ayudarte.

Tras eso, sigue caminando y desparece mientras Eleanor se queda en el pasillo como si estuviera hipnotizada por su perfume, procesando que Julia ya no está frente a ella.

Julia camina con la garganta apretada y la respiración contenida. Ha sentido la presencia de Eleanor antes de verla, ha sido algo que

no puede explicar, como si su cuerpo la hubiera intuido, pero que le ha erizado la piel en cuanto ha salido del aula y ha puesto un pie en el pasillo. A veces tiene la sensación de que Eleanor tiene un campo magnético a su alrededor y Julia es el único elemento que siente esa fuerza de la misma manera que siente el impulso de unirse a ella.

Eleanor llega a su despacho, deja el maletín sobre la mesa y se sienta en su silla tras saludar a Harkins, el profesor con el que lo comparte.

No es capaz de encender su portátil ni de hacer nada que no sea pensar en lo que ha percibido en Julia. Eleanor no sabe exactamente cómo esperaba encontrarla, pero lo que ha visto ha sido a una mujer que no está rota, porque lo único roto es lo que había entre ellas, y eso lo estropeó Eleanor. Ha visto a una mujer con la cabeza alta, que parece saber lo que quiere —y lo que no— y las riendas de su vida cogidas con ambas manos.

Julia no la está esperando y, aunque Eleanor sabe que es lo justo y se alegra de que haya seguido adelante, no puede evitar el escozor que le está quemando el pecho como si hubiera tragado brasas en una hoguera.

Julia no ha necesitado que Eleanor haga nada para aliviar su dolor, porque lleva dos meses construyendo una vida que está funcionando sin Eleanor en ella, y la exrectora, además de culpable por haber roto lo único bueno que tenía, se siente mezquina porque, en el fondo, pensaba que cuando se vieran, sería suficiente para allanar el camino y tener la oportunidad de disculparse, pero ahora entiende que no va a ser así, que sus actos han tenido unas consecuencias que probablemente serán devastadoras para ella porque no está segura de poder arreglar nada.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Harkins, que la está mirando por encima de la montura de sus gafas cuando Eleanor levanta la vista.

—Perfectamente —responde con ese tono seco que no puede evitar.

El hombre vuelve a lo suyo y Eleanor clava la mirada en su teclado hasta que las letras se le vuelven borrosas y parpadea para centrarse. Abre el documento con el programa docente que todavía no ha presentado para su revisión y escribe un par de líneas sobre los objetivos del primer bloque, pero después las borra porque se da cuenta de que no tienen sentido. Entonces abre el correo y busca el

contacto de Julia. Lo pulsa sin pensar y se pone a teclear con rapidez, como si tuviera muy claro lo que va a decir.

Julia, me gustaría hablar contigo cuando tengas un momento. No es nada relacionado con el departamento.

Lo lee dos veces y lo borra, y después vuelve a escribir uno diferente.

Julia, quería decirte que me alegra que el seminario siga adelante. He leído el programa y es exactamente lo que esta facultad necesita.

Lo lee y frunce el ceño. Lo que ha dicho es verdad, pero no es lo que quiere decir, y usarlo como pretexto para hablar con ella solo le recuerda lo cobarde que es. Lo borra y escribe una tercera vez, más despacio.

Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero si alguna vez quisieras hablar, estaré aquí.

Lo lee durante más tiempo que los anteriores, con el cursor parpadeando sobre el botón de enviar, pero el dedo de Eleanor no se mueve para apretar, así que lo borra y ya no escribe más. Cierra el correo y se queda mirando el fondo de pantalla, uno genérico con un paisaje de una playa con palmeras que le podría parecer llamativo en otro momento, pero que ahora solo puede ver de color gris, como todo lo demás en su vida.

Se recuesta en la silla y a su mente viene la doctora Lamond, a quien si Eleanor le contara que ha escrito tres mensajes que no ha sido capaz de enviar, la doctora le diría que el problema es que está buscando las palabras correctas para acercarse a Julia, y lo que Julia necesita no son palabras.

La silla cruje y Eleanor se sobresalta, poniéndose recta de repente ante el miedo de que se parta y se caiga hacia atrás. Su compañero vuelve a mirarla por encima de las gafas, lo hace solo un segundo, pero Eleanor siente que, hasta este hombre que apenas la conoce, se ha dado cuenta de que su vida se está desmoronando.

Capítulo 6

—¿Esperas a alguien? —pregunta Natalie cuando suena el timbre del apartamento.

Ella y Grace están en la cocina preparando la cena y Grace deja a medias la ensalada que estaba haciendo para limpiarse las manos con un trapo.

—No, voy a abrir. Si grito, escóndete en el baño —bromea antes de salir de la cocina.

Natalie se ríe y sigue preparando las hamburguesas mientras Grace camina hasta la puerta y la abre.

—Siento venir sin avisar —dice Julia—. Me he colado en el portal con un vecino —añade señalando hacia el pasillo, como si el hombre estuviera con ella.

—No pasa nada, entra. Estamos preparando la cena, ¿te quieres quedar?

Grace se hace a un lado y observa a Julia mientras entra en el apartamento. Tiene las manos hundidas en los bolsillos y el ceño fruncido, algo muy raro en la profesora, cuya expresión natural siempre es de simpatía.

—¿Va todo bien, Julia?

—He visto a tu madre esta mañana —suelta mientras se quita el abrigo, sin mirar hacia ningún sitio en concreto—. No quería venir a molestar, en serio, pero es que estoy nerviosa desde entonces y no sé con quién hablar.

—No molestas, ¿por qué no te sientas? —dice Grace, señalando hacia el sofá.

—Déjame saludar a Natalie primero.

Julia entra en la cocina y las dos mujeres se dan un abrazo afectuoso.

—Dice que no se queda a cenar —dice Grace desde la puerta de la cocina.

Natalie mira a Julia y levanta una ceja.

—No serás capaz de rechazar una de mis hamburguesas.

—Está bien —acepta Julia con una sonrisa—. ¿Te ayudo?

—No, id al salón, os aviso cuando esté listo.

Grace coge un par de refrescos de la nevera y le guiña un ojo a Natalie antes de darse la vuelta y volver al salón.

—Así que la has visto —dice, sentándose frente a Julia a la mesa.

—Sí, llevo toda la semana sabiendo que está allí, rabiosa porque ni siquiera ha tenido la decencia de decirme que ha vuelto, o de venir a saludarme, y pensaba que ya lo tenía todo controlado, que verla no me afectaría.

—Y te ha afectado —dice Grace, torciendo los labios en una mueca de frustración.

—Sí —Julia se frota las manos sobre la mesa como si no supiera qué hacer con ellas—. ¿Tú has hablado con ella?

—Poco, solo la vi cuando la fui a buscar al aeropuerto, y en aquel momento no quise interrogarla porque hacía cuatro meses que no nos veíamos y no me apetecía discutir con ella, pero joder, Julia, por más que lo pienso, no consigo comprenderlo.

—Ya —susurra ella.

—Entonces, ¿habéis hablado? ¿Cómo ha sido el encuentro?

—Incómodo y frustrante al mismo tiempo —contesta Julia—. Me la he encontrado cuando salí de un aula y te juro que he sabido que estaba ahí antes de verla. Es como si tuviera algo que me conecta a ella y que no puedo romper, y eso me enfurece.

—Te entiendo —sonríe Grace—, mi madre suele tener esa capacidad de enfurecer a la gente.

La broma consigue su objetivo y Julia se ríe, relajándose un poco.

—Me ha preguntado si tenía un momento y le he dicho que no —explica la profesora—. No porque no quiera preguntarle y sacudirla hasta que escupa cada motivo que la ha llevado a comportarse así, sino porque he tenido la sensación de que ha dicho lo primero que se

le ha pasado por la cabeza. Verme en ese momento no entraba en sus planes, la ha pillado desprevenida.

—A mi madre la coge desprevenida cualquier cosa que no tenga planificada con un mes de antelación.

Las dos se miran en silencio unos segundos, porque Grace acaba de definir a Eleanor Morley a la perfección. Es una mujer controlada a la que no le gustan los imprevistos.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Grace.

—Seguir con mi vida.

—Eso ya lo había notado —sonríe Grace—. ¿La sigues queriendo?

La pregunta es como un puñetazo en la boca del estómago para Julia, el aliento se le escapa y algo se le oprime por el pecho.

—Joder, Grace…

—No la defiendo, Julia. Es mi madre y la quiero, pero la ha cagado contigo y no voy a intentar convencerte de que la perdones, y menos cuando yo tampoco sé qué demonios le pasa.

—Ninguna de las dos lo sabéis —dice Natalie, que en ese momento se acerca a dejar el bol de la ensalada y los cubiertos—. Ambas deberíais hablar con ella por separado, cada una para lo suyo, y decidir si pasáis página o queréis seguir enfadadas.

—No sé si es tan sencillo en mi caso —dice Julia, soltando un suspiro profundo.

—No digo que lo sea, pero creo que independientemente de lo que ha pasado, necesitas respuestas para avanzar —opina Natalie.

—Sí, supongo que sí.

Natalie se marcha a la cocina de nuevo y Grace le dedica una sonrisa suave a Julia que sirve para que ambas se relajen.

—¿Cómo la has visto? —pregunta Grace—. A mí me pareció muy cambiada, aunque Natalie dice que le pareció la misma, solo que muy perdida y sin el moño.

Julia se ríe, aunque es una risa más bien amarga.

—Yo la he visto más delgada, con el pelo algo más largo, no sé, sí que está diferente. Cuando se fue, todavía tenía esa presencia imponente que le salía de forma natural y que ella agudizaba a propósito para dar más miedo.

Ahora es Grace la que se ríe.

—Antes de marcharse, seguía pareciendo la rectora, aunque ya no lo fuera, pero hoy, no sé. Ahora sigue teniendo esa fuerza natural, pero sin el cargo, parece más humana —explica Julia.

—¿Y esa versión te gusta?

—Todas las versiones de tu madre me gustan, Grace, lo que no me gusta es esa incapacidad suya para comunicarse.

De repente, Julia suelta un bufido de frustración y se echa hacia atrás en el respaldo.

—¿Sabes lo que más me molesta?

—¿Qué? —pregunta Grace.

—Que llevo prácticamente dos meses sin saber nada de ella y en este tiempo me he convencido de que no la necesito, de que mi vida tiene sentido sin ella, pero ¿sabes el primer pensamiento que he tenido al verla?

—¿Cuál?

—Que quería besarla. Durante una fracción muy pequeña de segundo, me he olvidado de todo y solo quería acercarme, abrazarla y darle todos los besos que no le he podido dar en estos meses. Joder, es humillante —dice, y la rabia le inunda las venas como un torrente cada vez que piensa en ello.

—No lo es, creo que es un instinto completamente natural. Aunque no fuera oficial y ni siquiera le hubierais puesto nombre, lo que tenías con mi madre antes de que se fuera era una relación. Tal vez no una al uso, pero lo era, pasaste casi ocho meses con ella.

—Ocho meses que al parecer no contaron, porque le bastó marcharse unas semanas para decidir que no me necesitaba.

Grace no sabe qué decir ante eso, porque sin conocer los motivos que llevaron a su madre a actuar así, está tan descolocada y perdida como Julia en ese sentido.

—Natalie tiene razón, deberíamos hablar con ella.

Julia niega con la cabeza.

—Yo no pienso ser la que inicie esa conversación, Grace. Darme una explicación es lo mínimo que me debe tu madre, aunque llegue tarde, y no voy a ser yo la que se lo ponga fácil exigiéndosela.

Grace asiente. Aunque sea su madre, no puede defenderla frente a Julia porque la que ha metido la pata ha sido Eleanor.

En ese momento, Natalie anuncia que la comida está lista y ambas se levantan para ayudarla a traer los platos.

Durante la cena, ya no vuelven a hablar de Eleanor, hablan del trabajo de Grace en el bufete, de lo cansada que suele llegar tras cada jornada o del seminario que Julia está preparando, pero cuando la profesora se va a su casa, no puede dejar de pensar en ella y en esos

días después de su silencio abrupto en los que Julia comenzó a despertarse en mitad de la noche, desorientada, sin entender por qué el lado derecho de la cama estaba vacío y con la sensación de que jamás se llenaría de nuevo.

—Maldita seas, Eleanor —susurra mientras aprieta el volante con fuerza, entonces recuerda el encuentro de esta mañana y se da cuenta de que todo lo que sentía por esa mujer, sigue completamente intacto, hirviendo dentro de ella.

Capítulo 7

Hace casi un año.

Julia ha aparcado mal, es consciente de ello cuando se baja del coche y ve que la distancia entre el morro del vehículo y el bordillo es de casi medio metro, pero no tiene energía para corregirlo y simplemente aprieta el botón del mando para cerrarlo y camina hacia la entrada de la casa de Eleanor con el bolso en una mano y la chaqueta en la otra. Eleanor tarda unos segundos en abrir porque estaba en la cocina y, cuando ve la expresión de Julia, levanta las cejas.

—Pasa —dice, haciéndose a un lado para dejarle espacio.

Julia se acerca a ella y le da un beso en los labios antes de entrar y, cuando Eleanor cierra la puerta, lanza su chaqueta sobre el sofá y deja el bolso encima de una silla con gesto desesperado.

Eleanor frunce el ceño mientras la observa, porque cree que el esfuerzo de dejar la chaqueta en el sofá es el mismo que el de dejarla en el perchero, pero no dice nada porque ya ha visto esa expresión en Julia un par de veces y lo último que necesita la profesora en ese estado es que Eleanor le explique que el desorden la pone nerviosa.

—¿Qué te pasa? —pregunta Eleanor cuando ambas entran en la cocina.

Toda la estancia huele a ajo y a la salsa para la carne que Eleanor está cocinando, y Julia se queda de pie como una estatua, como si estuviera desorientada.

—¿Te ayudo en algo? —pregunta, sin apartar los ojos del guiso porque, aunque está de mal humor, tiene mucha hambre.

—No, siéntate ahí y suelta lo que sea que te tiene así —responde Eleanor, señalando la mesa y las sillas de la cocina.

—Méndez —suelta Julia, dejándose caer en una de las sillas con pesadez.

Eleanor no dice nada, termina de remover el guiso y se gira, apoyándose en la encimera con los brazos cruzados mientras espera a que Julia siga explicándose.

—Llevo dos meses preparando el seminario. Dos meses convenciendo a gente, justificando cada decisión de diseño y consiguiendo que los alumnos lo elijan cuando no tienen ninguna obligación de hacerlo —Julia pone los codos en la mesa—. Y hoy Méndez ha dicho en una reunión, delante de cuatro personas, que el seminario es un proyecto interesante, pero que no tiene el peso académico suficiente para sobrevivir a un cambio de dirección. Que depende demasiado de mi implicación personal y que eso lo hace institucionalmente frágil.

Eleanor baja el fuego a la mitad.

—¿En qué reunión?

—La de la comisión de programas. La nueva, la que Vancy ha montado para revisar la oferta del departamento de cara al año que viene —explica Julia.

—¿Vancy estaba presente cuando Méndez dijo eso? —pregunta Eleanor.

—Sí.

—¿Y qué dijo él?

Julia hace una pausa y tuerce los labios en una mueca.

—No dijo nada.

Eleanor abre un cajón, saca el sacacorchos y lo deja sobre la encimera mientras busca una botella de vino en el armario. Vancy es ahora una especie de rector en funciones hasta que encuentren a alguien para sustituir a Eleanor, y ella ya se lo imagina completamente estresado y desbordado, haciendo su trabajo y asumiendo el de ella.

—Méndez lleva tres años diciendo que todo lo que no ha hecho él es institucionalmente frágil —dice Eleanor, cogiendo la botella—. Es su forma de operar, Julia. Identifica lo que alguien valora y lo llama frágil antes de que pueda demostrar que no lo es.

—Lo sé. Lo que me jode es que Vancy sabe perfectamente lo que hace Méndez —Julia coge la copa que Eleanor le ha puesto delante y bebe—. Por eso me irrita más que lo haya dejado pasar. No porque no lo vea, sino porque ha decidido que no vale la pena el conflicto que generaría haber intervenido.

Eleanor vuelve a la cazuela y remueve de nuevo.

—El problema no es Méndez, Julia —dice sin girarse—. El problema es que Vancy ha permitido que esa lectura del seminario quede en el acta de la reunión sin una respuesta formal. Y eso es lo que hay que corregir.

Julia la mira y vuelve a torcer el gesto, pero esta vez por rabia, porque sabe que, si Eleanor hubiera estado ahí, esto no habría pasado.

—¿Y cómo se corrige?

—Documentándolo —Eleanor se gira hacia ella y toma un sorbo de su copa—. No el valor académico del seminario, eso ya lo tienes, pero tendrás que documentar el impacto real del proyecto una vez esté en marcha. Alumnos que han pasado por él y decisiones profesionales que se pueden trazar hasta el pensamiento que desarrollaron ahí. Méndez puede decir que es frágil, pero no puede decir que no tiene impacto si el impacto está escrito y demostrado.

Julia bebe otra vez.

—Eso lleva tiempo.

—Sí —Eleanor no lo suaviza—, pero es lo que hay.

Julia se queda callada mirando la copa y Eleanor sigue cocinando en silencio, y Julia se da cuenta de que se siente mejor. Eleanor no la ha animado ni le ha mentido diciendo que todo se arreglará por arte de magia, le ha dicho la verdad y lo que puede hacer para resolverlo, pero, sobre todo, la ha escuchado.

—Cuando lleve unos meses en marcha tendré datos suficientes para cerrarle la boca a ese imbécil —dice Julia, que se levanta para poner la mesa, pero se acerca a Eleanor, la coge por la cintura desde atrás y le da un beso en el cuello.

—Sé que lo harás —dice Eleanor, con una seguridad que es todo lo que Julia necesita.

Cenan ahí mismo en la cocina, porque Eleanor nunca utiliza la mesa del comedor cuando están ellas dos solas. Eso lo descubrió Julia el tercer fin de semana que se quedó con ella y le pareció un dato interesante teniendo en cuenta que Eleanor está acostumbrada

a presidir mesas enormes y que ahora prefiere estar en esa tan pequeña de la cocina, como si así fuera más fácil para ella.

Hablan del seminario, de Vancy y de la comisión de programas. Después hablan de otras cosas, como un artículo que Eleanor ha leído por la mañana o de una sentencia del Tribunal Supremo que a Julia le parece incorrecta y a Eleanor también, aunque por razones diferentes, y discuten sobre esas razones con la copa de vino en la mano y los platos a medias. Julia la mira mientras piensa que esto es una de las cosas que no esperaba de Eleanor Morley: que discrepar con ella fuera tan estimulante como cuando se ponen de acuerdo.

Es después, cuando ya han cenado y recogido los platos, cuando nota el cambio en Eleanor. Es algo gradual, como una marea que va subiendo y no te das cuenta hasta que se te mojan los pies. Eleanor está de pie junto al lavavajillas, con la copa de vino en la mano y la mirada en algún punto entre la ventana y la pared. Su postura también ha cambiado, tiene la espalda más recta, los hombros ligeramente subidos y una expresión tensa que Julia ya le ha visto más de una vez.

Eleanor no está en la cocina ahora mismo, está en algún sitio al que Julia no puede llegar, probablemente en algún despacho donde Eleanor Morley sigue siendo la rectora que gestiona problemas, toma decisiones y es la persona más importante de la sala, porque ese es el único lugar donde Eleanor sabe quién es en realidad.

Julia la observa durante unos segundos. Podría hacerle una pregunta sobre lo que estaban hablando y traerla de vuelta con esa excusa porque ya lo ha hecho otras veces y sabe que funciona. Eleanor vuelve, le sonríe y hace algún comentario que indica que es muy consciente de que se había ido y agradece que Julia no haga preguntas.

Esta vez no lo hace. En esta ocasión, Julia se levanta y camina hasta ella, se detiene justo delante y, sin decir una palabra, lleva las manos por detrás de la cabeza de Eleanor y busca la goma que sujeta su coleta baja, deslizándola por su pelo hasta que la melena de la exrectora se libera y Julia se la peina con los dedos sin dejar de mirarla.

—Hola —susurra Julia cuando Eleanor parpadea y sus ojos verdes la enfocan.

La comisura izquierda de Eleanor tira hacia arriba y suelta el aire por la nariz mientras deja su copa sobre la encimera.

—Hola —responde ella, sintiéndose repentinamente relajada entre los brazos de Julia, que los tiene apoyados sobre sus hombros.

—¿Estás bien?

—Sí, perdona.

—No te disculpes, nadie te culpa por echar de menos tu trabajo —susurra Julia, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano.

Eleanor asiente y trata de contener el escalofrío que le recorre todo el cuerpo ante la caricia de la profesora.

—Está controlado —dice Eleanor—, es solo un trabajo, y ahora tengo tiempo para mí.

—Claro —Julia sonríe y le da un beso.

No considera que Eleanor le esté mintiendo, sabe que disfruta de muchos de sus momentos a solas, que pasa mucho tiempo leyendo y que sale a pasear por la playa, pero también es consciente de que le falta mucho todavía para adaptarse a este cambio.

—¿Te quieres quedar esta noche? —pregunta Eleanor.

—Por supuesto que sí —asegura Julia que, aunque está agotada, aprovecha cada segundo que puede junto a Eleanor.

Capítulo 8

La primera semana de Eleanor en la universidad ha sido como cuando uno vuelve a una ciudad donde vivió hace años y reconoce las calles, pero ya no sabe dónde están los bares.

El campus es el mismo. Los pasillos también, y los tablones, las escaleras y la máquina del café del segundo piso que siempre ha hecho un ruido extraño antes de soltar el vaso, pero Eleanor se mueve por todos esos espacios de una manera diferente. Se siente completamente desorientada, sabiendo que tiene temas pendientes —como hablar con Julia y también con su hija— pero primero necesita sentirse ubicada.

Ha presentado el programa docente a primera hora, con antelación porque esa es una de las cosas que siempre la han definido y no ha perdido con el cargo, su forma de trabajar: no dejar nada para el último momento y, si es posible, adelantarse. Ahora está un poco irritada porque dos horas después, la nueva rectora le ha enviado dos sugerencias de modificación que Eleanor considera completamente innecesarias, pero que implementará sin comentario alguno porque ese es el primer paso para integrarse: aceptar que ya no da órdenes, sino que las recibe, y tiene que cumplirlas.

Eleanor cierra el portátil y se levanta mientras mira de reojo a su compañero, el profesor Harkins. No puede quejarse de él a pesar de que el hombre tiene la fea costumbre de comer en el despacho y apestar la estancia con el aroma de ese arroz hervido que siempre

lleva, de escuchar podcasts a demasiado volumen a pesar de que se pone auriculares y de que cada día utiliza un bolígrafo de color diferente, pero en general, el hombre apenas habla y no suele molestarla.

Sale del despacho y va directamente hacia la cafetería del campus para comer algo. La primera semana estaba tan aturdida que no comió en todo el día, prefirió esperar hasta llegar a su casa por la tarde, pero este es otro paso más —según la doctora Lamond— que debe dar para empezar la adaptación.

No tiene con quién comer, pero tampoco le importa porque eso ya le pasaba cuando era rectora. Antes era el cargo lo que le impedía socializar con otros profesores, ahora es ella misma, que prefiere comer sola y en silencio antes que acompañada de gente a la que no conoce. Solo haría una excepción por una persona, pero esa persona ha levantado un muro entre ellas, y Eleanor sabe que tiene motivos de sobra para haberlo hecho.

La cafetería está más llena de lo que le gustaría cuando llega y hay demasiadas voces a su alrededor, pero Eleanor trata de ignorar esos hechos y coge una bandeja. Elige uno de los menús del día y se gira para buscar una mesa vacía, y es justo cuando está a punto de dar un paso cuando las ve.

Julia está sentada junto a la ventana con una mujer a la que Eleanor no reconoce. Pelirroja, complexión atlética, con una manera de estar sentada que ocupa el espacio con comodidad, con los codos sobre la mesa mientras gesticula con las manos al hablar. Dice algo que Eleanor no puede escuchar desde donde está, y Julia suelta una risotada. No es la risa educada de Julia ni la contenida que utilizaba en las reuniones o en los pasillos cuando alguien hacía un comentario que tenía gracia. Es su verdadera risa, la que Eleanor tenía el privilegio de escuchar cuando estaban a solas en su casa y que le fascinaba admirar, sobre todo cuando Julia echaba la cabeza hacia atrás, cerraba los ojos y le tocaba el brazo. Ahora se está riendo así, solo que no es su brazo el que toca, sino el de la mujer pelirroja.

Eleanor se queda de pie con la bandeja en las manos, petrificada. No es capaz de definir el tiempo que pasa en esa posición, pero es el suficiente como para que la persona que viene detrás tenga que esquivarla para pasar, y también para que la pelirroja termine de contar lo que estaba contando y Julia se pase los dedos por debajo de los ojos para limpiarse las lágrimas, pero sobre todo, es el tiempo

suficiente para que Eleanor entienda que Julia lleva tiempo riéndose así con alguien, y que ese alguien no es ella porque Eleanor nunca se lo permitió, porque durante el tiempo que estuvieron juntas, se aseguró de que no hubiera público que pudiera ver lo que había entre ellas.

Se da la vuelta, busca una mesa en el lado opuesto de la cafetería y se sienta de espaldas a la ventana para empezar a comer, pero ni siquiera es consciente del sabor de lo que se traga porque no puede dejar de escuchar las voces de ambas mujeres. Intenta pensar en los cambios que debe implementar en el programa docente, pero solo consigue centrarse en eso durante diez segundos antes de escuchar la risa de Julia otra vez.

Se repite mentalmente que Julia tiene derecho a tener amigas, eso es algo incontestable y que a ella jamás le ha molestado, el problema es que no sabe quién es esa mujer —aunque está segura de que trabaja en la universidad— y tampoco sabe el grado de confianza que tienen ni si solo es una amiga o algo más, porque Eleanor debe recordar que se ha pasado los últimos dos meses sin hablar con Julia y sin darle una explicación lógica de su comportamiento, y que en dos meses pueden pasar muchas cosas.

Eleanor sale de la cafetería sin mirar hacia atrás y vuelve al despacho. Tiene cuarenta minutos antes de su siguiente clase y le parece tiempo suficiente para sentarse frente al ordenador, abrir la web de la universidad y entrar en la pestaña del directorio del profesorado, organizado por facultades y departamentos, con fotografía, área de especialización, publicaciones recientes y correo electrónico de cada profesor.

Empieza por el directorio de la Facultad de Derecho porque es lo más lógico si Julia pertenece a ella, y no tarda nada en verla porque esa melena pelirroja es demasiado llamativa como para pasar desapercibida.

Nora Walsh. Derecho Internacional. Profesora asociada. Incorporación: septiembre de 2025.

La foto es una de esas donde todos posan con un fondo claro detrás, algunos con expresión incómoda —como ella misma— y otros con expresión alegre, como Julia y también Nora Walsh. La mujer tiene un doctorado por Harvard y una lista de publicaciones que Eleanor lee por completo. Es buena. Las publicaciones son sólidas y

el área de especialización tiene una coherencia que indica que sabe exactamente lo que está haciendo.

Eleanor cierra la pestaña y después el portátil, y se recuesta contra la silla mientras se recuerda que tiene que hablar con Julia, pedirle perdón, explicarle el motivo de su comportamiento injustificable, aunque todavía no sepa cómo, y suplicarle que la perdone.

Capítulo 9

—Hola, mamá —dice Grace cuando abre la puerta del apartamento.

Eleanor entra y besa la mejilla de su hija, a la que no ha visto desde que la recogió en el aeropuerto. Es sábado por la noche y Grace le escribió ayer para decirle que la invitaban a cenar. Eleanor estuvo a punto de contestarle que no podía porque sabe que Grace le va a exigir respuestas, pero no se negó porque una de sus prioridades es recuperar la relación con su hija, la que había comenzado a funcionar antes de marcharse y que ella se encargó de estropear con sus malas decisiones.

—Hola, Grace —dice, y se quita el abrigo, dejándolo sobre el respaldo de una silla mientras acompaña a su hija a la cocina—. Huele bien, Dumont —añade cuando la encuentra frente al fogón.

—Eso espero —dice, torciendo una sonrisa—. Me alegro de que haya venido.

Natalie se acerca y le da un apretón en el brazo, después saca una copa limpia del armario y la rellena con el mismo vino que está bebiendo ella mientras cocina.

—Gracias —dice Eleanor, y da un trago largo que, de algún modo, hace que se sienta más tranquila—. ¿Tú no quieres? —le pregunta a Grace.

—No, yo solo estoy supervisando a Natalie en los fogones, ya sabes, para que no queme la casa —dice, mirando hacia Natalie con una sonrisa torcida y provocadora.

Natalie se gira y la fulmina con la mirada.

—A la única que hay que supervisar en la cocina es a ti, cualquier día prenderás fuego al apartamento.

Grace se ríe y se acerca para darle un beso rápido en la mejilla. Después abre un armario y empieza a sacar platos mientras Eleanor las observa desde el umbral de la puerta. Sonríe sin darse cuenta, porque le gusta la felicidad que percibe en su hija y le gusta ver la cotidianidad con la que ambas se mueven por la cocina sin molestarse, y solo deja de sonreír cuando se da cuenta de que algo como esto es lo que ella estaba empezando a construir con Julia, pero metió la pata.

—¿Os ayudo con algo? —pregunta, porque se siente incómoda sin hacer nada.

—No hace falta, solo queda controlar el horno, lo demás está listo —dice Natalie—. ¿Por qué no vais al salón a poneros al día? Yo me quedo limpiando esto.

Eleanor nota que el pulso se le acelera cuando Grace le hace un gesto para que la siga. Natalie ha sido sutil al deshacerse de ellas, aunque Eleanor sabe de sobra que probablemente ya lo habían hablado antes de que ella llegara para que Grace pudiera quedarse a solas con su madre.

Eleanor la mira y Natalie sonríe antes de darse la vuelta. Hay algo en esta mujer que siempre la ha desconcertado, una especie de capacidad para ver exactamente lo que la gente necesita sin que se lo digan, que Eleanor admira y que le resulta ligeramente irritante al mismo tiempo. Se pregunta si Grace lo sabe, si se da cuenta de lo que tiene y se esfuerza lo suficiente por conservarlo.

—Siéntate, mamá —dice Grace cuando llegan al salón, señalando el sofá.

Eleanor se sienta en una esquina, con la espalda recta como en la consulta de la doctora Lamond, solo que ahora tiene la copa de vino en una mano.

—Julia vino la otra noche —suelta Grace, y a Eleanor por poco se le resbala la copa entre los dedos.

No pregunta cuándo ni qué le dijo, solo se mantiene a la espera, mirando a Grace con el aliento contenido.

—Me contó que os encontrasteis en el pasillo —Grace arrastra una silla y se sienta frente a su madre como si fuera un interrogatorio,

aunque dejando un espacio considerable para no incomodarla—. ¿Has intentado hablar con ella desde entonces?

—No —responde Eleanor, antes de dar un sorbo y dejar la copa en la mesa central.

Grace niega con la cabeza muy despacio mientras mira algún punto entre su madre y el suelo.

—Lo intentó, mamá, pero de verdad que no te entiendo —dice frustrada.

—Grace…

—Necesito que me expliques qué fue lo que te hizo tomar la decisión de no volver —la corta su hija—. Y te pido por favor que no me mientas, dime la verdad. ¿Qué mierda se te pasó por la cabeza para actuar de esa manera tan…?

Grace no termina la pregunta porque se da cuenta de que todavía no ha encontrado una palabra adecuada para describir el comportamiento de su madre.

—Es complicado —dice Eleanor, cogiendo la copa de nuevo porque necesita hacer algo con las manos.

—Contigo todo es complicado —suelta Grace, mirándola fijamente —. Te fuiste por un mes y después dijiste que necesitabas uno más. No quise preguntar porque consideré que tendrías tus motivos, pero después dejaste de contactar y yo comencé a recibir las llamadas de Julia porque no sabía nada de ti. Te has pasado los últimos dos meses sin apenas dar señales de vida. Dos meses, mamá —repite y se levanta—. Te pasaste años echándome en cara que hubiera abandonado los estudios, pero yo al menos tenía un motivo, y desde luego no me escondí.

—Sé lo que hice —dice Eleanor, que no puede escuchar más reproches porque se avergüenza de sí misma.

—Entonces explícamelo, porque yo lo que veo es que hiciste exactamente lo mismo que hacías cuando yo era una niña —Grace se vuelve a sentar y apoya los codos en las rodillas—. Cuando algo te superaba, desaparecías. No físicamente, porque estabas en casa, pero era como si no estuvieras. Te encerrabas en el despacho, te sumergías en tu trabajo y yo podía estar llorando en mi cuarto que tardabas horas en enterarte.

Eleanor contiene el aliento, sintiendo el pulso palpitarle detrás de las orejas.

—Y ahora lo has hecho de verdad —sigue Grace, soltando todo lo que ha estado conteniendo desde que su madre regresó—. Has desaparecido de repente, justo cuando pensaba que tú y yo podíamos arreglar toda la mierda que arrastrábamos y podíamos tener al fin una relación de madre e hija.

—Grace, eso…

—Espera —Grace la corta otra vez—. Lo nuestro se puede arreglar, supongo —dice, y ladea la cabeza, pensativa—, eres mi madre y tendría que pasar algo muy grave para que no te quisiera en mi vida…

A Eleanor se le aprieta tanto la garganta que se hace daño al tragar. Quiere levantarse y abrazar a Grace, estrecharla con fuerza entre sus brazos y suplicarle que la perdone mientras le explica que nunca pretendió romper nada, pero que a veces no sabe cómo actuar para arreglar las cosas. Quiere hacerlo, pero no se mueve porque Grace tiene derecho a decir todo lo que piensa, a desahogarse hasta quedarse vacía, y Eleanor debe escuchar hasta la última palabra.

—Lo que no comprendo es lo de Julia —ahí va la frase que probablemente la remate—, pensaba que estabais bien, que ella te gustaba de verdad. Joder, mamá, no lo pensaba, estoy segura de que era así, pero también desapareciste para ella, apartaste de tu vida a la única persona que, en cuestión de meses, te arrancó más sonrisas de las que yo te he visto en toda mi vida.

Eleanor siente una pulsación en el centro del pecho, es como un golpe seco que le corta la respiración y detiene sus latidos un par de segundos antes de que vuelva a funcionar. Aunque no lo pretendía, Grace le ha dado donde más le duele, en la parte de su corazón que tiene reservada para su hija y en la que tiene para Julia. Abre la boca, consciente de que Grace está esperando a que se explique, a que le dé una razón lógica para lo que hizo, pero las palabras no le llegan en ese momento.

—Mamá —dice Grace, porque ha pasado un minuto y Eleanor parece catatónica.

—Necesitaba espacio, Grace. Necesitaba pensar, saber quién era.

Grace frunce el ceño.

—¿Saber quién eras? Eres Eleanor Morley, mi madre.

Eleanor parpadea, sorprendida por la facilidad de Grace para resumir las cosas.

—Sí, soy tu madre —confirma Eleanor—, pero no sé quién soy para Julia.

—¿Qué es lo que no sabes? —pregunta Grace, bajando el tono de voz porque necesita que su madre deje de estar tensa y le hable de una manera que ella pueda comprender.

—Julia se enamoró de mí cuando era rectora, cuando era una figura de poder, alguien incluso inalcanzable a ojos de los demás. Ahora no soy nada de eso, Grace.

A Grace le entran ganas de gritar y preguntarle si ha perdido la cabeza, y probablemente lo haría si Eleanor fuera diferente, pero ella mejor que nadie sabe lo difícil que es para su madre enfrentarse a los cambios, y lo cierto es que en el último año sufrió unos cuantos importantes: como descubrir que le gustan las mujeres a una edad donde todo parece más caótico y perder un puesto de trabajo que adoraba.

—Me siento muy perdida, Grace —confiesa de repente—, no sé quién soy sin ese cargo, ni si podré adaptarme alguna vez a no tener autoridad, a no tener nada que haga que Julia me mire como antes.

Por primera vez esta noche, Grace no sabe qué decir. Sigue pensando que su madre ha actuado mal, pero no puede culparla por sentirse perdida, aunque tampoco sabe cómo ayudarla.

—¿Has hablado de esto con la doctora Lamond? —pregunta finalmente, levantándose de la silla para sentarse en el sofá.

—Sí, estoy en ello.

—Bien, porque Julia no te está esperando, mamá —dice Grace con toda la suavidad que puede.

Eleanor asiente, con la mirada fija en la pantalla apagada del televisor.

—No digo que esté con alguien, pero decidió avanzar sin ti, y yo la apoyé porque se estaba hundiendo. No te lo cuento para hacerte daño, pero necesito que lo entiendas, porque tengo la sensación de que simplemente estás esperando hasta encontrar el momento oportuno o tener las palabras adecuadas para acercarte a ella, y si tardas mucho en hacerlo, a lo mejor ya no queda nada que puedas arreglar.

—Lo sé —dice Eleanor, sintiendo que se rompe por dentro.

Grace traga saliva y se muerde los labios. Sabe que Julia sigue enamorada de su madre, pero también que es orgullosa y que no hará nada para facilitarle las cosas a Eleanor, y necesita que su

madre reaccione de una vez antes de que Julia conozca a alguien y todo se vaya a la mierda.

—No sé si lo estás entendiendo, mamá —insiste Grace—. Julia no te necesita, está rehaciendo su vida, tiene más amigas y sale de vez en cuando, así que si piensas que va a estar esperando a que tú decidas que te sientes lista para darle una explicación, es que no estás entendiendo el terremoto que has causado en tu propia vida.

Eleanor clava la mirada en el suelo, incapaz de contestar porque está sintiendo un dolor intenso en el centro del pecho, como si la estuvieran partiendo en dos desde dentro.

—¿Sabes qué es lo irónico de todo esto? —dice Grace, mirándola de soslayo mientras su madre permanece completamente rígida—. Que hiciste el sacrificio más grande de tu vida por mí, por salvar mi relación con Natalie. Renunciaste a tu cargo y a todo lo que eras profesionalmente solo para protegernos, y cuando llegó el momento de simplemente quedarte con Julia y construir una nueva vida con ella, saliste corriendo —Grace sacude la cabeza—. Solo tenías que pelear por tu relación como peleaste por la mía, ¿por qué no puedes hacer eso por ti?

—No lo sé, Grace —reconoce con sinceridad, con la voz convertida en un susurro ronco.

—Pues averígualo pronto —dice, y cuando escucha la puerta de la cocina abriéndose, le pone una mano en la rodilla antes de levantarse —. ¿Quieres más vino? —añade, señalando la copa vacía de Eleanor.

Ella asiente sin decir nada y ve cómo Grace la recoge de la mesa y se la lleva. Debería levantarse y ayudar a traer los platos, pero es incapaz de moverse, ni siquiera de parpadear o respirar con normalidad mientras piensa en la pregunta de Grace y se maldice porque a ojos de su hija, todo era sencillo, solo tenía que volver y continuar con lo que había comenzado. Era feliz, o empezaba a serlo después de muchos años de amargura, pero Eleanor parece tener un don para joderlo todo con las personas a las que más quiere.

Cuando la cena termina, Eleanor sale a la calle y va directamente hasta su coche, encerrándose dentro mientras recuerda otra cosa que le ha dicho Grace, quizá la más importante.

“Julia no te necesita”.

Por primera vez, por encima de la tristeza, la culpa y el dolor que lleva experimentando los últimos meses, lo que Eleanor siente es miedo. Un miedo atroz y gélido que se le cuela bajo la piel, y Eleanor

decide no analizarlo como haría en cualquier otro momento o con cualquier otra emoción. No lo convierte en un argumento que pueda defender con palabras, porque este miedo está ahí, producido por la sensación de que ha perdido a Julia, y si se deshace de ese miedo, no tendrá un motor que la mueva para intentar recuperarla.

Capítulo 10

Eleanor se ha pasado todo el fin de semana dándole vueltas a la conversación que tuvo con Grace cuando la invitaron a cenar el viernes, y ha llegado a la conclusión de que un mensaje o una llamada a Julia no bastaría; si quiere hablar con ella y tratar de arreglar esto que ha roto, debe hacerlo en persona.

Por eso, este lunes está de pie frente a la puerta del despacho de la profesora. Cuando volvía de una clase, Eleanor la ha visto entrar y ha tomado la decisión de intentarlo ahora que sabe que está sola y, a pesar de que le ha dado muchas vueltas a lo que iba a decirle, ahora tiene la mente en blanco.

Suspira y por fin se decide a levantar la mano y llamar a la puerta, golpeándola un par de veces con los nudillos.

—Adelante.

La voz de Julia suena amortiguada desde el otro lado de la puerta, y Eleanor se da cuenta de que los dedos han comenzado a temblarle cuando los coloca sobre el pomo y la abre.

Julia está sentada detrás de su mesa, dando vueltas a un bolígrafo que tiene entre los dedos mientras mira fijamente la pantalla de su ordenador y termina de leer un párrafo. Es entonces cuando levanta la vista y se queda mirando fijamente a Eleanor, esforzándose por mantener controlado su cuerpo y no mostrar ningún tipo de emoción.

Eleanor duda sobre lo que debe hacer ahora, y eso la perturba porque ella siempre ha sido una mujer que, lo hiciera bien o lo hiciera mal, sabía lo que tenía que hacer en todo momento. Ahora se siente desorientada, porque esperaba que Julia la echara de su despacho en cuanto la viera aparecer, que torciera el gesto o que resoplara con desagrado, pero Julia solo la mira, y Eleanor está muy nerviosa.

—¿Vas a entrar o te vas a quedar ahí? —suelta Julia, sin cambiar esa expresión neutra que Eleanor no sabe cómo clasificar.

—Sí, voy a entrar —murmura, sintiéndose estúpida mientras cierra la puerta tras ella.

Da un par de pasos y se detiene en medio del despacho, sin saber si debería sentarse o si eso sería abusar demasiado de una confianza que sin duda ha perdido.

—Eleanor, estoy ocupada —espeta Julia ante su falta de movimiento, levantando una ceja.

Eleanor aprieta la mandíbula, irritada. Hace un año, nadie se habría atrevido a hacerle un comentario como ese, uno que desafiara su autoridad, porque si Eleanor entraba en una sala y decidía no hablar, todos esperaban con paciencia hasta que lo hacía.

—He repasado tu seminario —empieza a decir, soltando lo primero que se le pasa por la cabeza porque necesita entrar por algún terreno neutro, algo que no haga saltar chispas de inmediato y que no acabe con Julia gritándole que se largue.

—¿Y?

—Tengo un par de artículos que quizá te podrían interesar.

Julia traga saliva y frunce el ceño, porque conoce a Eleanor lo suficiente como para saber que esto solo es una excusa tonta para acercarse a ella.

—Di lo que tengas que decir y déjate de artículos, Eleanor, no creo que a estas alturas necesites recurrir a eso para hablar conmigo, o a lo mejor sí —suelta con toda la rabia que ha ido acumulando estos meses—, a lo mejor sí que necesitas inventarte excusas porque probablemente es mejor escuchar eso que lo que sea que vas a decirme.

Eleanor recibe el golpe con dignidad, sin alterar el gesto y sin marcharse, pero tampoco habla dado que no puede defenderse, no hay nada que pueda decir que justifique el trato que le dio a Julia los

últimos meses, porque, aunque para ella los motivos eran correctos, sabe que las formas fueron un desastre.

Julia la mira durante unos segundos, desesperada porque Eleanor reaccione y le dé una explicación, o al menos, que tenga la dignidad de decirle a la cara que ya no está interesada en ella, pero Eleanor está de pie frente a su mesa como un bloque de hormigón, sin saber cómo explicar lo que sintió, sin saber cómo decirle que no quería hacerle daño, que no pretendió en ningún momento actuar como lo hizo, pero fue algo que la superó, la paralizó y la hizo actuar como una cobarde: escondiéndose en ese viaje donde se dio cuenta de que no se reconocía en esta nueva mujer en la que se ha convertido. Una mujer que no era la misma de la que Julia se enamoró.

—Lo siento, creo que no es un buen momento, no he debido venir.

No es lo que quiere decir, pero está bloqueada mirando esos ojos color miel que la tienen atrapada.

—Como quieras, en ese caso, te agradecería que me dejes seguir trabajando —dice Julia con una frialdad que utiliza para ocultar su decepción.

Devuelve la vista al documento que estaba leyendo y Eleanor tarda unos segundos en darse la vuelta y caminar hasta la puerta. Cuando la abre, se gira y mira a Julia buscando algún tipo de señal en la profesora que le indique que Julia es consciente de cuánto le ha costado este movimiento, del esfuerzo que ha supuesto para ella dar este paso y llamar a su puerta, aunque no haya sido capaz de vocalizar nada de lo que necesita explicar. Sin embargo, no encuentra nada; Julia está concentrada en lo que hace como si ella ya no estuviera en el despacho, y eso hace que a Eleanor le cueste un poco más respirar.

—¿Algo más? —pregunta Julia sin levantar la vista.

Eleanor niega con la cabeza sin responder, sin embargo, todavía tarda unos segundos en marcharse, porque se queda mirando las manos de Julia sosteniendo el documento y el bolígrafo. Son las mismas manos que ella recuerda con una exactitud que le resulta incómoda, la misma línea en los nudillos y el mismo anillo que Julia lleva en el dedo índice de la mano derecha y que se quita por las noches porque le molesta para dormir.

Eleanor sale y cierra la puerta con delicadeza, como si quisiera borrar su paso por el despacho de Julia. Camina por el pasillo hacia su el suyo mirándose los pies mientras su cerebro arde con todas

esas frases con las que podría haber empezado la conversación que ahora le llueven de golpe, pero que han desaparecido cuando se ha encontrado con la mirada de Julia. Tiene ganas de gritar de pura frustración porque se mueve por un terreno por el que no sabe cómo caminar. Quiere a Julia y la ha cagado, y ahora acaba de confirmar lo que Grace le dijo en su casa, que Julia ha seguido adelante sin ella, que no la necesita y probablemente no la echa de menos, porque la profesora ha actuado con total indiferencia, como si la presencia de Eleanor fuera más una molestia que algo que necesite. No puede culparla, pero sí que se dice que debe volver a intentarlo, sin presionar, pero al menos darle una explicación, decirle lo que sintió y que Julia decida lo que quiere hacer con eso.

Cuando entra en su despacho, agradece encontrarlo vacío. Se sienta en su silla y abre un documento en blanco donde decide que, ya que le cuesta tanto comunicarse y que su mente se paraliza ante la mirada de esos ojos color miel que antes brillaban como si fueran oro líquido y que ahora solo la atraviesan, quizá podría escribirlo, no para enviárselo a Julia, porque eso sería frío y solo mostraría un desinterés que Eleanor no siente, pero sí algo que le sirva a ella para plasmar cada pensamiento y sentimiento que tiene y no quedarse en blanco la próxima vez.

Eleanor teclea y se queda mirando lo que ha escrito.

Querida Julia.

Traga saliva y los ojos le pican de desesperación, porque cuando piensa en todo lo que quiere decirle, la lista es interminable, y todo habría sido más fácil si Julia hubiera dicho algo, si le hubiera preguntado o reprochado su actitud, cualquier señal de que quiso a Eleanor lo suficiente como para que todo eso le siga importando, pero no ha dicho nada.

De nuevo, piensa en Grace diciéndole *Julia no te está esperando* y en Lamond diciéndole *¿cree que Julia se merece una explicación, o cree que usted se merece la oportunidad de dársela?*, y se pregunta si hay una tercera opción que ninguna de las dos ha mencionado: que no se merezca ninguna de las dos cosas, ni darla ni recibirla, y que el muro que Julia ha levantado entre ellas es simplemente la respuesta correcta; ha pasado página y ha comenzado una vida donde Eleanor ya no tiene cabida.

Con un nudo en la garganta y la visión borrosa, cierra el documento y abre el correo, cargando dos archivos con los artículos

que le ha mencionado antes. Porque sí, utilizarlos ha sido un intento de empezar la conversación poco logrado, pero no ha mentido. Repasó la temática de su seminario y pensó que esos artículos podrían ayudarla, así que, aunque sabe que Julia no la necesita, Eleanor los envía de todos modos.

Capítulo 11

Eleanor llega a la sala de juntas con cinco minutos de antelación. Las sillas de la mesa principal ya están ocupadas —una de ellas por Julia, que ni siquiera se gira cuando Eleanor saluda, solo murmura algo que ella apenas escucha— así que se tiene que dirigir a las que hay puestas al fondo, dispuestas en filas de seis asientos donde elige una de las últimas y se sienta con la espalda recta mientras deja su cuaderno de notas y un bolígrafo sobre sus piernas.

Es la primera reunión a la que asiste desde que se incorporó, y la primera vez que verá a Patricia Hale en acción, la nueva rectora, y también en persona, porque Eleanor todavía no ha coincidido con ella a pesar de que sabe que debería haber ido a presentarse.

Se queda mirando la mesa y la única silla vacía que hay en la cabecera, la de la rectora, la que ella estuvo ocupando durante años y que ahora observa desde lejos mientras espera a que la ocupe otra persona.

A las nueve en punto, Patricia Hale entra por la puerta lateral con una carpeta bajo el brazo y el pelo castaño cortado a la altura de la barbilla. Es menuda, lleva unas gafas de montura metálica que se ajusta con el dedo mientras camina hacia la mesa y tiene una forma de caminar que demuestra seguridad y autoridad, la misma que la definía a ella y que parece haber perdido. La observa saludar a Vancy con un movimiento de cabeza y se detiene un momento para

intercambiar un par de frases con la jefa del departamento de Humanidades, hasta que al fin se sienta en su silla.

—Buenos días a todos —dice Hale, y todos dejan de hablar para escucharla—. Voy a ser directa porque el orden del día de hoy es extenso.

Eleanor abre su cuaderno para tomar apuntes, pero un destello rojo llama su atención cuando Nora Walsh entra de puntillas y se cuela entre las hileras de sillas, sentándose justo delante de ella, que durante un momento solo ve esa melena cobriza mientras recuerda la risa que esta mujer provocó en Julia.

Aprieta el bolígrafo entre los dedos y decide centrarse en lo que dice la nueva rectora.

El plan estratégico del semestre tiene cuatro ejes que Hale presenta con la ayuda de una pantalla que baja desde el techo. Optimización de recursos, alineación con métricas de impacto externo, revisión de programas de bajo rendimiento y la hoja de ruta para el siguiente ciclo de acreditación. Cada eje viene acompañado de un gráfico y un conjunto de indicadores que Hale explica con una fluidez y determinación que sorprenden a Eleanor.

Ella escucha y toma notas porque apuntar cosas le da algo que hacer con las manos y eso la ayuda a no estar apretando la mandíbula constantemente. Patricia Hale utiliza un lenguaje corporativo que a Eleanor le resulta irritante, pero sabe que solo es porque esta mujer se parece mucho a ella en su forma de expresarse, lo hace con tanta autoridad que resulta difícil que alguien se atreva a rebatirla.

Cuando habla de la eficiencia docente, de retorno formativo y de revisar los programas de bajo impacto, Eleanor sí que quiere rebatirla. No es que Hale esté equivocada en todo lo que dice, pero Eleanor ha pasado suficientes años en la gestión académica como para darse cuenta de inmediato de que hay programas que no se sostienen y presupuestos que sangran sin justificación.

En el tercer eje, Hale llega a la lista de programas en revisión y menciona el seminario de pensamiento crítico legal que aparece en el cuarto punto, el seminario que dirige Julia.

—Es un programa de alto coste por alumno con un impacto externo no documentado —dice Hale.

Eleanor quiere hablar, interrumpirla y decirle lo que piensa. Porque tiene la información suficiente sobre ese seminario como

para explicar que el coste por alumno es superior a la media porque el formato es de grupo reducido, que eso es una característica del diseño y no un defecto, que los programas de pensamiento crítico no producen publicaciones indexadas, pero producen exactamente el tipo de egresado que hace que una facultad de derecho tenga reputación a largo plazo. Lo sabe y podría decirlo en menos de un minuto con la claridad suficiente como para que Hale se viera obligada a tener en cuenta sus argumentos, pero Eleanor no dice nada.

No lo hace porque no le importe, sino porque confía en Julia y sabe que la profesora está perfectamente capacitada para defenderse, y si Eleanor interviene, podría interpretarlo como una demostración de que no confía en ella. Además, ahora ha perdido su autoridad, y Hale podría pensar que su defensa del seminario es un ataque a sus capacidades para decidir, y eso no ayudaría a Julia.

—Si me permite —dice Julia, y Eleanor sonríe cuando Hale le cede la palabra con un gesto.

Julia no se levanta. Habla desde su silla con la seguridad de alguien que tiene muy claro lo que va a decir.

Empieza por los datos: coste real por alumno corregido por el formato, ratio de continuidad en posgrado de los alumnos que han cursado el seminario frente a los que no y número de resoluciones judiciales de los últimos cinco años que citan argumentación de pensamiento crítico legal en sus fundamentos. Los números son sólidos y están citados, Eleanor lo sabe porque algunos los conoce, y los que no conoce tienen la estructura de quien ha hecho el trabajo de buscarlos, así que está segura de que son datos fiables. Después Julia pasa a los argumentos cualitativos, y aquí es donde Eleanor deja de tomar notas porque no puede hacer dos cosas a la vez.

Julia habla de lo que no aparece en los indicadores de impacto externo con la seguridad de quien sabe que está pisando un terreno que la mayoría de la sala preferiría evitar, porque es más fácil defender lo que tiene números favorables que defender lo que no los tiene, y Julia está defendiendo lo segundo con argumentos sólidos. La diferencia entre una facultad de derecho que forma técnicos y una que forma juristas. El tipo de preguntas que el seminario enseña a hacer y que no aparecen en ninguna métrica de rendimiento porque sus consecuencias tardan diez años en manifestarse.

Hale la escucha con cara de no estar muy convencida todavía y hace dos preguntas, ambas sobre los datos, que Julia responde sin dudar.

Eleanor mira su libreta. Ha subrayado *alto coste por alumno* dos veces y debajo ha escrito, sin pensarlo, el número exacto de alumnos que pasaron por ese seminario el semestre anterior, que conoce porque ha leído el programa completo desde que se incorporó.

La reunión continúa. Hale pasa al cuarto eje y el seminario queda en suspenso, sin resolución, que es lo mejor que Julia ha podido conseguir en este contexto y probablemente lo sabía antes de empezar.

La reunión termina por fin y la sala comienza a vaciarse. Nora Walsh desaparece por un lateral y Eleanor le pierde la pista porque tiene la mirada fija en Julia, que se ha levantado y se dirige hacia la puerta.

—Perdón —dice Eleanor, esquivando a un profesor cuando trata de alcanzar a Julia.

No pretende abordarla ni hacer un intento de empezar una conversación con ella, pero sí que quiere saludarla, mirarla a los ojos y recordarle que todavía sigue aquí, porque se ha dado cuenta de que necesita hacerlo así, estar presente para que a Julia le quede claro que no tiene ninguna intención de huir de nuevo. Quizá sea la mejor manera de empezar a intentar recuperar su confianza.

Cuando llega al pasillo, Julia está de espaldas a ella hablando con un profesor. Eleanor duda entre esperarla o continuar su camino y esperar una oportunidad mejor, pero entonces ese profesor se despide y Julia se da la vuelta. El corazón le da un vuelco cuando ve los ojos verdes de Eleanor clavados en ella, pero cuando Eleanor abre la boca para hablar, una melena cobriza le pasa por delante y capta la atención de Julia.

—¿Vamos? —pregunta Nora.

Julia asiente, aunque su mirada se mantiene sobre Eleanor durante una fracción de segundo antes de empezar a caminar. Eleanor está a punto de detenerla en medio de un arrebato de algo muy parecido a los celos, de decirle que espere un segundo, pero otra voz la interrumpe a ella.

—Señora Morley…

Eleanor se gira y se encuentra a Patricia Hale a su lado. De cerca, no es tan bajita como le había parecido, es casi de su altura y sus ojos

son tan verdes como los de Eleanor.

—No hemos tenido oportunidad de conocernos todavía —dice Patricia.

Eleanor sabe que está siendo amable al definirlo así, porque es consciente de que si no se han conocido hasta ahora, ha sido por ella, porque se ha negado a ir a presentarse en el que antes era su despacho.

—Lo siento, he estado ocupada, debería haber ido antes —dice Eleanor, tendiéndole la mano.

Hale se la estrecha con fuerza y le sonríe antes de soltarla.

—No se preocupe, entiendo que adaptarse a su nuevo puesto debe ser complicado.

Eleanor la mira, sin ver ningún rastro de mofa en su expresión. Hale parece sincera al decirlo, como si de verdad entendiera lo que supone esto para ella.

—Soy consciente de lo que pasó —sigue Hale—, y quiero que sepa que admiro su valentía.

—Gracias —dice Eleanor, sorprendida.

—Si necesita cualquier cosa, no dude en venir a verme —Hale le tiende la mano de nuevo y se despiden con otro apretón firme.

La nueva rectora se va en una dirección y Eleanor hacia la otra, la misma por la que se ha marchado Julia con la pelirroja, y ahora Eleanor sí que sabe lo que le habría dicho de haber tenido la oportunidad de saludarla. Le habría dicho que ha estado brillante defendiendo su programa y que está orgullosa de ella, pero se lo tiene que guardar todo porque Julia ya se ha ido, y probablemente no le importe lo que ella tiene que decir.

Capítulo 12

Julia entra en el restaurante donde ha quedado para cenar con Nora con los ojos en todas partes. Ya ha estado aquí antes, es un sitio pequeño y algo ruidoso, con las mesas demasiado juntas para su gusto, pero a Nora le gusta y a ella le da lo mismo un sitio que otro porque solo quiere despejarse de la neblina que tiene en la cabeza desde que Eleanor volvió de su viaje.

Nora ha llegado antes que ella y ya la está esperando en una de las mesas, donde hay una botella de agua y dos copas.

—He pedido vino también —dice Nora cuando Julia se queda mirando la botella de agua tras sentarse.

—Gracias —sonríe, y Nora le devuelve la sonrisa con una amplitud que podría contagiar a cualquiera que la vea.

Julia se queda mirándola unos segundos mientras piensa —con cierta irritación— en lo fácil que es estar con esta mujer.

Piden la cena y empiezan hablando de cosas del departamento de Derecho, de un alumno de Nora que ha presentado un trabajo tan malo que la profesora está pensando en enmarcarlo y también hablan de la reunión del claustro de ayer.

—Defendiste bien lo del seminario —comenta Nora, sirviendo vino para las dos.

—Espero que sirva de algo —responde Julia.

—Seguro que sí, Hale no es estúpida, sabrá valorarlo y lo mantendrá.

—No sé yo —dice Julia—, creo que lo que le importa a ella es que los números le cuadren, y mis números no lo hacen como a ella le gustaría, así que todo dependerá de si tiene visión para apreciarlo.

—¿Y si no la tiene? —plantea Nora.

Julia deja la copa sobre la mesa.

—Entonces buscaré otra manera de defenderlo.

Nora se la queda mirando de un modo que Julia no sabe cómo interpretar.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti? —pregunta de pronto, y Julia se tensa.

—¿Que soy puntual?

—Que crees en lo que defiendes, y eso te vuelve muy interesante.

Nora coge un trozo de pan y se lo lleva a la boca mientras Julia la mira sin saber cómo interpretar lo que acaba de decirle.

Cuando traen los platos, la conversación se ha desviado hacia Boston, hacia el departamento donde Nora estaba antes y los motivos por los que aceptó venir a San Diego.

—Necesitaba cambiar de ciudad —explica mientras come.

Julia la escucha con atención. Escuchar las historias de Nora siempre es interesante y también le sirve como distracción para todo el ruido de su cabeza. Es en el momento en que traen el postre cuando Nora aparta su copa de vino y apoya los brazos en la mesa.

—Voy a decir algo y puedes no contestarme si no quieres.

Julia se vuelve a tensar, con todos los sentidos en alerta.

—Sé que suspiras por alguien —a Julia se le escapa el aire de los pulmones de golpe—. No sé quién es y no sé lo que pasó, pero sé que hay una mujer que te tiene atrapada de algún modo. Lo he sabido desde que te conozco, y nunca he preguntado porque no quería incomodarte si tú decidías no hablar.

Julia se muerde los labios, sin saber si es mejor interrumpirla o dejarla seguir.

—Este último mes estás bastante rara, tensa, demasiado alerta y muy distraída, así que he decidido preguntar, pero como he dicho, no tienes que responder si no quieres.

Julia se queda mirando la mesa, debatiendo si contárselo o no, porque, aunque se puede desahogar con Grace, Grace no deja de ser la hija de Eleanor, y por muy imparcial que intente ser, su madre es su madre, y Julia lleva meses con esto atascado.

—Hubo alguien —dice al final, pero decide no nombrar a Eleanor —. Digamos que fue complicado desde el principio por motivos que no voy a explicar ahora.

Nora asiente sin decir nada, y Julia lo agradece porque todavía quiere a Eleanor y la sigue respetando a pesar de todo, y sabe que hablar de ella poniéndole nombre sería revelar la condición sexual de Eleanor antes de que ella misma se atreva a hacerlo en público.

—Parecía que funcionaba, pero de repente, ella decidió que había dejado de hacerlo y simplemente desapareció por completo durante un par de meses.

—¿Cómo desapareció? —pregunta Nora, entre intrigada y angustiada por algo a lo que sabe que no puede aspirar.

—Estaba fuera, de viaje. Hablábamos prácticamente a diario, pero de pronto empezó a espaciar esas llamadas hasta que cortó toda comunicación.

—¿Sin darte una explicación? —Nora frunce el ceño, sorprendida.

—Sí.

—¿Y ahora? Has dicho que desapareció durante un par de meses.

—Ahora ha vuelto de donde estaba y coincido con ella en el trabajo —Julia se detiene de golpe, consciente de que acaba de revelar que esa persona trabaja con ellas.

—No voy a preguntarte quién es, tranquila —dice Nora ante la palidez de su amiga.

—Gracias —dice aliviada—. Pues eso, a veces coincido con ella, y tengo tanta rabia acumulada por dentro que no sé cómo comportarme.

—¿La sigues queriendo? —pregunta Nora.

—No he dicho eso —responde Julia.

—Pero tampoco estás diciendo que no.

Julia la mira y Nora le devuelve una mirada tranquila, sin presionarla, simplemente estando ahí.

—No quiero hablar más de esto —dice finalmente.

—De acuerdo —concede Nora, y cambia de tema.

Cuando terminan de cenar, salen a la calle y Julia se cierra el abrigo porque el aire de febrero a estas horas le parece demasiado frío como para soportarlo. Caminan juntas hacia el aparcamiento y Nora se detiene junto al coche de Julia antes de ir hacia el suyo.

—Me lo he pasado bien —dice Nora mientras Julia busca las llaves en el bolso.

—Yo también.

—Julia…

Julia levanta la vista y descubre que Nora la mira de un modo que ya ha visto en ella alguna vez. Es un segundo nada más, quizá menos antes de que cambie la expresión, pero es suficiente para que Julia comprenda de una vez por todas que Nora la desea, aunque no se lo diga.

—Conduce con cuidado —termina Nora, y se despiden con un abrazo.

Julia conduce sin poner música, pensando una vez más en que Nora sería una elección sencilla. Con ella no tendría que reconstruir lo que está roto, no habría rabia ni frustración, porque todo empezaría desde cero, con ambas al mismo nivel, pero ella solo puede pensar en Eleanor. Vuelve atrás recordando la reunión y la ve sentada en la sala de juntas con la libreta sobre las rodillas y el bolígrafo en la mano. Julia hizo ver que no la había visto porque estaba muy enfadada en ese momento después de que Eleanor se hubiera presentado en su despacho y no hubiera tenido el valor de decirle lo que había ido a decir. Sin embargo, sí que la vio. La vio en cuanto cruzó la puerta porque algo la hizo girarse ante esa energía que ella percibe siempre desde lejos. Se puso rígida y el corazón se le aceleró de sopetón, y más tarde, cuando Eleanor estaba concentrada en la reunión, se fijó de nuevo en esos ojos verdes que la tienen atrapada.

—Mierda, Eleanor —maldice frustrada, golpeando el volante con la mano.

Llega a su casa, se quita los zapatos y deja el bolso para ir directamente a darse una ducha que con suerte la despeje. Se desnuda y abre el grifo, y se mete debajo intentando no pensar en nada, pero cuando cierra los ojos, su mente se traslada a la primera vez que se ducharon juntas. Siente las manos de Eleanor en su espalda, lentas y seguras al mismo tiempo, y recuerda cómo Eleanor jadeaba cuando la pegó a las baldosas y movía los dedos dentro de ella a un ritmo implacable. Nunca olvidará esos suspiros temblorosos, ni el brillo de los ojos de Eleanor cuando se corría y la miraba al mismo tiempo.

Julia abre los ojos con rapidez, asustada por el temblor entre sus piernas, y cierra el grifo de inmediato porque se niega a hacer esto sin Eleanor.

Capítulo 13

Eleanor lleva más de la mitad de la sesión con la doctora Lamond hablando de la universidad, de las clases —también ha mencionado el seminario de Julia por encima, de cómo lo defendió en la reunión— y de que su relación con Grace está volviendo a la normalidad. No a una verdadera relación de madre e hija, porque esa era la que estaban reconstruyendo cuando Eleanor desapareció y lo echó todo por tierra, pero sí que han vuelto al punto en el que estaban, poniendo de su parte —sobre todo Eleanor, que es la que había fallado— para que al fin lo consigan.

—Conocí a la nueva rectora —explica Eleanor, que no ha parado de hablar desde que ha llegado.

Lamond mira el reloj y luego a Eleanor. Sabe que su paciente solo tiene un motivo para hablar tanto: evitar que la doctora pregunte por el tema más incómodo para ella, por eso incluso habla de la relación con Grace, porque intenta darle algo que demuestre que avanza, pero la doctora considera que ya es suficiente.

—¿Cómo está Julia?

Eleanor cierra la boca de golpe, sintiendo que el corazón se le sube a la garganta en cuanto escucha su nombre. Todavía no comprende por qué le sigue acelerando el pulso de ese modo, pero la profesora sigue provocando ese efecto en ella a pesar de que prácticamente no le dirige la palabra.

—Ya hemos hablado de Julia —dice Eleanor, cruzando una pierna sobre otra.

Se lleva las manos a la melena y se recoge el pelo como si fuera a hacerse una coleta justo antes de soltarlo de nuevo.

—Hemos hablado del seminario de Julia y de que Julia intervino en la reunión del claustro, pero no hemos hablado de Julia —corrige la doctora.

Eleanor se muerde el interior de la mejilla y mira hacia la puerta durante un segundo, pensando que podría levantarse y salir ahora mismo, porque ella es la que paga, y por lo tanto, decide lo que pasa. Casi sonríe cuando se da cuenta de que en esta consulta sigue conservando su poder.

—Está bien —responde con sequedad.

—Claro —dice Lamond—. ¿Ha hablado con ella?

—Lo intenté —confiesa Eleanor—. Fui a su despacho y lo intenté.

—¿Pero?

—Me quedé en blanco, y ella no estaba por la labor de soportar mi presencia, así que me fui —dice Eleanor, aunque sabe perfectamente que más bien fue Julia quien la echó.

—¿Qué hubiera querido decirle?

—¿Cómo? —Eleanor frunce el ceño y Amanda Lamond anota algo en su libreta.

—Ha dicho que se quedó en blanco. ¿Por qué no prueba conmigo? Dígame lo que quería decirle a Julia y quizá la próxima vez sí que sea capaz de hablar.

Eleanor mira ahora hacia la ventana, descubriendo que hay una planta nueva que está en una maceta demasiado pequeña para su tamaño.

—Quería disculparme, decirle que lo siento y explicarle mis razones. Aclararle que no hice lo que hice porque no me importara y que ella no es culpable de nada.

Lamond asiente, con la sensación de que Eleanor, en realidad, no le está diciendo nada.

—¿Y por qué piensa que no pudo decirlo?

—No lo sé, la miré y se me fue todo de la cabeza —responde Eleanor, entre frustrada y decepcionada consigo misma.

—La última vez que hablamos —empieza Lamond—, me contó dos cosas. El correo de reincorporación que la paralizó y el miedo a depender de Julia. Me dijo que había más, pero que no estaba lista

para hablar de ello. Han pasado seis semanas desde aquella sesión, señora Morley.

—Sí.

—¿Está lista ahora?

Lamond espera sin presionar, manteniéndose en silencio mientras Eleanor decide si quiere responderle.

—Sé que fui yo la que eligió no volver, pero la soledad me aplastaba a partir de ese segundo mes. El primero la necesitaba, el viaje en solitario estaba cumpliendo su cometido, me estaba ayudando a entender ciertas cosas de mí misma y a comprobar que lo que siento por Julia es real porque la echaba demasiado de menos.

—¿Y qué pasó después? ¿Por qué cree que se sentía tan sola desde que decidió seguir el viaje?

—No lo sé, sentía que todo lo que pensaba rebotaba en las paredes y volvía a mi cabeza de manera amplificada.

—¿Qué era lo que rebotaba?

Eleanor abre la boca y la cierra un par de veces antes de responder.

—La voz de mi padre —confiesa, y un escalofrío helado le atraviesa la columna mientras Lamond toma notas.

—¿Qué le decía su padre?

—Que era patética, que necesitar a alguien a mi edad era una forma de debilidad injustificable. Que la mujer que había comenzado a ser, esa que no sabía estar sola, que temblaba cuando la tocaban y que llamaba a Julia solo porque necesitaba escuchar su voz, no era alguien que Julia mereciera tener en su vida.

Lamond vuelve a tomar notas.

—Y usted le hizo caso a esa voz.

—Supongo.

Eleanor tiene la mirada vacía porque siente tanta vergüenza de sí misma que no puede soportar mirar a la doctora a los ojos. Le hizo caso a esa voz de su padre con el mismo miedo con el que se lo hacía cuando era adolescente y él la pilló a punto de besar a Clara. Eleanor tiene clavada en la memoria esa mirada de asco y rechazo de su padre, y está convencida de que es la misma con la que él la miraría ahora si pudiera verla.

—Me convencí de que lo mejor que podía hacer por Julia era no volver —sigue Eleanor—. Que si volvía, iba a hacerla cargar con algo que no le correspondía cargar. Que la Eleanor que se marchó en

septiembre era alguien a quien ella quizá podía querer, pero la que estaba en esas habitaciones de hotel a las dos de la mañana dejando que el recuerdo de su padre la quebrara, era otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Un problema. Siempre he sido un problema para Julia. Me costó aceptar lo que sentía y la hice esperar y, cuando logré aceptar esa parte, me quedaba la otra, la que no me permitía dejar que me vieran en público como una mujer que se acuesta con otra mujer. Y Julia siempre estaba ahí, paciente, sin exigir nada, pensando que volvería de ese viaje renovada, más fuerte y dispuesta a demostrarle que la quiero de verdad, pero ahí también fallé.

Eleanor no sabe si ha divagado o ha respondido bien a la pregunta que Lamond le ha hecho, pero ha dicho lo que siente, que básicamente es que es un fraude que no estuvo a la altura de lo que Julia necesitaba ni siquiera cuando estaban juntas.

—¿Por qué volvió entonces, señora Morley?

El rostro de Eleanor se contrae en una mueca y logra mirar a la doctora, mostrando su confusión.

—Ya lo sabe, se me acabó el año sabático.

—Sí, ese es el motivo que usted intenta creerse, pero ese año solo se acababa si usted lo decidía. Nadie la apuntó con una pistola para volver, si hubiera querido seguir siendo invisible, habría tratado de llegar a un acuerdo con la nueva rectora para conseguir más tiempo, o simplemente se habría despedido del trabajo. En cambio, usted eligió volver a pesar de que lo hacía con un cargo inferior al que tenía, sin despacho propio y sin ser la persona que dirige todas las reuniones.

El silencio se alarga al menos un minuto después de que Lamond termine de hablar. Ese es el tiempo que Eleanor necesita para que los engranajes de su cabeza se muevan y comprenda que la doctora no es estúpida y ve mucho más allá de lo que ella intenta mostrar.

—¿Eleanor? —insiste Lamond que, para esta pregunta, sí que quiere una respuesta.

—Porque no soportaba seguir sin verla —reconoce en un susurro —. Echaba de menos a Julia como el respirar y, aunque sabía que había acabado con cualquier posibilidad de que me mirara a la cara tras mi regreso, necesitaba verla.

—Creo que es la primera vez que es realmente sincera conmigo — la doctora la mira con expresión entre satisfecha y sorprendida.

Eleanor se ofende.

—Nunca le he mentido.

—No, no lo ha hecho, pero tiene usted una habilidad sorprendente para decir verdades a medias de modo que parezcan verdades completas. Que se le acabó el año sabático era verdad, pero que no podía seguir sin ver a Julia también lo es, y usted solo mencionó el primer hecho hasta que se ha sentido obligada a mencionar el segundo.

Eleanor no responde, porque no puede defenderse de ninguna manera.

—Hemos de trabajar más en lo de su padre. Creo que, de alguna manera, él le enseñó que necesitar es sinónimo de debilidad —dice Lamond—, tal vez no lo hizo con esas palabras, pero sí con sus actos.

—Mi padre ya no está —dice Eleanor.

—Pero vive dentro de usted en forma de trauma, y está afectando a su capacidad de enfrentarse a lo que siente. Cada vez que se acercaba a Julia —continúa la mayor de las dos—, algo en usted activaba esa voz. Y en lugar de reconocerla como lo que es, que es el miedo de una joven de quince años que aprendió que querer de cierta manera era peligroso, usted le dio la razón. Huyó.

—No quería hacerle daño a Julia —susurra Eleanor, aturdida.

—¿Y qué cree que le hicieron dos meses de silencio?

La pregunta no necesita respuesta porque Eleanor ya la sabe. La conoce desde que Grace se la hizo con otras palabras en el sofá de su apartamento, al igual que Lamond en su consulta durante la primera sesión y desde que ella misma intenta convencerse de que no quería hacerle daño como si la intención borrara la consecuencia.

—Le hice lo mismo que me hizo mi padre —dice, cuando por fin lo entiende.

—Exacto, su padre la abandonó emocionalmente, y usted abandonó a Julia del mismo modo para no tener que aceptar que la necesita y que la quiere tanto que eso le da pánico.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora? —pregunta Eleanor.

—Empezar a ignorar la voz de su padre. Usted no hizo nada malo cuando era adolescente, y tampoco estaba haciendo nada malo queriendo y deseando a Julia.

—Pero la necesidad…

—Necesitar a alguien no la vuelve débil, Eleanor. Usted es una mujer muy capaz de sobrevivir sola, tiene su trabajo, su casa y una

vida que seguirá viviendo si Julia no está en ella, pero que mejorará mucho si Julia sí que está, porque usted necesita ese cariño que ella le proporciona, el apoyo y la estabilidad que se obtiene en las relaciones sanas. No se conforme con lo que no la hace feliz, Eleanor, eso sí que será el mayor error de su vida.

Cuando sale de la consulta, Eleanor solo tiene una frase en su cabeza: *la abandonó emocionalmente para no tener que aceptar que la necesitaba*.

Es lo que hizo, una actitud completamente cobarde para la que ha buscado excusas de todo tipo. El correo de reincorporación solo fue un detonante, el resto lo hizo ella dejando que el miedo la paralizara y le impidiera ver la realidad que Lamond acaba de explicarle.

Piensa en su padre y se da cuenta de que es cierto, ha trasladado su trauma a Julia, y la consecuencia es que, más de treinta años después, su padre ha logrado separarla de nuevo de una mujer.

Capítulo 14

Eleanor camina hacia el aula donde tiene que impartir su clase con su maletín en una mano y un café en la otra. Todavía siente esa incomodidad que arrastra en cada una de las que imparte, porque se siente como una especie de impostora, alguien que todavía no se ha acostumbrado a su nuevo puesto y que tiene que plantarse delante de veintitrés alumnos que ya no la miran como a la rectora a la que hay que tratar con cuidado, sino como a la exrectora a la que observan como si trataran de adivinar lo que queda de ella.

Cuando Eleanor entra, algunos elevan la vista y otros siguen a lo suyo hasta que ella deja el maletín sobre la mesa con un ruido seco que provoca que todos levanten la cabeza. Es consciente de que la respetan, solo que todavía no saben cómo tratarla porque ni siquiera ella misma sabe cómo debe permitir que lo hagan.

—Buenos días —dice, paseando la mirada por cada uno de ellos.

La clase se llena de respuestas que se mezclan entre ellas y Eleanor asiente y da un sorbo a su café antes de comenzar.

La primera media hora es técnica y Eleanor repasa los fundamentos del control de constitucionalidad, la doctrina de los actos políticos y el margen de apreciación del legislador. Lo hace de forma correcta, con la estructura que conoce desde hace treinta años, pero con la rigidez de quien está más pendiente del continente que

del contenido. Escucha su propia voz y la reconoce como la misma que utiliza en las reuniones y no con la que piensa.

Los alumnos toman notas, algunos con más atención que otros, y Eleanor siempre los mira mientras habla, en busca de alguno que esté completamente distraído. Una chica en la segunda fila tiene el bolígrafo suspendido sobre el cuaderno desde hace varios minutos, no es que no preste atención —porque la mira fijamente— pero eso significa que espera algo que todavía no ha llegado, algo que no sepa ya o algo brillante que la haga sumergirse en la clase por completo.

Eleanor pasa al caso *Marbury contra Madison* y lo desarrolla con la precisión de quien lo ha explicado tantas veces que podría hacerlo dormida, y está a punto de pasar al siguiente punto del programa cuando una mano se levanta en la tercera fila.

Es un chico con gafas y un cuaderno donde Eleanor puede ver, desde donde está, que ha escrito más de lo que ella ha dicho. Eso significa que estaba pensando mientras escuchaba, que es lo que Eleanor siempre ha considerado la única forma correcta de escuchar.

—¿Sí? —dice Eleanor.

—Si el Tribunal Supremo tiene la última palabra sobre qué es constitucional —empieza el alumno, con miedo de no saber si la pregunta es demasiado elaborada para este momento o está mal planteada a ojos de una mujer que brilla en este campo, aunque no quiera—, ¿quién controla al Tribunal Supremo? Porque si la respuesta es nadie, entonces la constitucionalidad no es un límite al poder, es solo el nombre que le da el poder a sus propias decisiones.

El resto de los alumnos se quedan completamente quietos al escucharlo mientras Eleanor lo mira. El chico le sostiene la mirada, pero parece asustado como si dudara, como si su pregunta ahora que la ha vocalizado le pareciera una torpeza y ya no pueda hacer nada para cambiarlo porque su profesora lo ha escuchado.

Algo se remueve en el interior de Eleanor, algo que llevaba mucho tiempo dormido, una especie de chispa que recuerda de sus primeros años dando clase, cuando todavía no era rectora ni jefa de departamento ni nada más que una profesora de treinta y dos años que se quedaba en el aula veinte minutos después de que los alumnos se fueran porque la conversación con alguno de ellos seguía en su cabeza.

—Es una pregunta que Alexander Hamilton ya se hizo —responde Eleanor, y su voz suena tan diferente, sin el tono monótono habitual,

que hasta ella misma se sorprende—. Y la respuesta que dio en el Federalista número setenta y ocho fue que el Tribunal no tiene ni la espada ni la cartera, solo el juicio. Lo cual es una forma muy elegante de decir exactamente lo que usted acaba de decir: que su poder depende de que los demás lo acepten como legítimo.

El alumno frunce el ceño.

—Entonces es frágil.

—Todo el derecho constitucional es frágil —aclara Eleanor, y da un paso desde detrás de la mesa y se coloca delante, apoyando el culo en la madera—. Es un sistema que funciona mientras la gente cree que funciona. En el momento en que el ejecutivo decide ignorar una sentencia del Tribunal y nadie hace nada para impedirlo, el sistema se ha roto, aunque los papeles digan que sigue en pie. ¿Conocen el caso de Worcester contra Georgia?

Casi todos niegan con la cabeza, pero la chica de la segunda fila ha vuelto a poner el bolígrafo sobre el cuaderno, interesada.

Eleanor les cuenta el caso. Andrew Jackson, el Tribunal Supremo dándole la razón a la nación *cherokee* y Jackson ignorando la sentencia. «John Marshall ha tomado su decisión, que la ejecute él».

—La frase que probablemente nunca dijo, pero que resume con exactitud lo que pasó: es que el Tribunal falló y no pasó nada, porque el Tribunal no tiene la espada ni la cartera, solo el juicio, y ese día nadie aceptó su juicio.

El aula está en silencio. No el silencio pasivo de quien espera a que termine la clase, sino el otro, el que Eleanor reconoce porque lo ha visto pocas veces y siempre le ha parecido una prueba de que algo está funcionando.

—Entonces —dice el alumno de las gafas—, ¿el derecho constitucional es en el fondo una convención social?

—Toda la ley es una convención social —responde Eleanor—. La diferencia es que la constitución es la convención sobre la que se apoyan todas las demás. Si esa cae, no se cae sola.

La chica de la segunda fila levanta la mano y Eleanor no mira el reloj en los siguientes veinte minutos.

En el pasillo, Julia, que pasaba por delante del aula en ese momento, se ha detenido en seco al ver a Eleanor dentro, sorprendida por ese tono eufórico con el que solía debatir casos con ella. La puerta del aula está medio abierta y Julia se asoma con cuidado.

Eleanor está de pie, apoyada contra su mesa en posición relajada, gesticulando con las manos al hablar, con una expresión que Julia solo le había visto en la cama de madrugada cuando se enzarzaban en alguna discusión sobre derecho penal, sobre filosofía política o sobre cualquier cosa que les diera un motivo para seguir hablando en lugar de dormir. Es la misma expresión de cuando Eleanor se olvida de ser Eleanor Morley y es simplemente alguien a quien le importa lo que está diciendo.

Julia sonríe sin poder evitarlo y, cuando se da cuenta de que lo ha hecho, se aparta de la puerta y sigue caminando, molesta consigo misma por transportarse de inmediato a esos momentos que le recuerdan las manos de Eleanor en su espalda cuando estaban en la cocina y le susurraba al oído algún caso que hacía que su mente volara. Le encantaban esos ratos casi tanto como perderse en el cuerpo de esa mujer.

«Maldita seas», piensa, apretando los puños para contener la frustración que siente.

Cuando la clase termina, los alumnos recogen con prisas, pero el chico de las gafas se queda un minuto más mientras guarda sus cosas.

—Era una pregunta seria —dice, como si necesitara confirmar que Eleanor lo considera así.

—Lo sé —dice Eleanor—. Por eso la he respondido en serio.

El alumno asiente y se marcha, dejando a Eleanor sola en el aula. La profesora se sienta de nuevo en el borde de la mesa, que es algo que nunca haría en una reunión de rectorado y que, sin embargo, era su posición natural cuando daba clases hace años. Mira las sillas vacías y la pizarra donde ha empezado a escribir al inicio de la clase y de la que se ha olvidado por completo porque no la necesitaba.

Como rectora, dirigía. Ella establecía el marco, fijaba los límites del debate y orientaba las conclusiones hacia donde necesitaba que fueran porque siempre había algo que conseguir, algún resultado que justificara la reunión. Aquí no busca nada que no sea que sus alumnos la escuchen y se hagan preguntas.

Eleanor mira la pizarra otra vez y piensa en los primeros años, en aquellas clases que impartía donde todavía creía que enseñar era la cosa más importante que podía hacer, antes de que los cargos fueran llegando y la convencieran de que lo relevante estaba en otro sitio. Piensa en cuándo empezó a creer eso y no encuentra el momento

exacto; fue una acumulación de pequeñas decisiones que parecían razonables por separado, y que juntas construyeron a la mujer que presidía reuniones desde la cabecera de una mesa y ya no recordaba lo que se siente cuando un alumno hace una pregunta que no tiene respuesta fácil y el aula se queda en silencio.

Recoge el maletín y el café, del cual se ha olvidado por completo y está frío, y apaga la luz del aula.

Sale al pasillo y camina hacia el exterior del edificio porque necesita que le dé el aire antes de volver al despacho, o eso es lo que se dice, porque en realidad lo que necesita es ese momento para caminar sola después de una clase que no esperaba que fuera así.

El campus a esta hora tiene mucho ruido: hay grupos de estudiantes moviéndose entre los edificios, gente comiendo en los bancos y el sonido del tráfico llegando desde fuera de las verjas. Eleanor lo cruza sin prisa, ajena a todo lo que hay a su alrededor porque por primera vez desde que volvió, no se siente como alguien que está ocupando un sitio que no le corresponde.

Es una sensación que le resulta extraña y agradable al mismo tiempo. No es una revelación ni un punto de inflexión, ni ninguna de las cosas que en otras circunstancias habría clasificado y archivado en su cabeza. Es simplemente que, durante los últimos cuarenta minutos en un aula de tercer año, Eleanor Morley no ha pensado en lo que perdió. Ha pensado en lo que estaba haciendo y se ha sentido cómoda.

Lo único que enturbia todo eso es que lo que más le apetece ahora mismo es contárselo a Julia: hablarle de la pregunta del alumno, la dirección que ha tomado la conversación y el silencio del aula cuando Eleanor habló de Worcester contra Georgia. Julia habría tenido algo que decir sobre todo eso, algún punto de vista desde el derecho comparado o desde la teoría política que habría obligado a Eleanor a reformular su respuesta, y se habrían pasado una hora larga contrastando argumentos con el placer de dos personas que piensan de forma parecida, pero no idéntica.

Eleanor se detiene junto a la fuente del patio central, consciente de que antes de poder hablarle de nada, tiene que arreglar lo que rompió. El problema es que todavía no sabe cómo, y que cada día que pasa sin saberlo es un día más que Julia puede utilizar para construir una vida donde Eleanor no tiene un sitio reservado.

Capítulo 15

—Mierda —masculla Julia cuando termina de leer el correo que le ha llegado hace un par de minutos.

Es una comunicación oficial firmada por la secretaría del rectorado con el membrete nuevo que a Julia todavía le cuesta mirar sin irritarse. Es un párrafo y medio para explicarle que el seminario de pensamiento crítico legal ha sido incluido en la lista de programas en evaluación. Plazo para presentar documentación de impacto: primero de marzo. Básicamente, dice que si la documentación que aporte no justifica la continuidad del programa según los criterios establecidos en el plan estratégico del semestre, el seminario será suspendido a partir del curso siguiente.

Julia lee el párrafo y medio dos veces más antes de cerrarlo y abre el programa del seminario, que tiene en el escritorio porque trabaja en él cada semana desde que lo creó. Lo mira durante unos segundos y lo cierra después de soltar un bufido de exasperación.

Se levanta, coge el abrigo del respaldo de la silla y sale al pasillo porque el despacho de repente tiene el tamaño de una caja de zapatos y Julia necesita moverse o la rabia la consumirá. Camina hasta el fondo del pasillo y vuelve. Lo hace hasta tres veces mientras el profesor del despacho de enfrente la mira con una expresión desconcertada, y Julia le sostiene la mirada hasta que él baja los ojos a su pantalla.

Vuelve a su despacho y se sienta, tan enfadada que no puede centrarse. El seminario lo creó ella, sin apoyo, sin presupuesto asignado desde el principio porque Eleanor necesitaba que estuviera terminado antes de aprobarlo. Fueron muchos meses de trabajo, de convencer a colegas, de demostrar que había demanda y de construir un programa que no existía porque nadie había considerado que hacía falta. Es su proyecto, lleva su firma en cada decisión de diseño, y la rectora Hale lo ha metido en una lista de bajo impacto medible con la misma tranquilidad con la que se elimina una línea de un presupuesto.

Julia abre el portátil y empieza a escribir la respuesta a la comunicación oficial, pero se detiene cuando a mitad del tercer párrafo, le llega un correo de Eleanor y su pulso se acelera por el simple hecho de leer su nombre.

Lo ve en la esquina de la pantalla y algo se le tensa en el cuello antes de abrirlo. El asunto dice Documentación — Seminario de Pensamiento Crítico y el cuerpo del correo es de tres párrafos: el primero, una explicación breve de que ha visto la comunicación del rectorado a través de los canales del departamento; el segundo, una lista de referencias bibliográficas con anotaciones sobre cuál es relevante para según qué argumento; y el tercero, un ofrecimiento a compartir datos de programas similares de otras universidades que Eleanor menciona haber consultado durante su etapa como rectora.

No hay nada personal en el correo. Ninguna referencia a lo que hay entre ellas —o lo que no hay— ni ningún tono que no sea el de una compañera informada ofreciendo recursos a otra.

Julia lo lee una vez y siente rabia, porque no necesita que Eleanor la rescate. Tampoco que Eleanor aparezca con su experiencia, sus contactos y su conocimiento de los engranajes de esta universidad para resolverle el problema, porque Julia ha estado resolviendo sus propios problemas durante los dos meses en que Eleanor decidió que el silencio era una opción válida para ellas.

Cierra el correo, furiosa, pero lo abre de nuevo sin poder evitar la curiosidad y lee la bibliografía que Eleanor ha adjuntado. Cada referencia está anotada con una precisión que no es genérica, que demuestra que Eleanor ha leído el programa del seminario con atención, que ha identificado los argumentos que Julia va a necesitar defender y ha buscado la munición específica para cada uno. No es el gesto de quien quiere hacer algo para recuperarla y ha encontrado

una excusa, es el gesto de quien conoce el trabajo de Julia lo suficiente como para saber exactamente qué le falta. A Julia le quema la garganta y le pican los ojos porque está demasiado abrumada.

Abre el teléfono y le escribe a Nora: ¿Cerveza esta tarde? Lo envía antes de pensar en lo que hace, porque necesita soltar su frustración con alguien y esa persona no puede ser Eleanor, la única con la que le apetece hacerlo. Después abre el portátil, va al correo de Eleanor y escribe: Gracias por la documentación. La revisaré. Lo envía sin leerlo otra vez porque si lo hace va a añadir algo que no debe o va a borrarlo todo e ignorarla por completo.

A las doce y cuarto, Julia camina hacia el baño del pasillo con la rabia todavía instalada en el pecho y la sensación de que lleva horas conteniendo algo que ni siquiera puede definir. Necesita refrescarse y que el agua fría le despeje la mente, porque los tres cafés que se ha tomado desde que ha recibido el correo no lo han conseguido. El baño está al fondo y Julia empuja la puerta con más fuerza de la necesaria.

El impacto es inmediato: su cuerpo contra otro cuerpo al que arrolla y empuja hacia el interior antes de conseguir frenar su ímpetu. La puerta se cierra a su espalda y a Julia se le escapa el aire de los pulmones cuando se da cuenta de que está a escasos centímetros de los labios de Eleanor. El espacio entre ellas es tan reducido que puede respirar el mismo aire que la exrectora mientras Eleanor la mira con esos ojos verdes que Julia siente que la están atravesando.

Todo sucede muy deprisa sin que Julia pueda controlarlo. Sus ojos color miel escanean el baño en cuestión de un segundo hasta que se da cuenta de que está vacío, y no logra detener el impulso de su cuerpo cuando coge a Eleanor por las solapas de la blazer con las dos manos, la empuja contra la pared y la besa sin ningún tipo de cuidado, dejando salir parte de la rabia acumulada; todo eso que lleva por dentro desde que Eleanor volvió y que ahora se ha juntado con ese correo que ha llegado esta mañana. La ansiedad la consume y esos meses de silencio a los que ahora debe añadir la presencia constante de Eleanor en su vida, son algo con lo que Julia no sabe qué hacer, y lo suelta todo contra la boca de la persona culpable sin darle tiempo a reaccionar.

Impulsada por algo que no controla, mete una pierna entre las de Eleanor y presiona con fuerza, y Eleanor suelta un jadeo contra su boca que tiene una mezcla de excitación y asombro, y Julia siente que ese sonido le entra por la garganta, le baja por el pecho y se instala entre las piernas.

Eleanor no la aparta y tampoco la detiene como habría hecho en el pasado, asustada por si alguien entra y la descubre con la boca de Julia pegada a la suya y su pierna apretando contra su sexo hasta marearla. Hace un año la habría apartado de inmediato, pero ahora no hace nada porque piensa que Julia ha acumulado suficientes silencios como para hacer lo que su cuerpo necesite, y ella no tiene derecho a impedirlo. La profesora nota que los dedos de una mano de Eleanor le rozan la cadera sin llegar a agarrarla, como si tuviera miedo de hacer algo que no debe, pero que desea hacer.

Frustrada y llena de ansiedad, Julia intensifica el beso, dejando que su lengua se pierda en esa boca que tanto anhelaba mientras presiona de nuevo con el muslo. Eleanor suelta un gemido ronco que no logra detener, y ese sonido envía una descarga por todo el cuerpo de Julia que la deja sin aliento, pero también es lo que la devuelve a la realidad y la hace detenerse y apartarse mientras mira a la mujer frente a ella.

Eleanor tiene la espalda contra la pared y los ojos muy abiertos, con sus iris de color verde completamente oscurecidos por las pupilas dilatadas, y el pecho le sube y le baja a toda prisa mientras intenta recuperar el aliento. Julia se pasa las manos por el pelo y da otro paso atrás como si temiera que el magnetismo que desprende Eleanor pudiera atraparla de nuevo.

—No sé qué me ha pasado —dice, sintiendo que va a escupir el corazón por la boca y que ahora tiene más ansiedad que antes—. Lo siento, no volverá a repetirse.

Eleanor la mira sin moverse y asiente, incapaz de articular una palabra porque sabe que se trabará si lo hace.

Julia sale del baño y avanza por el pasillo con las manos temblándole. No es un temblor provocado por los nervios, sino uno más profundo que le viene de dentro y que la tiene vibrando de la cabeza a los pies. Entra en su despacho y cierra la puerta, pegando la espalda a la madera y clavando la mirada en el techo.

Está húmeda, completamente mojada por un beso que apenas ha durado un minuto en el baño de la Facultad de Derecho. Un beso

provocado por la rabia, la desesperación y los dos meses de silencio que la han llevado a coger a Eleanor por las solapas y a presionar su muslo contra ella porque necesitaba escuchar sus jadeos casi tanto como respirar.

Piensa en la reacción de Eleanor y se sorprende cuando se da cuenta de que no la ha apartado, tampoco se ha quejado ni le ha reprochado su actitud descontrolada en un sitio público donde perfectamente podría haber entrado cualquier alumna o profesora y haberlas descubierto.

Julia camina hasta su silla, la aparta de la mesa y se sienta, apoyando los codos en las rodillas. Está mareada y muy enfadada, y siente una rabia sorda dirigida hacia ella misma, no por haber besado a Eleanor, sino por lo que ha sentido al hacerlo. La facilidad con la que su lengua ha reconocido esa boca, la forma en que el cuerpo de Eleanor ha respondido —aunque se haya quedado quieta— y el sonido que ha hecho la exrectora cuando Julia la ha provocado con su pierna y que ahora tiene grabado a fuego en algún sitio detrás del esternón que parece que ha llegado para quedarse.

No se ha podido controlar; lleva semanas manteniendo esa distancia que no tiene intención de romper y en cinco minutos de rabia todo se ha venido abajo.

Nora ya está en la barra cuando Julia llega por la tarde y agradece que ya tenga pedidas dos cervezas, porque en cuanto se sienta, coge la suya y se bebe la mitad de un solo trago.

—¿Estás bien? —pregunta Nora, con las cejas levantadas por la reacción de su amiga.

Julia da otro trago antes de responder, negando con la cabeza.

—Venga, cuéntame —dice Nora con suavidad.

Julia da un nuevo trago antes de hablar y le cuenta lo del seminario: la comunicación oficial, el plazo de marzo, los criterios de Hale y la sensación de que todos los meses de trabajo pueden desaparecer en un documento de párrafo y medio. Mientras habla, Nora la escucha con atención, sin interrumpir, con los ojos fijos en Julia y su cerveza en la mano, sin beber.

Cuando Julia termina, Nora se queda pensativa unos segundos.

—Tengo datos de un programa equivalente en Boston —dice por fin—. Lo implementaron hace cuatro años con resistencia institucional similar y ahora es uno de los tres programas más

citados de la facultad. Me parece que los números de continuidad en posgrado son exactamente el tipo de argumento que necesitas.

Julia la mira y levanta las cejas.

—¿Los tienes accesibles?

—Te los paso mañana —Nora da un trago—. Y conozco a alguien en Columbia que hizo una investigación sobre impacto diferido de programas de pensamiento crítico. No es exactamente tu área, pero el marco metodológico te puede servir para estructurar el argumento.

Julia siente un alivio extraño, como si parte de su ansiedad se disipara, aunque la rabia y el temblor que tiene por el cuerpo desde que ha besado a Eleanor no han desaparecido.

—Gracias, Nora.

—Para eso están las amigas —Nora deja la cerveza sobre la barra —. ¿Eso es lo que te tiene así? Porque estás perfectamente capacitada para defender el seminario, Julia, así que intenta relajarte.

De repente, Julia piensa en Eleanor contra la pared, en sus propias manos en las solapas y en ese sonido gutural saliendo de su garganta. Necesita hablar de ello porque quizá la ayude a calmar el temblor de su cuerpo, pero decide no hacerlo por respeto a Eleanor y a la propia Nora, que la mira de un modo que Julia tiene claro que no es solo de amiga.

—Ey… —dice Nora, dándole un toque en el brazo para animarla.

Julia fuerza una sonrisa y levanta la mano para pedir otras dos cervezas.

Dos horas después, llega a su casa y lo primero que hace es sentarse y abrir el portátil para leer con detenimiento la bibliografía que le ha enviado Eleanor. Tarda alrededor de veinte minutos porque hay doce entradas y Eleanor ha comentado cada una de ellas. Hay una anotación en concreto junto al tercer artículo que dice que ese argumento responde de forma directa al criterio de impacto de Hale, que mire la página treinta y cuatro. Julia abre el enlace, va a esa página del artículo y lo lee. Eleanor tiene razón, responde exactamente a ese criterio, y Julia concluye que Eleanor ha leído el plan estratégico de Hale, después ha leído el programa completo del seminario de Julia y al final ha construido algo parecido a un puente entre los dos.

Julia cierra el correo, apoya la espalda en el sofá y mira el techo.

—Joder, Eleanor —susurra sin fuerza.

Es la segunda vez que lo dice en voz alta, pero el tono es diferente al de la primera; tiene menos furia y más de otra cosa que Julia no quiere admitir. Cierra el portátil y se pasa los dedos por debajo de los ojos, tratando de impedir que las lágrimas que se están formando en ellos acaben cayendo, pero no lo logra.

Capítulo 16

Eleanor entra en la sala de profesores con la cabeza a punto de estallarle. No suele venir mucho por aquí, pero hoy el profesor Harkins ha dejado su táper de arroz medio abierto en el despacho, impregnándolo todo con ese aroma a comida rancia mientras escucha un podcast a un volumen que la está perturbando hasta el punto de estar perdiendo los nervios, así que ha decidido salir de allí —dejando la puerta abierta para que se ventile— y estirar un poco las piernas para ver si se despeja.

Ahora ha entrado en la sala, pero no con la intención de quedarse, sino para sacarse un café de la máquina y buscar algún sitio tranquilo donde el recuerdo del beso de Julia pueda seguir asaltándola sin que las manos empiecen a temblarle y la garganta se le seque.

No se lo puede quitar de la cabeza, la imagen se repite en su mente como si quisiera castigarla, dejando que su único pensamiento sea Julia acorralando su cuerpo contra la pared del baño. Lo recuerda a todas horas y en los momentos menos oportunos, como su clase de esta mañana a primera hora, donde un alumno le ha preguntado algo sobre jurisdicción y Eleanor ha necesitado tres segundos de más para poder responder porque tenía el sonido de su propio gemido alojado en algún punto detrás de las costillas, golpeándola con fuerza. También pensaba en ello mientras trataba de corregir unos

exámenes, y lo está pensando ahora cuando recuerda las palabras de Julia antes de salir.

No sé qué me ha pasado. Lo siento. No volverá a repetirse.

Aunque lo que más la trastorna no es el beso en sí —que también — es lo que pasó antes, ese momento en el que Julia entró en el baño como un caballo desbocado y chocó contra ella. Sus ojos se engancharon y el corazón de Eleanor dio un vuelco y empezó a latir con tanta fuerza que por un momento pensó que se iba a quedar sorda. Fue entonces cuando vio el cambio en la mirada de Julia, un gesto apenas perceptible en sus ojos, pero Eleanor la conoce lo suficiente como para saber cuándo su cuerpo va por delante de su mente, y en ese baño el cuerpo de Julia tomó una decisión que su mente tardó casi dos minutos en cancelar. Lo que significa que debajo de toda esa rabia que Eleanor percibe en ella, hay algo que no ha desaparecido: el deseo. Al menos, eso lo conserva intacto, al parecer.

—¿Eleanor Morley? —escucha mientras coge su café.

Se gira y se encuentra de frente con una mujer de melena pelirroja, los ojos oscuros y una sonrisa enorme. Eleanor no necesita que le diga quién es, la reconoce de inmediato, como la profesora pelirroja, Nora Walsh. La recuerda en la cafetería haciendo reír a Julia, también en la reunión del claustro llevándosela con ella antes de que Eleanor tuviera oportunidad de hablarle, y ahora la tiene justo delante.

—La misma —responde con tono seco y afilado, como si tuviera delante al enemigo y se estuviera preparando para la guerra.

—Soy Nora Walsh —se presenta, tendiéndole la mano—. Derecho internacional. No he tenido oportunidad de conocerte antes, pero he oído hablar mucho de ti.

Eleanor levanta una ceja de forma exagerada.

—¿En qué términos? —pregunta como si estuviera negociando un contrato.

Nora se ríe, emite un sonido corto y contagioso con la capacidad de hacer reír a todo el mundo al escucharla, pero Eleanor no es como los demás, ella no se contagia, sino que permanece rígida como una tabla frente a la mujer.

—Buenos, claro —Nora se acerca a la máquina de café y pulsa un botón—. Leí tu artículo sobre el control de convencionalidad en sistemas federales cuando estaba en Boston. Lo usé en un seminario

de posgrado —hace una pausa mientras el vaso cae—. La parte sobre la jerarquía normativa y los tratados internacionales es la mejor síntesis que he leído sobre el tema.

Eleanor la mira, sorprendida. No esperaba que dijera algo así, de hecho, pensaba que la iba a saludar de forma genérica y hacer algún comentario absurdo para intentar caerle bien, pero no una referencia específica a un artículo que Eleanor publicó hace ocho años en una revista de circulación más bien limitada y que requiere haberlo leído de verdad para saber de qué parte habla.

—Es un artículo antiguo —dice Eleanor.

—Los buenos no caducan —Nora coge su vaso—. Aunque supongo que ahora reformularías algo a la luz de la jurisprudencia del Tribunal Interamericano de los últimos cinco años.

—Dos cosas concretas —dice Eleanor, antes de poder decidir si quiere seguir hablando con esta mujer.

Nora levanta las cejas y la mira fijamente.

—¿Cuáles?

Eleanor abre la boca, pero no logra articular palabra porque en ese momento entra Julia en la sala. No las ve de inmediato puesto que va mirando el teléfono, y Eleanor tiene aproximadamente dos segundos para observarla antes de que alce la mirada: lleva el pelo recogido en una coleta, la chaqueta verde oliva que Eleanor recuerda porque la llevaba puesta la noche que se quedaron hasta las dos de la mañana discutiendo sobre el caso Gelman y acabaron con Julia a horcajadas sobre sus muslos, vestida solo con esa chaqueta. Julia guarda el teléfono y levanta la vista; a la primera que ve es a Nora y después, con un retraso de menos de un segundo que Eleanor calcula con una precisión que no le enorgullece, a Eleanor.

La expresión de Julia no cambia de forma visible. Eso es lo que Eleanor lleva semanas intentando entender: no los cambios visibles, sino los que no lo son, la leve tensión en la mandíbula y el ritmo diferente de sus pasos durante los dos metros que separan la puerta de la zona donde están ellas.

—Julia —dice Nora con naturalidad.

—Nora —Julia se detiene junto a las dos, nerviosa e irritada al mismo tiempo porque ella también piensa demasiado en el beso—. ¿Ya os conocéis?

—Acabo de presentarme —responde Nora, y señala a Eleanor con el vaso—. Estábamos discutiendo sobre un artículo de Eleanor.

Deberías leerlo si no lo has hecho, hay una parte sobre jerarquía normativa que es directamente aplicable a lo que defendiste en el claustro.

Julia mira a Eleanor durante un segundo, y Eleanor le aguanta la mirada mientras piensa en el baño, en el gemido y en la chaqueta verde oliva.

—Lo conozco —dice Julia, con una voz completamente neutra mientras aparta la vista de Eleanor.

—Un café solo a esta hora, ¿no? —pregunta Nora, que ya está apretando el botón de la máquina antes de que Julia responda.

Eleanor aprieta la mandíbula, incómoda y molesta —o debería decir celosa— porque que Nora sepa exactamente cómo toma el café Julia antes de comer solo significa que han pasado juntas más tiempo del que Eleanor es capaz de concebir entre dos amigas.

—Tengo que revisar unas cosas antes de las doce —dice Julia, mirando a ambas con la misma expresión neutra—. Hasta luego.

Sale de la sala y Eleanor se queda mirando el café que tiene en la mano y todavía no ha probado.

—Es brillante —dice Nora, siguiendo con la vista a Julia hasta que desaparece por la puerta—. Una de las mejores profesoras que he visto en mucho tiempo.

—Sí —confirma Eleanor.

Nora mira a Eleanor durante un par de segundos y después mira la puerta por la que acaba de salir Julia. Ha notado la incomodidad de su amiga, y sabiendo que la persona que dejó a Julia vuelve a estar en el trabajo, no necesita mucho más para atar cabos.

—Me alegra haberte conocido por fin. Seguro que coincidimos más —dice a modo de despedida.

Se va hacia una de las mesas donde hay otros dos profesores, y Eleanor se queda de pie con el café y la imagen de Julia cogiendo el que Nora le ha preparado como si fuera algo natural que hacen cada día.

Decide volver al despacho porque prefiere soportar a Harkins que quedarse en esa sala con la pelirroja, pero cuando entra el profesor ya no está y Eleanor se deja caer en su silla suspirando.

Está irritada porque Nora Walsh es una amenaza tal y como sospechaba, y le frustra que le haya caído bien. Nora es simpática e inteligente, pero también sabe cómo toma Julia el café y la mira de un modo que Eleanor ha reconocido de inmediato: no la mira como a

una amiga, la mira como alguien a quien desea, lo que no consigue determinar es si ese deseo es mutuo.

Debería odiarla con todas sus fuerzas, pero Eleanor no puede, al igual que tampoco puede reducirla a una simple amenaza que puede quitarse de encima como a una mosca molesta, porque Nora parece una mujer decente, a la altura de Julia, y está ahí, disponible y sin equipaje, todo lo que Eleanor no supo ser cuando tuvo la oportunidad de ser eso para Julia.

Piensa en el baño otra vez, en Julia cogiéndola por las solapas de la blazer, en su mirada furiosa y en sus labios hinchados tras el beso. Julia la besó con rabia, pero la besó, y Eleanor se agarra a eso, aunque Julia dijera que no iba a repetirse, lo cual puede significar que considera que tiene el suficiente control como para que no vuelva a suceder o, como prefiere pensar Eleanor, que teme lo que podría pasar si ocurre de nuevo, pero Eleanor lleva dos días pensando en cuál de las dos lecturas es la correcta, y no puede preguntarlo porque Julia no la quiere cerca.

Intenta ponerse a corregir los exámenes, pero entonces piensa en Nora sacando el café para Julia y tiene que apartarlos porque la cabeza va a explotarle.

De pronto, le viene a la mente la reunión de claustro, cuando Julia hablaba y Eleanor la miraba desde el fondo de la sala. Hubo un momento en que Julia buscó algo en los papeles que tenía delante y ladeó la cabeza con un gesto muy concreto que Eleanor sabe que solo hace cuando está pensando, y entonces salió en defensa de su proyecto y Eleanor se sintió muy orgullosa de ella.

Lleva treinta años siendo la persona más inteligente de cualquier sala en la que entra, y Julia es la única con quien eso no es cierto, y durante los meses que estuvieron juntas esa fue una de las cosas más gratificantes que Eleanor ha sentido en su vida adulta.

Abre el cajón y saca un frasco de analgésicos porque le empieza a doler la cabeza de tanto pensar y necesita apagar su cerebro para reiniciarse, pero nunca encuentra el momento de dejar de ver a Julia frente a ella en ese baño.

Capítulo 17

—¿Tiene un momento? —pregunta Eleanor, asomándose a la puerta abierta del despacho de Vancy.

Él levanta la mirada de los documentos que estaba leyendo y se yergue cuando ve a Eleanor.

—Claro, señora Morley, adelante.

Eleanor entra, cierra la puerta con cuidado y se acerca un par de pasos hasta la mesa.

—Acabo de leer su correo sobre el informe del seminario de la profesora Bernet —dice sin sentarse, a pesar de que él le señala una silla con la mano—. Donde pide que me coordine con ella.

—Sí, acabo de enviarlo, ¿hay algún problema? —pregunta Vancy, incómodo ante la idea de haber dado una orden a Eleanor Morley.

—Ninguno, pero me preguntaba si es imprescindible que sea yo quien se encargue de esa parte. ¿No hay nadie más que pueda proporcionarle a Bernet la información que necesita?

Vancy entrelaza las manos sobre la mesa y se muerde los labios antes de responder.

—En realidad, no con la misma precisión con la que usted lo haría —dice, mirando a Eleanor como si no la comprendiera—. La profesora Bernet debe presentar a la rectora Hale la documentación antes del primero de abril y buena parte de esos datos que necesita pertenecen a la gestión institucional de su etapa como rectora.

Eleanor guarda silencio y asiente, y Vancy continúa ante su falta de respuesta.

—Historial presupuestario comparado, métricas de programas similares aprobados en los últimos cinco años… —hace un pequeño gesto con la mano como si tuviera la documentación delante—. Ese tipo de información no está accesible para ella de forma directa, pero sí para usted.

Eleanor ya lo sabe, pero esperaba poder ayudar a Julia de una forma menos directa.

—Se le podría proporcionar acceso.

—Con tiempo, quizá, pero usted ya generó esos datos durante su mandato —Vancy piensa muy bien lo que va a decir—. Sería un desperdicio no aprovechar ese conocimiento.

Eleanor no responde y Vancy la observa un segundo antes de seguir hablando.

—Además, pensé que trabajar juntas facilitaría el proceso. Usted conoce la estructura institucional y la profesora Bernet puede centrarse en el enfoque académico del seminario.

La exrectora asiente, consciente de que Vancy está tratando de ayudar a Julia a su manera, ofreciendo todos esos datos que sabe que son útiles para defender su programa, el problema es que él tampoco tiene acceso y Eleanor sí porque sigue conservando toda la información de sus gestiones como rectora en su portátil.

—Lo entiendo —dice Eleanor—, pero sigo preguntándome si es necesario que la coordinación recaiga en mí, quizá podría trasladar esos datos a…

—Consideré que era la opción más eficiente para todos. Y, si no me equivoco, también la más natural —la interrumpe Vancy por primera vez desde que se conocen.

Eleanor levanta la vista y después frunce el ceño.

—¿Natural?

—Pensaba que usted y Julia se llevaban bien —dice Vancy con tranquilidad—, pero si es un problema…

—No lo es.

Esta vez es Eleanor la que lo interrumpe.

—No hay ningún problema —añade, disimulando su nerviosismo —. Si considera que es lo más adecuado, me ocuparé de ello.

Vancy asiente, aliviado.

—Se lo agradezco, señora Morley —dice, todavía incapaz de llamarla profesora—. La profesora Bernet también lo hará, estoy seguro.

Eleanor quiere reírse ante su comentario, pero, en lugar de eso, hace un gesto con la cabeza para despedirse y se marcha, convencida de que Julia no le va a agradecer nada, y desde luego que no va a hacerlo, porque Julia ha leído el correo y lo primero que ha sentido ha sido rabia. La misma que tiene bajo la piel desde hace meses, amenazando con explotar en cualquier momento, pero Julia ha contenido el impulso de contestar el correo de Vancy para decirle que no necesita ayuda externa, que tiene recursos suficientes porque cuenta con la documentación que Eleanor le envió, con la que también le entregó Nora y con la que ella ha conseguido por su cuenta. Aun así, no envía el correo porque sabe que Eleanor conoce los puntos débiles de los argumentos institucionales mejor que cualquier otra persona viva, puesto que los construyó ella misma durante años.

Responde que el miércoles a las cuatro le viene bien.

El día llega y Eleanor acaba de entrar en el despacho de Julia. Ha dudado sobre si debía o no cerrar la puerta, pero finalmente lo ha hecho sin preguntar a pesar de que el despacho no es suyo, porque quiere y necesita esa privacidad con ella.

—He traído el historial presupuestario de los últimos seis años —dice Eleanor, abriendo una carpeta que deja sobre la mesa—. Y los datos comparados de cuatro programas similares que aprobé entre dos mil veinte y dos mil veintitrés. Pueden servir como marco de referencia para el argumento de Hale sobre coste-beneficio.

—Gracias —dice Julia, sin apartar la vista de su pantalla—. Yo ya tengo estructurada la primera parte del informe. Puedes echar un vistazo al borrador mientras reviso lo que has traído.

Eleanor asiente y clava la mirada en la pantalla del portátil cuando Julia lo gira hacia ella, tratando de alejar la imagen del baño de su cabeza.

Durante los siguientes cuarenta minutos, se sumergen en el trabajo y hablan de datos con la misma tranquilidad que cuando hablaban de casos en el despacho de Eleanor o en su casa. Julia llegaba con un problema y ella lo desmontaba y lo reconstruía mientras la profesora tomaba notas a una velocidad que a Eleanor le parecía fascinante. Ahora hacen lo mismo, solo que Julia intenta por

todos los medios no mirar esos ojos verdes que siempre la han vuelto loca ni prestar demasiada atención a sus manos —con las que le hacía cosas que le encantaban— o imaginar su boca en sitios que a Julia le cortan la respiración cuando lo recuerda, o pensar en su melena suelta, algo que solía pedirle que se dejara más a menudo porque siempre ha pensado que suavizaba mucho las facciones de Eleanor, convirtiéndola en más mujer y menos rectora.

—Aquí podrías añadir los datos que tienes de los programas de Boston —dice Eleanor, señalando la pantalla con el dedo justo en el momento que Julia intenta girarla un poco.

Es ahí cuando se rozan, un gesto involuntario de ambas, el dedo de Eleanor sobre la muñeca de Julia, y las dos se retiran como si algo fuera a morderlas, dejando un silencio incómodo que dura unos segundos antes de que Julia logre centrarse y romperlo.

—El tercer párrafo —dice Julia, con la voz un poco ronca.

—Sí —responde Eleanor.

Julia se levanta de golpe y se tira del cuello de la camisa, abriéndose otro botón porque siente que se está asfixiando.

—Necesito agua —dice, y camina hacia la pequeña nevera que tiene en el rincón.

Eleanor no dice nada, y se obliga a mirar la pantalla en lugar de a Julia mientras camina. Se lo prohíbe a sí misma con la misma autoridad que prohibía ciertos actos cuando era rectora, porque si mira va a pensar cosas que no le convienen mientras está encerrada con Julia en un despacho tan pequeño.

Mira la pantalla y lee el cuarto párrafo del borrador de Julia, que está bien construido, pero le falta el dato de continuidad en posgrado que Eleanor tiene en la carpeta, y lo anota en su cuaderno con un bolígrafo que coge de la mesa de Julia.

—¿Quieres? —pregunta Julia desde el rincón, con una botella de agua en la mano.

—No, gracias —responde Eleanor, aunque tiene la garganta completamente seca.

Julia le planta la botella delante con un gesto un poco brusco que sobresalta a Eleanor, y después vuelve a sentarse sin decir una palabra al respecto.

Siguen trabajando y Eleanor habla del criterio que piensa que Hale va a usar para evaluar el impacto externo mientras Julia escucha, hace preguntas y Eleanor responde, y hay un momento,

durante veinte minutos seguidos, en que las dos están completamente metidas en el trabajo otra vez, pero donde a Julia la mesa le parece cada vez más pequeña y la distancia con Eleanor tan corta que se maldice porque la tentación de volver a besarla está ahí de nuevo, oprimiéndole las costillas. Sabe que no puede besarla de nuevo, porque está enfadada y tan llena de rabia ahora mismo que seguro que le mordería el labio hasta hacerle sangre, así que se centra en la pantalla intentando que no se note el temblor que tiene en las manos o las ganas que tiene de gritar.

—¿Estás bien? —pregunta Eleanor de repente.

Julia levanta la vista al escucharla y la exrectora logra ver lo que hay debajo de esa capa de indiferencia que Julia ha tratado de mostrar desde que ella ha vuelto. Ve el dolor, sin filtros y sin la rabia que siempre lo cubre o la frialdad con la que Julia suele responderle. Es el dolor de una persona que quiere a otra y no entiende por qué esa persona decidió abandonarla con su silencio.

Eleanor nunca ha sentido una sensación como la de ahora, como si algo estuviera detrás de sus costillas tirando hacia los lados, desgarrándole el pecho por completo.

—Si me dejas, puedo explicarte…

Eleanor se detiene cuando ve que la barbilla de Julia está temblando. Dura apenas unos segundos porque la profesora lo controla apretando la mandíbula, pero Eleanor no necesita más para saber cómo se siente y lo que trata de contener, porque la conoce, tuvo muchos meses para aprender a leerla.

—Julia…

Julia mueve la cabeza para negar porque tiene la garganta estrangulada y ahora no puede hablar, pero tampoco va a llorar delante de ella, y Eleanor lo sabe porque Julia endereza la espalda, aparta la mirada de sus ojos y la enfoca en algún punto de la mesa, como si necesitara un lugar neutro donde mirar mientras recupera el control de su cuerpo.

—Creo que ya hemos tenido suficiente por hoy —dice Julia al cabo de unos segundos, con la voz entre ronca y quebrada, pero negándose a romperse delante de Eleanor porque considera que esta mujer no tiene derecho a verla así de vulnerable, no después de lo que le hizo.

—Julia, por favor —susurra Eleanor, sintiendo que una corriente fría le atraviesa todo el cuerpo—. Tendremos que hablar en algún

momento.

La profesora levanta la mirada al escucharla. Tiene los ojos húmedos, con ese brillo acuoso de alguien que está al límite, y señala la puerta con la mirada.

—Vete, Eleanor.

Eleanor asiente, recoge sus cosas y se pone en pie despacio, arañando los segundos para ver si Julia cambia de opinión y la deja explicarse o abrazarla para consolarla, aunque no la perdone, pero Julia ha vuelto a clavar la mirada sobre la mesa y tiene las manos planas apoyadas a cada lado de su portátil mientras espera, por lo que Eleanor entiende que la profesora no puede en este momento, así que abre la puerta y sale.

Se queda en el pasillo con el corazón latiendo a una velocidad que Eleanor no recuerda haber experimentado antes.

Respira despacio para calmarse, y agradece que el pasillo está vacío a esta hora y nadie la puede ver apoyada contra la pared, con los ojos cerrados y la mandíbula apretada. Ahora no piensa en el beso del baño, ahora piensa en la barbilla de Julia temblando y en sus ojos acuosos, y tiene ganas de arrancarse la piel a tiras por haber actuado como lo hizo, haciendo daño a la única persona de la que se ha enamorado de verdad.

Julia tiene los codos en la mesa y la cabeza entre las manos. También respira despacio, porque se niega a llorar del mismo modo que se negó a hacerlo cuando Eleanor estaba sentada frente a ella. La exrectora la miraba de una forma que Julia ha llegado a odiar, porque Eleanor sigue teniendo esa forma de posar sus ojos verdes sobre ella que hace que Julia sienta que es la única persona en el mundo. Durante una hora, ha logrado ignorarlo, pero una vez que se han rozado, la mente traicionera de Julia la ha asaltado con ese montón de recuerdos de la vida que habían comenzado a construir de forma lenta y cautelosa. Era una vida que le gustaba, que hacía que Julia no sintiera ninguna prisa para mostrarse públicamente con Eleanor porque estaba convencida de que ese momento llegaría, de que la exrectora seguiría dando pasos en la dirección correcta, hasta que se detuvo en seco y dejó a Julia completamente sola en el camino.

Capítulo 18

El timbre de su apartamento suena y Julia levanta la cabeza para mirar a la puerta como si pudiera ver a través de ella. Son las nueve y veinte de la noche y no espera a nadie. Nora le ha escrito esta tarde preguntando si quería cenar con ella, pero Julia, después de la mañana que ha tenido en el despacho con Eleanor, necesita quedarse en su casa para recomponerse.

Está en el sofá, con el portátil sobre las piernas y los pies sobre la mesa baja, introduciendo los datos que Eleanor ha ido anotando en una hoja porque creía que podían incluirse. Se levanta, camina descalza hasta la entrada y pulsa el botón del interfono.

—¿Quién es? —pregunta Julia, reprimiendo un bostezo.

Se hace un silencio que se alarga y ella frunce el ceño, hasta que alguien responde y Julia siente que su sangre comienza a calentarse.

—Soy Eleanor.

Lo dice sin más, seca como es ella, con ese tono autoritario que siempre le abre puertas, y esta vez no va a ser menos, porque el dedo de Julia se mueve para pulsar el botón que desbloquea la puerta antes de que ella pueda decidir si quiere abrirle.

Da un paso atrás y se mira el cuerpo. Está en pijama, con un pantalón fino de color negro y una camiseta de manga corta con el logo de la universidad donde estudió, y el pelo recogido en una cola medio deshecha después de pasar la tarde en el sofá. Escucha los pasos de Eleanor en el pasillo de su planta y aprieta la mandíbula

porque podría reconocerlos en cualquier parte, ese andar seguro que hace que sus tacones resuenen con fuerza allá por donde pasa.

Julia espera a que Eleanor toque el timbre de su puerta para abrir, como si no haberla esperado en el descansillo fuera una muestra de poder que necesita saber que tiene.

—Hola —dice Eleanor cuando Julia abre—. ¿Puedo pasar?

La profesora permanece unos segundos boquiabierta mientras la mira, porque la mujer que pregunta con ese tono dócil no tiene nada que ver con la imagen que proyecta. Eleanor lleva uno de sus trajes debajo del abrigo, uno oscuro con la camisa de color verde claro a juego con sus ojos, y un moño suelto que no se parece en nada a aquellos que le tensaban la cara y afilaban su mirada, pero tampoco es la melena cayendo por sus hombros sin más, y Julia está descolocada porque no sabe con cuál de las tres versiones quedarse, porque todas le gustan.

Se hace a un lado sin decir nada y cierra la puerta cuando Eleanor accede a su apartamento.

—Sé que no debería estar aquí —dice la exrectora, antes de que Julia pueda procesar su presencia y la mezcla de emociones que siente ahora mismo por culpa de esta mujer, esa mezcla que va desde la frustración hasta la rabia y con la que Julia siente que ya no puede más.

—Entonces, ¿por qué has venido? —pregunta Julia, cruzándose de brazos.

Eleanor la mira fijamente, haciendo un ruido extraño con las llaves del coche porque las lleva en la mano y está abriendo y cerrando la llave, haciendo que salga del mando para volver a guardarla de inmediato, y Julia tiene ganas de quitárselas y lanzarlas por la ventana.

—Porque necesito hablar contigo. Sé que antes no estabas lista para escucharme, pero Julia…

—Pero nada, Eleanor —la corta de forma abrupta.

Eleanor cierra la boca y la mira fijamente. Durante un segundo, Julia ha dudado entre escucharla o pedirle que se fuera, pero Eleanor está en su apartamento a estas horas de la noche y ella tiene demasiado nítido el recuerdo de esta tarde en el despacho; con el dedo de Eleanor rozando su mano y su barbilla temblando porque no quería que ella la viera llorar, y algo se le rompe por dentro y Julia explota.

—Te esperé —dice, tratando de controlar la furia en su tono.

A pesar de los nervios y la ansiedad que siente, la voz no le tiembla. Le sale fría y afilada como un cuchillo, más propia de Eleanor que de ella.

—Me lo prometiste, Eleanor. No con palabras, nunca me dijiste que volverías en septiembre y me llamarías cada día, pero sí con todo lo demás, con los meses anteriores y esa forma tuya de mirarme como si no existiera nadie más, y yo te creí —Julia hace una pausa para coger aire, porque siente que se ahoga—. Me dijiste que necesitabas otro mes y no me preocupé, confié en ti, pero entonces las llamadas comenzaron a espaciarse hasta desaparecer.

Eleanor deja de mover la llave y se la guarda en el bolsillo, quedándose completamente inmóvil, con la mirada fija en Julia y toda su atención en lo que dice.

—Las primeras semanas me inventaba excusas que justificaran lo que hacías —Julia exhala una sonrisa amarga—. Me decía que necesitabas tiempo, que estabas procesando tus cosas a tu manera, que eras Eleanor Morley y que así eras tú, y que había que darte espacio. Me lo decía cada vez que miraba el maldito móvil y no había nada.

Eleanor no se mueve y le cuesta respirar, pero por nada del mundo piensa interrumpir a Julia porque lo mínimo que puede concederle es dejar que se desahogue y escucharla hasta el final.

—Después dejé de inventarme excusas porque hubo un momento en el que ya no me las creía —Julia se abraza el cuerpo porque tiene la piel de gallina a pesar de que por dentro está ardiendo—. Y empecé a sentir rabia, Eleanor. Rabia de verdad, no esa que se va después de unas horas de mal humor y una noche de sueño, sino la que se queda, va creciendo cada día, y te despierta a las tres de la mañana porque has extendido el brazo hacia el lado derecho de la cama y no hay nadie.

Por un momento, Julia se detiene y el silencio de los coches en la calle es lo único que se escucha de fondo, eso y el latido del corazón de Eleanor, que resuena como un tambor en los oídos de la exrectora.

—Hubo mañanas en las que me miraba en el espejo y pensaba que había sido un experimento —la voz de Julia sigue helada, y ahora la barbilla que está temblando es la de Eleanor—. La profesora joven con la que la gran rectora descubrió que le gustaban las mujeres, y

una vez descubierto, ya no le hacía falta porque el papel que yo jugaba en tu vida había terminado.

—No digas eso, Julia… —la voz de Eleanor sale estrangulada.

—Cállate, tengo derecho a decir lo que quiera, así que no hables.

Julia la atraviesa con esa mirada color miel que no tiene nada dulce ahora mismo.

—Me da igual por qué decidiste no volver —dice, con una lentitud que hace que Eleanor sienta que cada una de las palabras que salen de su boca la va aplastando poco a poco—. Seguro que tenías tus razones, y a lo mejor eran buenas, o puede que no y que Lamond te lo explique algún día, si es que sigues yendo. No me importa, Eleanor, porque fueran las razones que fueran, el resultado es el mismo: dos meses de silencio son dos meses de decirme que no te importo lo suficiente. Ese fue el mensaje que recibí.

Eleanor tiene los ojos acuosos y comienzan a picarle, pero, al igual que Julia, ella tampoco quiere llorar, solo que ella no quiere porque siente que, si lo hace, cargará a Julia con una losa más que no merece, así que se obliga a tragar saliva para deshacer el nudo que tiene en la garganta.

—No quiero tus explicaciones, Eleanor —sigue Julia, cogiendo aire cada pocos segundos porque se le escapa el aliento con cada palabra que sale de su boca—. No quiero los correos con bibliografía ni los pretextos académicos o que te presentes en mi despacho —hace una pausa para coger aire de nuevo, está tan sofocada por los nervios que le arden las orejas y nota que el corazón le late en el párpado derecho —. Quiero que me dejes en paz.

Las últimas palabras caen sobre Eleanor como un cubo de agua helada. Sigue de pie en el mismo sitio, con el abrigo puesto y la mirada sobre la mujer que tiene delante. Julia espera que Eleanor abra la boca y trate de imponer sus excusas con esa lógica suya que la mayoría de las veces es indiscutible, o que intente convertir lo que sea que siente en algo que pueda manejar. Lleva semanas esperándola, esa versión de Eleanor que desmonta las cosas para que dejen de doler, pero eso no llega. Eleanor abre la boca una vez, la cierra y vuelve a abrirla.

—Tienes razón —dice al cabo de unos segundos, y Julia levanta la mirada, dejando que la sorpresa se abra un hueco entre toda su rabia —. No voy a pedirte que me perdones porque no me lo merezco, y no voy a obligarte a escuchar mis razones si eso es lo que quieres,

porque tampoco son importantes, el resultado es el mismo independientemente de mis motivos.

Eleanor se detiene y se pasa la mano por el cuello, porque tiene un nudo ahí que no desaparece y le está costando mucho hablar sin que la voz se le quiebre.

—Solo necesito dejarte claro que no fue porque no me importaras —Eleanor exhala e inhala con brusquedad—. Fue porque me importabas demasiado y no supe qué hacer con eso. No voy a buscar ninguna excusa que suene mejor, es lo que pasó, y sé que no basta, Julia.

El silencio que sigue a esas palabras es demoledor, pero no se parece a ninguno de los que ha habido antes entre ellas. No tiene la frialdad de los pasillos cuando se cruzan, ni la rabia contenida de Julia ni la tensión que hubo en el baño.

Eleanor saca las llaves del bolsillo y camina hasta la puerta.

—Buenas noches, Julia.

Julia no responde, y tampoco la detiene, solo se queda de pie en medio de su salón, descalza, escuchando sus pasos en el pasillo y después el movimiento del ascensor.

Cuando ya no escucha nada, Julia camina hasta el sofá y se sienta en el centro, recogiendo las piernas para abrazárselas con los brazos, y entonces rompe a llorar. El llanto no tiene nada que ver con el de las semanas anteriores, ese que iba cargado de rabia —aunque la rabia sigue ahí, o parte de ella— tampoco es de tristeza, es otro tipo de sentimiento o emoción que Julia tarda un rato en identificar mientras las lágrimas le caen por la cara sin que se moleste en recogerlas. Lo que siente es alivio. Lleva meses con todo eso guardado dentro de ella, asentado en ese espacio entre el pecho y la garganta que no la dejaba respirar, y sin poder decírselo a nadie que no fueran Grace o Natalie porque ellas son las únicas que saben lo que tenía con Eleanor.

Y esta noche lo ha soltado todo, cada uno de los pensamientos que tuvo, incluso el que más vergüenza le daba porque implicaba admitir cuánto la esperó, hasta qué punto confió en ella y lo mucho que le costó dejar de hacerlo. Y lo que la ha sorprendido es que Eleanor no la ha interrumpido, no ha tratado de abrazarla o convencerla con alguna de sus razones. Se ha quedado ahí, escuchando cada palabra sin intervenir, dejando que sacara todo lo que llevaba, y después... Después le ha dado la razón.

Julia se pasa la mano por los ojos. La furia sigue ahí y el dolor también. Nada de lo que ha pasado esta noche deshace esos dos meses de silencio ni las mañanas frente al espejo preguntándose qué había hecho mal, pero Eleanor le ha dicho que le importaba demasiado, y esas palabras se han grabado a fuego en su cerebro, aunque ella quiere borrarlas, porque, a pesar de que todavía no son suficiente, Julia le ha creído.

Capítulo 19

—Pase, señora Morley —dice la doctora Lamond—. Llega pronto, tendrá que esperar cinco minutos.

—No importa —dice Eleanor—. Gracias por recibirme.

Amanda asiente y le pide que espere en el salón mientras ella termina la consulta que está atendiendo. Eleanor se queda mirándolo todo: los sofás de cuero, el mueble tipo librería, dos sillones frente al ventanal y una mesa con cuatro sillas. No hay televisor por ninguna parte, pero a la exrectora no le llama la atención. Ella está centrada en lo suyo, en los nervios que la devoran desde anoche y no la han dejado dormir y en la vergüenza que ha sentido cuando ha llamado a Lamond esta mañana para pedirle el favor de que le hiciera un hueco. Al menos no ha tenido que rogar como se temía —porque estaba dispuesta a hacerlo— Lamond le ha dicho que se pasara a última hora, y Eleanor está tan ansiosa que ha llegado antes.

Parpadea varias veces y entorna la mirada. Los ojos le pican por la falta de sueño. Eleanor se acostó a las once y media y se ha levantado a las seis con el mismo pensamiento con el que se había tumbado, la voz de Julia diciendo «quiero que me dejes en paz». Una frase que retumba en su cabeza y no la deja respirar con normalidad.

—Podría haberse sentado, señora Morley —dice Lamond cuando termina y va a buscarla, aunque no le ha sorprendido encontrar a Eleanor donde la ha dejado: de pie junto a la entrada del salón, con los brazos cruzados y la mirada en el cristal.

—Estoy bien de pie —responde, siguiéndola hasta el despacho.

Ahí sí que se sienta en el sillón de siempre, y empieza a maldecir a Lamond mentalmente cuando la mujer se queda frente a ella y no le habla, solo la mira con la libreta en el regazo y el bolígrafo entre los dedos.

—¿No va a decir nada? —pregunta Eleanor al cabo de cinco segundos, porque hoy es incapaz de soportar por mucho más tiempo esos silencios estúpidos que la doctora utiliza para que ella se sienta incómoda y empiece a hablar de cualquier cosa.

La doctora está cumpliendo con su objetivo porque Eleanor ya no sabe hacia dónde mirar y no deja de moverse por los nervios, pero no sabe por dónde comenzar.

—Es usted la que me ha pedido una cita urgente, Eleanor. ¿Quiere contarme qué ha pasado? —la ayuda Lamond.

—No sé cómo comenzar —dice Eleanor, frotándose las manos sobre la falda.

—¿Tiene que ver con Julia? —tantea la doctora.

Eleanor asiente y, de repente, empieza a soltarlo todo sin pensarlo. Primero le habla del momento en el baño sin describirlo, solo diciéndole que Julia la besó y eso la dejó muy confundida —se ahorra decir que también la dejó muy necesitada—, y después pasa a todo lo que sucedió ayer, que fue lo que Eleanor puede describir como un día muy intenso, de los que te dejan sin energía.

Le habla de lo que Vancy le pidió y de la reunión con Julia en su despacho. De cómo le temblaba la barbilla y la tristeza que percibió en ella.

—¿Cómo se sintió en ese momento? Cuando vio que Julia reprimía el llanto.

Eleanor la enfoca y frunce el ceño.

—Como si me estuvieran arrancando las costillas del cuerpo, más o menos —responde, molesta porque la haya interrumpido.

Lamond asiente, y entonces Eleanor le cuenta que se pasó toda la tarde en su casa dando vueltas de un sitio para otro, pensando en lo que había pasado y en que no podía permitir que la situación se siguiera prolongando. Aunque Julia no quisiera hablar con ella, era evidente que sufría, así que al fin se armó de valor y se presentó en su casa.

—Entonces, ¿pudo hablar con ella?

—No, no me dejó, pero ella sí que habló, me dijo todo lo que sintió en esas semanas —dice Eleanor, cuyas manos han comenzado a temblar.

—Cuéntemelo desde el principio —pide Lamond, porque necesita el contexto para entender el motivo por el que su paciente está tan angustiada.

Eleanor obedece. Le habla del timbre y del miedo que tenía a que Julia ni siquiera le abriera la puerta. Le cuenta que la profesora estaba en pijama cuando entró y que, durante una fracción de segundo, ella se teletransportó a muchas de las noches que Julia se quedaba en su casa el fin de semana y se pasaba todo el día en pijama porque no iban a salir a ningún sitio —gracias a Eleanor— y decía que no tenía sentido vestirse.

Le cuenta todo lo que Julia dijo con una precisión sorprendente porque ella lo memoriza todo y recuerda cada una de las palabras que salieron de su boca. Eleanor prácticamente narra la conversación, con la mirada fija en la libreta que sostiene la doctora, donde no para de anotar con el bolígrafo.

—¿Qué le dijo usted? —pregunta Lamond cuando Eleanor termina y se queda en silencio.

—Que tenía razón en todo. No tenía sentido decir nada más, no era lo que Julia necesitaba anoche.

—¿Qué cree que necesitaba entonces?

—Mi atención. No quería mis explicaciones, quería que supiera cómo se había sentido, eso es lo que creí que necesitaba, así que la escuché.

Lamond hace un asentimiento breve con la cabeza y anota algo.

—Si tuviera que definir el estado de Julia con una sola palabra, ¿cuál elegiría?

Los ojos verdes de Eleanor se vuelven acuosos de repente, porque ni siquiera necesita tiempo para buscar esa palabra, la tiene muy clara desde el principio.

—Destrozada —dice, con la voz entrecortada.

—¿Qué más?

Eleanor la mira como si le hubieran salido dos cabezas.

—¿Qué más puede haber aparte de eso? —pregunta irritada.

—Usted lleva más de un año viniendo a esta consulta —dice Lamond—. Sabe perfectamente que destrozada no es una respuesta completa, solo es un punto de partida.

Eleanor mira hacia la puerta como ha hecho muchas veces en esta consulta, sobre todo al principio, cuando dudaba entre quedarse o levantarse y marcharse.

—Aliviada —dice al fin, sin mirar a la doctora.

—¿Aliviada por qué?

—¿Me está tratando a mí o a Julia? —espeta Eleanor.

—A usted, sin duda. ¿Puede responder? —Lamond se acomoda y la mira fijamente, muy lejos de sentirse amedrentada por su impertinencia.

—Aliviada porque lo dijo todo, tuvo la oportunidad de no seguir guardando todo eso. Estaba tan enfadada que no pudo contenerse —Eleanor se queda pensativa—, y sinceramente, prefiero eso a la indiferencia.

—¿Por qué?

Eleanor suspira tratando de calmar sus nervios porque hay veces que la doctora logra sacarla de quicio.

—Porque la indiferencia significa que ya no le importa lo que ha pasado —Eleanor cruza una pierna sobre otra y acomoda la espalda en el sillón—. La rabia de Julia significa que todavía queda algo.

Lamond asiente.

—¿Por qué fue usted a su casa?

Eleanor suspira y se muerde los labios después. Esta es otra de las técnicas de Lamond, preguntar lo que parece evidente para que la respuesta sea real y no supuesta. La obliga a verbalizar cada movimiento que hace.

—Porque después de lo que pasó en el despacho no podía quedarme quieta, llevaba horas con la imagen de su barbilla temblando y no podía ignorarla. Quizá hace un año no habría hecho nada, pero no quería ser esa Eleanor.

Lamond escribe algo y después levanta la mirada.

—Eleanor, ¿usted qué quiere?

—¿De Julia? —pregunta sin entender.

—No —Lamond niega con la cabeza—. No pregunto qué quiere de Julia, ni qué debería querer, ni qué sería lo razonable dadas las circunstancias. ¿Qué quiere usted?

La mirada de Eleanor se desvía de nuevo hacia la puerta mientras Lamond observa cada uno de sus movimientos y sus reacciones.

—No piense, Eleanor —dice Lamond—. Solo dígalo. ¿Qué quiere?

—Quiero a Julia —Lamond abre la boca, pero Eleanor sigue—. Quiero que me deje quererla, y quiero quedarme.

La frase sale de la boca de Eleanor con una sinceridad que la deja sin aliento cuando descubre que eso es lo único que quiere. Lamond no dice nada, pero Eleanor no va a rellenar el silencio otra vez porque tiene la garganta estrangulada.

—Es la primera vez en más de un año de sesiones que me dice lo que quiere sin añadir inmediatamente el motivo por el que no puede tenerlo, por qué no lo merece o por qué es más correcto no quererlo.

Eleanor no sabe qué responder.

—¿Qué piensa hacer con eso? —sigue Lamond.

—No lo sé. Julia me dijo que quería que la dejara en paz, así que tengo que respetarla, no puedo aparecer en su puerta otra vez —dice aturdida, sintiendo que no puede hacer nada para arreglar lo que está roto, lo que ella rompió.

—No, no debe ir —dice Lamond, tapando el bolígrafo—, pero hay algo que me gustaría que considerara —Eleanor la mira con interés —. Usted lleva toda su vida profesional usando las palabras como herramienta principal. Las utiliza para convencer, para dirigir y para controlar la dirección de las conversaciones. En eso, es usted brillante.

Eleanor se considera una mujer inteligente por encima de la media, pero ahora mismo no entiende nada.

—¿Qué ha utilizado con Julia hasta ahora?

La mente de Eleanor necesita un solo segundo para encontrar la respuesta.

—Palabras.

—Exacto. Correos, un intento de conversación en el despacho y la visita de anoche. Todo son palabras o gestos que las sustituyen, y Julia lo sabe, y me temo que ella también es una mujer brillante que tiene muy claro lo que usted hace con las palabras.

—¿Y qué hago entonces?

—Es posible que Julia no necesite más palabras de su parte, señora Morley —Lamond deja el bolígrafo—. Necesita otra cosa, algo que Eleanor Morley no ha sabido dar hasta ahora.

Eleanor levanta una ceja, entre escéptica e interesada.

—Consistencia —dice Lamond—. Hechos pequeños, pero sostenidos en el tiempo, sin expectativa de recompensa inmediata. Creo que Julia no necesita una explicación perfecta, necesita que

usted esté ahí todos los días sin pedir nada a cambio y sin desaparecer cuando no recibe nada o tiene miedo.

Eleanor se mira las manos y después a la doctora.

—¿Y si eso no es suficiente? ¿Y si hago todo eso y Julia ha decidido que el daño es demasiado grande como para perdonarme?

—Puede pasar, pero a lo mejor no pasa.

Se hace un silencio que a Eleanor no le gusta, porque Lamond no ha respondido su pregunta, y ella entiende que no puede hacerlo porque esa respuesta no existe todavía, conseguirla, dependerá de su actitud y de lo que Julia decida.

—Tendrá días malos, Eleanor —le advierte Lamond—. Habrá momentos en que su instinto de protegerse será más fuerte que todo lo demás y querrá huir. Lo que cambia ahora, y esta es su herramienta más poderosa, es que usted ya sabe que ese instinto existe y de dónde viene. Puede reconocerlo antes de obedecerlo.

—Eso no garantiza nada.

—No —Lamond no intenta suavizarlo—, pero es la diferencia entre la persona que se fue en septiembre y la persona que fue a la puerta de Julia anoche.

Cinco minutos más tarde, Eleanor sale de la consulta de Lamond y camina hasta su coche mientras piensa en toda la sesión de hoy.

Quiero a Julia. Quiero que me deje quererla y quiero quedarme.

Lo repite en silencio como un mantra, no porque necesite memorizarlo sino porque es la primera vez en mucho tiempo que está segura de lo que quiere.

No sabe si Julia la perdonará. No sabe si esos hechos pequeños y sostenidos de los que habla Lamond llegarán a tiempo o si Nora Walsh está tejiendo una red alrededor de Julia lo bastante sólida como para que Eleanor no encuentre un hueco para entrar. No sabe si el daño que le hizo tiene el tamaño que Julia le dijo anoche o si es más grande todavía, de esos daños que se descubren con el tiempo y que cuando se ven por completo ya no tienen reparación.

No sabe ninguna de esas cosas, pero sí sabe lo que quiere. Y sabe que esta vez no va a huir de ello.

Capítulo 20

A Eleanor le resulta imposible quedarse en su casa. Es sábado por la mañana y ya ha corregido los exámenes del grupo de las once y tiene preparado el material para la semana siguiente. Antes, cuando era rectora y tenía un cargo que gestionar, las horas le pasaban tan deprisa que cuando se quería dar cuenta era de noche, pero ahora, con demasiado tiempo libre y sin saber todavía cómo estar presente en la vida de Julia sin agobiarla, no sabe en qué invertirlo.

Al final, tras media hora sentada en su sofá mientras intenta no pensar en nada, decide que va a comenzar a retomar los hábitos que tenía antes de irse, como la lectura y los paseos por la playa. Empieza por lo segundo, se pone ropa cómoda y sale de su casa. Irá a una cafetería a tomarse un café con calma y después caminará hasta la playa a dar un paseo.

Eleanor no tiene una cafetería favorita porque no es una mujer que saliera mucho de su casa cuando no estaba trabajando, así que camina y descarta las que encuentra por varios motivos: demasiada gente dentro, escaparate sucio o con productos que no llaman la atención, entrada tipo taberna o un cartel que considera hortera. Tarda más de veinte minutos en encontrar una que le llama la atención y, cuando entra, frunce el ceño sorprendido porque, de las tres personas que hacen cola para pedir, una es Natalie Dumont.

Por un momento, duda sobre si debe quedarse o salir antes de que la vea, no porque no quiera verla, sino porque ser amable y socializar es algo que la Eleanor del pasado no hubiera hecho; habría huido con toda seguridad y se hubiera refugiado en su cueva, pero ella ya no es esa Eleanor, ha venido para quedarse y para demostrarle a Julia y a su hija que no va a volver a fallarles, y eso incluye también a Natalie.

—Dumont… —dice Eleanor, colocándose justo detrás de ella en la cola.

Natalie se gira de inmediato, levantando las cejas con sorpresa.

—Señora Morley…

La exrectora se coloca a su lado y paga su café y el de Natalie antes de que ambas, sin haberlo propuesto de algún modo, acaben sentadas en una de las mesas en un silencio que no es incómodo, lo cual es bastante desconcertante para Eleanor. Natalie no solo es la pareja de su hija, sino la jefa de un departamento que ella supervisó durante años y la persona que estuvo a punto de perder su puesto de trabajo cuando Eleanor decidió que la relación de Grace con ella era un problema para la institución que representaba. Tienen la suficiente historia complicada como para que este silencio al menos sea tenso, pero no lo es, porque Natalie no le guarda rencor y ella la respeta demasiado.

—¿Cómo le va? —pregunta Natalie.

Eleanor quiere reírse de la pregunta, porque su vida es tan caótica ahora mismo que no sabría cómo responder.

—No es mi mejor momento, pero me estoy adaptando —responde pensativa, mientras remueve su café—. Había olvidado lo mucho que disfrutaba dando clases, provocando a los alumnos para hacerlos pensar y conseguir que alguno destaque, así que, tampoco me quejo.

—Me alegro. ¿Y con Julia? —pregunta a bocajarro.

Los labios de Eleanor se convierten en una línea recta y apretada mientras mira a Natalie, pensando si sabe algo que ella desconoce, pero decide no preguntar y responder.

—No muy bien, básicamente me ha dicho que quiere que la deje en paz —responde mientras sigue removiendo el café en lugar de beberlo.

—Lo siento, y también siento seguir preguntando, pero ¿lo va a hacer? ¿La va a dejar en paz?

Eleanor levanta la vista y la mira a los ojos.

—Buena pregunta, Dumont, pero no se trata de lo que yo quiero, sino de respetar lo que quiere ella.

—Julia está enfadada, Eleanor —suelta Natalie—, y muy dolida, pero de ahí a no querer saber nada de usted, no sé…

Natalie se encoge de hombros. No se quiere entrometer, pero sabe a través de Grace cómo está Julia, y también sabe que sigue enamorada de la mujer que tiene delante.

—Lo sé —dice Eleanor—, y no pretendo apartarme sin más, quiero pelear por ella, pero no a mi manera sino a la suya.

—¿Y qué manera es esa? —pregunta Natalie, descolocada.

—Sigo yendo a terapia —empieza a explicar, sorprendida de estar hablando de esto con su nuera—. Mi terapeuta dice que debo dejar de utilizar las palabras y empezar a utilizar los hechos, lo cual significa que debo demostrarle a Julia que no voy a desaparecer otra vez y que esperaré lo que haga falta sin exigir nada a cambio. Es fácil de decir —Eleanor da un sorbo, el primero—, pero difícil de hacer, utilizar las palabras es lo único que sé hacer bien.

—Creo que hay muchas cosas que sabe hacer bien, es solo que se ha equivocado en esta —opina Natalie—. Decidió mal y Julia pagó las consecuencias, y con ello su relación con ella se ha quedado en un punto donde creo que ninguna de las dos sabe qué es.

—El miedo no debería paralizarme como lo hizo, tengo una edad —dice Eleanor mientras asiente, conforme a todo lo que Natalie ha dicho.

La jefa del departamento de ayuda al alumno esboza una sonrisa amable.

—Cada persona percibe y gestiona el miedo de una forma diferente. Cuando usted le dijo a Grace que quería que rompiera su relación conmigo —Eleanor se tensa, avergonzada de haberlo pensado siquiera—, y ella me lo contó, tuve exactamente un minuto para decidir lo que hacía.

Eleanor la mira con interés.

—El miedo también me invadió en ese momento, se lo aseguro, porque quería a Grace y también quería mi trabajo, y tenía que decidir en cuestión de segundos qué era lo que me importaba más. Si era mi trabajo, tenía que aceptar perder a Grace, y si era Grace, perdía mi trabajo.

—Te puse en una situación realmente difícil —la tutea Eleanor, cansada de formalismos.

—Mucho, y supongo que lo fácil era aceptar sus condiciones —Natalie sigue con formalismos, porque no se imagina hablando con esta mujer de otro modo—, quedarme con la seguridad de mi trabajo y pasar página, pero quería más a Grace de lo que amo mi puesto.

—Y te presentaste en mi despacho y te atreviste a plantarme cara —completa Eleanor, con un intento de sonrisa.

—Sí, y no fue fácil, usted da bastante miedo cuando se lo propone.

Eleanor suelta una risa corta y niega con la cabeza.

—Lo sé.

—Pero era lo que debía hacer —Natalie aparta su taza vacía—. Yo no sabía utilizar las palabras como usted, pero iba a perder algo que no quería perder y eso era más fuerte que cualquier debate sobre lo que era prudente o tenía sentido. Eso es lo que hace —dice señalándola—, pensar siempre en si es correcto, en si está bien o está mal, y no piensa en lo que de verdad quiere.

Eleanor se queda callada unos segundos y después asiente.

—Si algún día te cansas de tu trabajo, podrías dedicarte a la terapia. Cuando la doctora Lamond se jubile, necesitaré a alguien.

Natalie se ríe y Eleanor se recuesta en la silla.

—Ojalá yo hubiera hecho lo mismo con Julia, pensar en lo que yo quería antes de dejar que el miedo por todo lo demás me nublara el juicio.

—A veces el miedo a perder a alguien te empuja a hacer exactamente lo que asegura que acabes perdiéndola —dice Natalie—. Usted se asustó y decidió mal, pero eso no la convierte en una mala persona, Eleanor, ni en alguien que no pueda intentar arreglar lo que rompió.

—Eso dice mi terapeuta.

Natalie asiente.

—¿Sabe lo que me ayudó a mí cuando estaba muerta de miedo frente a la puerta de su despacho?

—¿Qué? —pregunta Eleanor, realmente intrigada.

—Decidí que pelear por Grace no significaba que no tuviera miedo —explica Natalie—, significaba tenerlo y aun así hacerlo porque no quería perderla.

Eleanor llega a la conclusión de que Natalie le está diciendo exactamente lo mismo que le dijo la doctora Lamond. *Consistencia. Hechos pequeños, sostenidos en el tiempo.*

La misma verdad dicha de dos maneras diferentes por dos mujeres distintas, y Eleanor piensa que quizá cuando algo llega por dos caminos que no tienen nada que ver el uno con el otro, es porque es verdad.

—¿Cómo lo sabías? —pregunta Eleanor—. Que valía la pena. Que el miedo no era una señal de que era mala idea sino de que era importante.

Natalie la mira con una expresión que Eleanor no termina de descifrar, algo entre la ternura y esa sinceridad directa que su nuera tiene y que Eleanor ha aprendido a distinguir de la condescendencia, porque no se le parece en nada.

—No lo sabía —dice Natalie—. No creo que nadie lo sepa. Uno decide que quiere intentarlo y después descubre si valió la pena. A mí me salió bien, me quedé con Grace y recuperé mi puesto, pero a cambio de que usted perdiera el suyo.

—No me arrepiento de la decisión que tomé renunciando a mi cargo, Dumont —dice Eleanor, y es sincera, porque echa de menos su puesto y se siente perdida sin él —aunque cada vez menos— pero era lo que debía hacer, lo mínimo que le debía a su hija era no fallarle de nuevo, y se siente orgullosa de que al menos eso supiera hacerlo bien.

—Entonces, no se arrepienta tampoco de intentar recuperar a Julia. Dele el espacio que necesite y haga lo que tenga que hacer, pero no tire la toalla. A Julia también le debe eso. Le ha fallado una vez, demuéstrele que no volverá a hacerlo.

Eleanor se frota las manos sobre las piernas, nerviosa.

—Lo estoy intentando —dice, y Natalie reconoce la misma determinación en los ojos verdes de Eleanor que la que tienen los de Grace.

—Siga haciéndolo —dice antes de levantarse—. Tengo que irme, pero me ha gustado hablar con usted.

—A mí también contigo, Dumont —reconoce Eleanor—. Dile a Grace que le llamaré esta noche, y mañana, si no tenéis otro plan, podéis venir a casa a comer.

—Claro, se lo digo —dice Natalie—. Cuídese, Eleanor.

Natalie le da un apretón en el hombro antes de salir y Eleanor se queda sentada, mirando las dos tazas vacías mientras piensa en lo fácil que ha sido estar aquí con Natalie, tomando un café y

charlando, algo que nunca se permitió hacer con Julia y que ahora desea con todas sus fuerzas, al igual que pasear con ella por la playa.

Capítulo 21

Julia lleva tres días sintiéndose rara. No de forma negativa, más bien como cuando llevas mucho tiempo con algo atravesado en la garganta y de repente ya no está, y el cuerpo tiene que acostumbrarse a respirar sin ese obstáculo. Se siente más ligera, aunque eso no le gusta mucho porque significa que alguno de los muros que había levantado se ha caído y las barreras que le impedían interactuar con Eleanor están empezando a desaparecer. Y ella quiere perdonarla, pero no tan pronto.

—¿Qué tal todo? —pregunta Nora, sentándose frente a ella en el bar de siempre, después de haber dejado en la mesa las dos cervezas que ha ido a pedir a la barra.

Esta es la segunda cerveza, la primera se la han bebido hablando de una investigación que Nora está haciendo y que va mejor de lo esperado.

—Bien —responde Julia.

Nora no dice nada, pero la mira de un modo que hace que Julia sonría y termine confesando.

—Lo estoy —insiste—, pero tuve una conversación complicada hace unos días y todavía la estoy digiriendo.

—¿Con quién? —pregunta Nora, aunque en el fondo ya lo sabe.

Julia la mira y coge la cerveza con las dos manos, haciéndola girar entre sus dedos.

—Con aquella mujer de la que te hablé, la que me dejó.

Nora asiente con lentitud.

—¿Y fue bien?

El suspiro de Julia es tan profundo que siente el aire de su propio aliento contra las manos.

—No sabría decir si fue bien, pero fue necesaria —responde, porque realmente, Eleanor no habló: fue ella la que soltó todo lo que llevaba dentro, y eso la ha ayudado más de lo que imaginaba.

Nora coge su cerveza y le da un trago bastante largo.

—¿Vais a volver a salir?

El corazón de Julia empieza a latir más rápido y nota ese fogonazo que le atraviesa el vientre y hormiguea entre sus piernas cuando piensa en la idea de volver a estar con Eleanor Morley.

—No lo sé. Creo que la estoy perdonando, pero no sé si me puedo fiar de ella —admite, sin dejar de dar vueltas a la botella.

—¿A qué te refieres?

—A que vuelva a desaparecer sin dar explicaciones como esta vez.

—El otro día, cuando hablé con ella —empieza Nora, ante la mirada perpleja de Julia—, no me dio la impresión de que fuera una mujer con intención de marcharse de nuevo. No te miró como si quisiera huir, te miró como si no supiera como demostrar que está aquí para quedarse.

Julia siente que la cabeza le da vueltas al mismo tiempo que una especie de vértigo se le instala en la boca del estómago. Ella nunca le ha dicho a Nora de quién se trata, aunque sí tuvo el desliz de decir que era alguien del trabajo, y Nora parece tener muy claro quién es.

—¿A quién te refieres? Creo que te confundes —dice, sintiendo que le arden las puntas de las orejas.

Nora sonríe con un deje de tristeza y baja un momento la mirada antes de volver a subirla y contestarle.

—No lo hubiera adivinado nunca si no te hubieras puesto tan tensa cuando me viste con ella. La cara te cambió, Julia, y apenas podías mirarla.

—No se lo digas a nadie, Nora, nadie sabe que Eleanor y yo…

—Tranquila, no es asunto mío airear con quien te acuestas —dice su amiga.

—Ya no estamos juntas, ya sabes que…

—No tienes que contarme nada si no quieres —la corta Nora con suavidad—. No te estoy preguntando. Te estoy diciendo que lo sé y que no pasa nada —hace una pausa y de pronto suelta lo que Julia

lleva tiempo sospechando—. Me gustas, Julia, pero no voy a competir sabiendo que no tengo nada que hacer contra ella; no es algo que vaya conmigo. Si lo vuestro no se resuelve y crees que puedo tener una oportunidad dentro de un tiempo, genial, y si no, seguiré siendo tu amiga, que para eso me has acostumbrado a los buenos ratos.

Lo dice sin dramatismo, sin que se note el esfuerzo que supone para ella estar ahí hablando con Julia de que le gusta otra mujer. Julia la mira y piensa que Nora Walsh merece a alguien que la elija sin dudarlo, que llegue a un bar, la vea y no piense en nadie más. Alguien que no esté mirando el nombre de otra persona en el teléfono y conteniéndose para no llamarla.

Nora se merece más de lo que ella puede darle, y las dos lo saben, aunque ninguna lo haya dicho hasta ahora. Julia se inclina hacia delante y le pone la mano encima de la suya sobre la mesa.

—Eres demasiado buena para mí —dice con una sonrisa triste.

Nora se ríe con esa risa corta y contagiosa que tiene.

—Eso lo dicen todas antes de elegir a la complicada —bromea, porque ya se lo han dicho todo y no quiere que esto se vuelva incómodo.

Julia también se ríe, y al hacerlo, siente que pierde otra capa de tensión de las que había estado acumulando, porque intuir esto sobre Nora la estaba poniendo cada vez más nerviosa, y ahora que lo sabe y lo han aclarado, se siente más tranquila.

—¿Estamos bien? —pregunta Julia.

—Estamos bien —confirma Nora—. En el fondo, siempre he sabido que no tenía ninguna oportunidad y eso me mantiene blindada. Tampoco estoy enamorada de ti, así que se me pasará pronto, no te preocupes.

Julia asiente, sin saber muy bien qué decir.

—Quiero seguir siendo tu amiga sin que esto cambie nada, Julia, que sepas que me tienes para lo que necesites, y si lo que necesitas es no hablar de Eleanor Morley, también estoy aquí para eso.

—Gracias, Nora.

—No me des las gracias, que luego me pones en un pedestal y eso es mucha presión para mí.

Julia se ríe, la primera sonrisa auténtica que Nora le ve en toda la tarde.

La conversación se mueve hacia otras cosas después de eso: hacia un caso que Nora está siguiendo en los tribunales federales y hacia

una alumna de Julia que lleva tres semanas sin entregar nada y ella no sabe si preocuparse o darle más tiempo. Es una conversación fácil, del tipo que Julia necesita ahora mismo.

Llega a su casa pasadas las diez, deja las llaves en el cuenco de la entrada y se sienta en el sofá con el abrigo todavía puesto y el teléfono en la mano.

Julia no ha mirado las fotos que tiene con Eleanor desde hace meses. No porque las haya borrado, que lo pensó durante las primeras semanas y no lo hizo, sino porque mirarlas era una forma de hacerse más daño que Julia decidió que no se podía permitir mientras trataba de recomponerse.

Hoy se siente lista para hacerlo y abre la galería. En la primera foto que ve están en la cocina de la casa de Eleanor, Julia tiene una copa de vino en la mano y está riéndose de algo que Eleanor acaba de decir, y Eleanor está de espaldas a la cámara porque es Julia quien la ha sacado, pero se le ve el perfil y una ligera curva en los labios, y Julia tiene que respirar despacio antes de pasar a la siguiente.

La foto que abre es de una tarde en la playa. Eleanor tiene los zapatos en la mano y el pelo suelto —de las pocas veces que se lo soltaba— y el viento moviéndoselo mientras mira el agua con esa expresión que Julia tardó semanas en identificar como Eleanor estando en algún sitio de forma relajada, sin pensar en nada.

Se detiene en esa foto durante un buen rato hasta que cierra el álbum y se levanta. Deja el abrigo en la silla y va a la cocina a beber agua mientras piensa en las fotos y en Eleanor.

—Joder —dice en voz baja.

Capítulo 22

Eleanor se detiene delante de los casilleros del claustro, leyendo todos los nombres hasta que encuentra el de Julia y, cuando lo encuentra, se queda mirándolo un momento hasta que se decide a dejar el sobre dentro.

Julia le dijo que la dejara en paz y Eleanor la respeta, pero Vancy también le pidió que la ayudara con la defensa del seminario y eso piensa seguir haciéndolo hasta que alguien le diga lo contrario. Ha encontrado un artículo que refuerza uno de los argumentos, pero Eleanor no va a decirle cuál porque sabe que Julia lo sabrá en cuanto lo lea y, señalárselo sería un insulto a su inteligencia. Así que simplemente ha escrito: "Creo que te servirá para el informe de Hale" en el exterior del sobre y no ha puesto nada más, a pesar de que, en otro tiempo, habrían debatido este artículo durante más de una hora y echa mucho de menos esos momentos con Julia, al igual que todos los demás.

Una vez lo ha dejado, se da la vuelta y camina con rapidez hacia la sala donde tienen la reunión de departamento. Eleanor va con el tiempo justo, algo que la pone nerviosa, así que acelera el paso mientras comprueba otra vez la hora en su reloj de pulsera, y justo cuando tiene la mirada sobre las agujas, una puerta se abre y Julia sale al pasillo sin que Eleanor tenga forma humana de detenerse a tiempo y evitar el choque contra su lado derecho.

Las dos se detienen en seco y Eleanor deja de respirar cuando huele el perfume de Julia. El tiempo parece haberse detenido unos segundos en los cuales ambas se han quedado completamente inmóviles, con la mano de Eleanor cerrada sobre el brazo de Julia, que no sabe en qué momento ha cogido por miedo a que se desestabilizara y se cayera.

A Julia le zumban los oídos y le arde todo el cuerpo. Lo primero que le viene a la cabeza mientras permanece muy quieta —con la mirada fija en la pared de enfrente y el aliento de Eleanor contra su oído, es el momento del baño— cuando también chocaron en la puerta. La tentación de girarse y besar a Eleanor es tan fuerte que a Julia le tiembla el labio inferior cuando la mira de soslayo.

—Tienes que empezar a mirar por donde caminas, Eleanor —susurra, y la cabeza de la exrectora se mueve muy despacio, asintiendo.

—Lo sé, lo siento —susurra también, sin apartarse de ella porque está congelada, como si Julia tuviera una fuerza de gravedad tan potente que ella solo puede orbitar a su lado.

Julia se gira, apenas unos centímetros, pero lo suficiente para que sus caras estén tan cerca que Eleanor también recuerda la escena del baño y su boca se abre ligeramente sin que pueda controlarse, mientras sus ojos verdes se desvían hacia los labios de Julia, que siente una sacudida de excitación y de deseo que le tensa todo el cuerpo.

—Te dije que no volvería a pasar —susurra Julia, dando un paso atrás.

—Lo recuerdo.

Eleanor no se mueve y Julia, que logra recomponerse, levanta una ceja.

—¿Me devuelves el brazo? —pregunta, señalando con la mirada la mano de Eleanor sobre su jersey.

Ella tarda un momento en reaccionar, hasta que la suelta y también retrocede un par de pasos.

—Claro, lo siento —se disculpa de nuevo.

Julia asiente sin decir nada y se da la vuelta para dirigirse a la sala donde se celebra la reunión, con Eleanor siguiéndola a un par de metros por detrás.

Son las últimas en entrar y, después de saludar y disculparse por un retraso que realmente no han tenido, lo único que puede hacer

Eleanor es seguir a Julia con la vista cuando la profesora va a sentarse en la silla vacía que hay al lado de Nora Walsh, quien responde al saludo de Julia con una sonrisa amplia que hace que el estómago de Eleanor se retuerza.

La reunión empieza debatiendo varios puntos hasta que, en el cuarto, aparece el seminario de Julia bajo el epígrafe de programas en evaluación, y el profesor Méndez, que tiene la costumbre de hablar mucho para no decir nada que importe —lo que irrita bastante a Eleanor— levanta la mano antes de que Vancy termine de leer el título.

—El problema con ese tipo de seminarios —dice Méndez, subiéndose las gafas con el dedo—, es que el impacto es difícil de cuantificar. Los criterios de Hale son claros en ese sentido: si no puedes medirlo, no puedes defenderlo.

Julia tiene el bolígrafo sobre el cuaderno, la espalda recta y esos ojos color miel que desestabilizan a Eleanor clavados en el profesor.

—Los datos de continuidad en posgrado son perfectamente cuantificables —responde Julia, con una calma que sorprende a Eleanor, porque, a pesar de que el seminario no es suyo, le molesta que Méndez apoye a la rectora Hale y, si fuera ella, probablemente habría cerrado la boca de ese hombre con un comentario mordaz.

—Sí, pero son datos diferidos, y Hale quiere impacto inmediato, retención del semestre en curso, ese tipo de cosas —sigue el profesor.

—El artículo de Ferrante del año pasado —interviene Eleanor, sin levantar la voz porque se recuerda que esto no va de ella—, establece precisamente que los programas de pensamiento crítico tienen un período de impacto diferido de entre dieciocho y treinta y seis meses, y que evaluarlos con criterios de impacto inmediato produce falsos negativos sistemáticamente. Es un error metodológico, no un problema del programa.

Méndez y Vancy la miran. Julia no, pero Eleanor ve que el bolígrafo con el que estaba escribiendo en un cuaderno ha dejado de moverse.

—En todo caso —sigue Eleanor, recogiendo los papeles que tiene delante—, eso es algo que la documentación del informe puede aclarar. Hay suficiente bibliografía para sustentarlo.

Su respuesta es tan contundente que Méndez ya no dice nada más, y pasan al punto cinco hasta que la reunión al fin termina y Eleanor

se marcha la primera para no tener que ver de nuevo a Julia riéndose con Nora.

Al día siguiente, Eleanor entra en la sala de profesores a la misma hora que Julia, aunque esta vez no chocan porque se ven antes y la exrectora se detiene en la entrada para dejarla pasar.

—Buenos días —saluda Eleanor.

—Buenos días —dice Julia, y va directamente hacia la máquina de café.

Es a lo que ha venido también Eleanor y le encantaría aprovechar el momento para acercarse y establecer cualquier conversación académica que le permita escuchar la voz de la que fue su amante para algo más que un saludo, pero se queda cerca de la mesa y espera a que Julia termine y recoja su vaso, porque desde aquella noche en el apartamento de la profesora de ojos color miel, Eleanor lleva dos semanas haciendo lo que Julia le pidió: dejarla en paz, aunque manteniéndose presente porque quiere dejarle claro que está ahí y que esta vez no piensa abandonarla.

Julia se gira con el café en la mano y no puede evitar que su mirada vaya directamente al cuerpo de la exrectora, empezando por sus zapatos, subiendo por sus piernas desnudas hasta las rodillas y pasando por su falda y la camisa hasta que llega a su rostro y a su pelo, recogido en un moño bajo en lugar de uno alto como hacía cuando era rectora, y a Julia le molesta que también le quede bien, que sus ojos le parezcan más verdes y sus labios más apetitosos que nunca.

La echa de menos en todos los sentidos, física y mentalmente, y ahora, en lugar de sentir rabia hacia Eleanor, la siente hacia sí misma por pensar a todas horas en pasar página y decirle que quiere volver a lo que tenían antes.

—Hasta luego —dice cuando pasa por su lado, desviando la mirada hacia su vaso por miedo a que Eleanor lea en su expresión cuánto la desea.

—Adiós, Julia —murmura Eleanor, y Julia cruza el umbral de la puerta sintiendo que una oleada de deseo le atraviesa todo el cuerpo antes de que pueda detenerla.

Suspira y camina a paso rápido por el pasillo para ir a su casillero por si tiene algo pendiente. Su pulso todavía no ha vuelto a la normalidad cuando saca el único sobre que hay y reconoce la letra de Eleanor en la parte delantera.

—Joder —susurra como si esa expresión la persiguiera cada vez que piensa en Eleanor Morley.

Se guarda el sobre en el bolso y va directamente a su despacho para leerlo. El artículo es largo y le lleva casi tres cuartos de hora terminarlo, porque también se entretiene en leer todas las notas que Eleanor tiene costumbre de dejar en los márgenes para señalar lo que le parece más importante, lo que quiere volver a repasar o lo que quiere contrastar con más información.

Julia sonríe, porque son notas que sabe que no van dirigidas a ella, que Eleanor las ha dejado ahí porque no ha podido evitarlo, y la recuerda haciendo eso mismo en su casa, sentada en el sofá con las piernas cruzadas —elegante incluso en pijama— mientras leía un artículo del periódico con un bolígrafo en la mano y dejaba anotaciones en todas partes hasta que Julia se acercó, despeinada, descalza, vestida solo con bragas y camiseta.

Deja el artículo sobre su mesa y se recuesta en su silla mientras piensa en todas las cosas que está notando últimamente. Eleanor no la miró cuando respondió el comentario de Méndez sobre su seminario, y no lo hizo porque no buscaba agradarle, simplemente defendió algo en lo que creía, porque Julia sabe que Eleanor la apoya de verdad, no solo porque Vancy le pidiera que la ayudara. La protegió sin esperar a que Julia le diera las gracias ni buscara su mirada más tarde o antes de marcharse, hizo lo que tenía que hacer y ya está.

También piensa en ese momento cuando chocaron en el pasillo, en la mirada de Eleanor sobre su boca y en la tensión que había en su cuerpo debido al ejercicio de contención que estaba haciendo. Julia esperaba que aprovechara el encuentro para pedirle otra oportunidad de hablar, pero Eleanor no lo hizo, respetó lo que Julia le pidió y no ha tratado de acercarse con excusas desde entonces. Y ahora piensa en que esta versión de Eleanor no es la misma de hace casi tres meses cuando volvió. En aquel momento parecía desorientada, huidiza y sin saber exactamente cómo comportarse o qué hacer, tanteando a Julia como podía o aprovechando cualquier oportunidad para intentar hablar con ella de lo que pasó.

La Eleanor de ahora sí que parece saber lo que tiene que hacer, vuelve a caminar con esa seguridad que la caracteriza y, aunque se mantiene alejada, Julia la nota más cercana que nunca porque está segura de que, si la hubiera besado en mitad del pasillo como sintió

la tentación de hacer, Eleanor no se habría apartado, no habría huido de quién es y de lo que quiere, como si por fin se hubiera aceptado del todo como profesora, como mujer enamorada y como lesbiana.

Cuando esa tarde sale del edificio tras acabar la jornada, Julia se detiene en la entrada, pensando que el destino intenta joderla y le pone a esa mujer en todas partes. Eleanor está al final del camino que lleva al aparcamiento, caminando sola con el abrigo en una mano y el bolso en la otra. No va con prisas como solía ir siempre, tampoco está mirando el teléfono o hablando por él, solo camina como alguien que está donde quiere y no tiene prisa por llegar a ningún sitio porque nadie la espera.

A Julia se le tensa el estómago cuando comprende, de algún modo que no puede explicar, que Eleanor está aquí para quedarse, que esta vez no se irá a ninguna parte y que será la mujer que ella necesita si se lo permite.

Capítulo 23

Ocho meses antes.

Julia se despierta con el sol dándole en la cara y el lado izquierdo de la cama vacío. Estira el brazo hacia donde debería estar Eleanor y encuentra la almohada fría, lo que significa que ya lleva un rato levantada. Se queda un momento mirando el techo del dormitorio de Eleanor, que es blanco y no tiene ni una sola grieta, pero que a Julia le reconforta porque la hace sentirse tan en su casa como si de verdad estuviera en la suya. Sonríe y piensa en la ausencia de ruido; en casa de Eleanor Morley siempre reina el silencio porque nunca enciende la tele, salvo que Julia insista en que vean una película.

Se sienta en la cama. Es sábado por la mañana y no tiene nada que hacer hasta las siete de la tarde, cuando Grace y Natalie vendrán para cenar, lo cual significa que tiene todo el día para hacer lo que quiera —al igual que Eleanor— aunque ella tiene una relación con el tiempo libre desde que no es rectora en la que todavía está desorientada, a pesar de que tiene la rutina de pasear por la playa.

Julia se levanta en camiseta y bragas, descalza, y sale de la habitación persiguiendo el olor del café recién hecho que la guía hacia la cocina. La cafetera todavía está caliente cuando se sirve la taza y después se dirige hacia el salón, deteniéndose bajo el umbral de la puerta.

Eleanor está en el sofá con las piernas cruzadas y el periódico desplegado sobre ellas, con un pijama verde claro que Julia le regaló el mes pasado porque todos los de Eleanor eran demasiado oscuros y este hace juego con sus ojos. Lleva puestas las gafas de leer, unas de montura fina que suele tener en la mesilla y que Julia le ha visto puestas pocas veces porque Eleanor solo las utiliza cuando piensa que nadie la mira. Tiene un bolígrafo en la mano y está subrayando algo en el margen con una expresión tan concentrada, que parece que se haya olvidado de que fuera de esta casa, el mundo sigue avanzando.

Julia se permite observarla durante unos segundos, con el café en la mano, mientras piensa que hay muy pocas versiones de Eleanor Morley que no haya visto, y esta es la más sexy de todas: con las gafas puestas, despeinada, en pijama y en una postura completamente relajada, sin esa capa de autoridad que siempre se empeña en mostrar a los demás. El corazón se le acelera y sonríe.

—Buenos días —saluda Julia.

Eleanor levanta la mirada por encima del periódico y sus ojos verdes, amplificados ligeramente por las gafas, la encuentran en el umbral de la puerta y la recorren con un deseo que no se molesta en disimular. Mira la camiseta, las bragas, los pies descalzos y el café en las manos, y no baja el periódico.

Julia empieza a caminar hacia ella. Lo hace despacio porque no tiene ningún tipo de prisa y le gusta ver los cambios en la cara de Eleanor cuando Julia se mueve por su casa como si también fuera suya, algo que al principio le costó asimilar.

Cuando llega al sofá, le quita el periódico de las manos. Después le quita el bolígrafo, lo deja todo en la mesilla junto con su café y se sienta a horcajadas sobre ella.

Eleanor la mira desde abajo con toda su atención centrada en ella.

—¿Qué leías? —pregunta Julia.

—Un artículo sobre la reforma del sistema de nombramiento de jueces federales —responde Eleanor, intentando sonar tranquila a pesar de tener a Julia encima de sus muslos en ropa interior a las nueve de la mañana.

—¿Y?

—Y el argumento central tiene dos problemas metodológicos que el autor ignora a propósito porque resolverlos complicaría sus

conclusiones —Eleanor hace una pausa—. Lo cual es intelectualmente hipócrita, aunque académicamente conveniente.

Julia apoya las manos en los hombros de Eleanor.

—¿Cuáles son los dos problemas?

Eleanor levanta una ceja.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Te estoy preguntando, ¿no? —dice Julia, torciendo una sonrisa.

Eleanor la mira durante un segundo mientras decide si Julia es sincera o solo pregunta por cortesía. Concluye que parece lo primero a pesar de que está moviendo los pulgares por el cuello de Eleanor, tratando de desconcentrarla.

—El primero es que toma como punto de partida que el sistema actual es neutral, cuando hay suficientes pruebas empíricas de que no lo es —sus manos se han posado en las caderas de Julia—. El segundo es que propone el escrutinio parlamentario como solución sin considerar que, en un sistema polarizado, ese escrutinio reproduce exactamente los sesgos que dice querer corregir.

—O sea, que la solución tiene el mismo problema que el problema —dice Julia.

—Exactamente.

—¿Y él no lo ve? —Julia levanta ambas cejas.

—Lo ve —dice Eleanor—. Por eso ignora la prueba que lo demostraría. Es más fácil ignorarla que reescribir el argumento.

Julia inclina la cabeza.

—Qué poca sinceridad.

—Muy poca —los pulgares de Eleanor se mueven sobre los huesos de las caderas de Julia—. Aunque es un error común. Es más cómodo construir un argumento que encontrar la realidad y defender el que se ajusta a ella.

—¿Tú haces lo segundo?

—Lo intento —dice Eleanor—. No siempre lo consigo.

Julia la mira. Eleanor todavía tiene las gafas puestas y el pelo recogido en lo que queda de un moño. La luz que le da desde la ventana hace que sus ojos verdes adquieran una tonalidad que no consigue describir, aunque se lo proponga. La primera vez que se lo dijo a Eleanor, ella la miró incrédula, pero sonrió cuando Julia trataba de buscar algo con lo que comparar el tono de sus ojos y no lo encontraba.

Julia baja las manos desde los hombros de Eleanor hasta el primer botón del pijama y lo desabrocha.

Eleanor no dice nada, pero su pecho se empieza a mover más despacio, como si estuviera regulando la respiración para que no se note lo mucho que se está acelerando.

—Entonces el argumento del artículo es absurdo —dice Julia, abriendo el segundo botón.

—En esencia, sí —la voz de Eleanor baja medio tono—. Asume su propia conclusión como premisa, lo cual invalida…

Tercer botón.

—Lo cual invalida el razonamiento completo —completa Julia.

—Sí —Eleanor traga saliva—. Aunque hay una parte del análisis histórico que es sólida. Los datos sobre la evolución del proceso de confirmación desde los años setenta son…

Cuarto botón, y Julia le abre el pijama del todo, observando la piel de su cuello, la de su clavícula y los pechos de Eleanor, poniendo una mano plana sobre su esternón que hace que la exrectora ya no pueda controlar su respiración.

—¿Desde los años setenta? —sigue Julia, pero su mirada ya se ha oscurecido.

—Desde los años setenta —confirma Eleanor, y Julia siente que la voz se le escapa por los pulgares que se mueven en sus caderas y le atraviesan todo el cuerpo—. El promedio de días de confirmación era de…

Julia se quita la camiseta. Se la saca por la cabeza y la deja caer al lado del sofá, volviendo a apoyar la mano sobre el pecho de Eleanor mientras la exrectora trata de recordar lo que estaba diciendo.

—¿Decías? —pregunta Julia.

Eleanor la mira. Lo hace de esa manera que tiene, con esa atención completa que siempre tiene para Julia, y la profesora siente que la piel se le eriza en la clavícula, el pecho y el vientre mientras los ojos de Eleanor pasan por todos esos sitios.

—Hablabas de la confirmación… —dice Julia, con la voz entrecortada.

Eleanor no responde. Se quita las gafas, las deja en la mesilla con un cuidado que no corresponde al ritmo de lo que está pasando y, cuando vuelve a mirar a Julia su expresión ha cambiado, ya no es la de una mujer que analizaba un artículo, es la de la mujer que ha

decidido que no tiene ninguna razón para seguir hablando cuando lo que quiere hacer es dejar de contenerse.

Le pone una mano en la nuca y la baja hacia ella para besarla. El beso es de los que le dejan claro a Julia que Eleanor no tiene ningún tipo de prisa, y lo entiende a la primera porque lleva meses aprendiendo de cada gesto y expresión de esta mujer.

—Me encanta que me beses así —susurra contra su boca y, cuando mueve las caderas sobre ella buscando presión, Eleanor hace un sonido bajo contra su boca que atraviesa su pecho y le aterriza entre las piernas.

—Pareces necesitada —murmura Eleanor con las pupilas dilatadas.

Julia se ríe, un sonido corto y seco como si el aire se le hubiera escapado de los pulmones, pero su risa se interrumpe y se convierte en un jadeo cuando Eleanor la besa entre el cuello y el hombro. Las manos de la exrectora empiezan a subir por sus costados y Julia arquea la espalda, poniéndoselo muy fácil para atrapar un pezón con la boca.

Julia gime con fuerza, sorprendida por lo extremadamente excitada que se siente con tan solo un beso y un par de caricias, y vuelve a gemir cuando nota la mano de Eleanor moverse por la cara interna de sus muslos, después sobre la tela de sus bragas y, por último, contra su humedad cuando Eleanor las aparta hacia un lado.

—¿Quieres esto o prefieres mi boca? —pregunta, y el aire de su aliento choca contra el pecho derecho de Julia, haciendo que se tense por completo.

—Tu boca estaba bien donde estaba —jadea, poniendo una mano en su nuca para atraerla hacia su pecho.

Eleanor obedece y se mete el pezón en la boca mientras dos de sus dedos se deslizan dentro de Julia, y ella suelta un gemido ahogado que hace que Eleanor meta un tercero al notarla tan receptiva.

—¿Bien? —pregunta, y Julia no responde, solo coloca las manos sobre los hombros de Eleanor, la empuja ligeramente hacia atrás y la mira a los ojos mientras empieza a moverse sobre sus dedos.

A Eleanor hay muchas cosas que le daban pudor al principio —como tocarse delante de Julia— pero la imagen de la profesora a horcajadas en sus piernas cabalgando sobre sus dedos, la tiene con el vientre vibrando de necesidad.

—Venga… —la anima Julia jadeante cuando la ve dudar, y Eleanor decide no pensar más, se lleva una mano entre las piernas, la mete por dentro del pijama y debajo de las bragas, y empieza a masturbarse hasta que sus jadeos se acompasan con los de Julia y las dos llegan al orgasmo casi al mismo tiempo.

—Eleanor… —jadea Julia cuando la primera oleada la atraviesa por completo.

—Estoy aquí —susurra sin dejar de mirarla, justo antes de que el estallido de placer se la lleve por delante y Julia se abrace a ella para gemir contra su cuello mientras el cuerpo entero le tiembla.

Minutos después, siguen en la misma posición. Con Julia abrazada al cuerpo de Eleanor y los dedos todavía dentro de ella porque a la exrectora le gusta quedarse ahí y sentir como los espasmos de Julia disminuyen hasta que solo queda el calor.

—El artículo —dice Julia, echándose hacia atrás para mirarla.

—¿Qué pasa con el artículo? —pregunta, y retira los dedos muy despacio, observando la expresión de Julia cuando lo hace porque ese pequeño gemido que mezcla un poco de dolor y placer, siempre le eriza el vello de la nuca.

—Que no me has dicho qué venía después.

Eleanor tarda un momento en responder y Julia sonríe ante su aturdimiento.

—Mil novecientos noventa y uno.

—¿Y qué pasó en el noventa y uno?

—Thomas —dice Eleanor—. Clarence Thomas. El proceso de confirmación duró ciento siete días y cambió la naturaleza del escrutinio para siempre. El artículo lo menciona en una nota al pie, lo cual es otra forma de ignorar la prueba que le incomoda.

Julia le aparta varios mechones de pelo de la cara y los arrastra hasta detrás de su oreja.

—Deberías escribir la respuesta.

—Probablemente —dice Eleanor, entrelazando sus dedos con los de Julia.

La profesora ladea la cabeza ligeramente y la observa. Sin las gafas, con el moño completamente deshecho y la mirada de la verdadera Eleanor Morley, la que solo se permite ser delante de ella y de su hija.

—Podrías escribirla tú —dice Eleanor.

Julia sonríe.

—Me lo pensaré. ¿Quieres ir a pasear a la playa? —propone, porque es la primera cosa que Eleanor se atreve a hacer con ella fuera de las cuatro paredes de su casa, y Julia sabe que detrás de la primera, siempre viene la segunda, y ella no tiene prisa.

—Claro, pero deja que me dé una ducha antes.

—¿Estoy invitada a esa ducha?

A Eleanor le encantaría tener la fuerza para levantarse del sofá con Julia encima y llevarla hasta el baño, pero se recuerda que tiene una edad y que ciertos sobreesfuerzos pueden costarle una lesión, así que le da una palmada en el trasero y acepta la mano que Julia le ofrece para ayudarla a levantarse del sofá.

Capítulo 24

Eleanor camina por la playa con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta fina que se ha puesto. Son las nueve de la mañana del domingo, y a esta hora todavía hay poca gente y caminar es agradable y logra lo más importante: despejarle la mente. Hoy no ha venido sola, Grace camina a su lado con un café en cada mano que ha comprado antes de unirse a ella.

—Gracias —dice Eleanor cuando coge el suyo.

—De nada, mamá.

Caminan durante un rato en silencio sin que este resulte nada incómodo, muy lejos del que había entre ellas cuando su hija la recogió en el aeropuerto hace tres meses. Desde entonces, han quedado varias veces las dos solas, algunas paseando por aquí y otras con Grace visitando a su madre en su casa al salir del bufete en el que trabaja. Eleanor se lo ha ido contando todo durante estas últimas semanas, así que Grace está al corriente de sus sesiones con la doctora Lamond y los avances que hace. También de la sesión de trabajo que tuvo en el despacho de Julia y su labio tembloroso, de esa misma noche cuando la exrectora fue a su apartamento y Julia vomitó todo lo que tenía que decirle y de los encuentros breves que han tenido después y que Eleanor no sabe cómo definir, aunque nunca le ha contado que se besaron en el baño.

—¿Cómo estás hoy? —pregunta Grace.

—Bien —dice su madre, mirándola de reojo—. Mejor que la semana pasada.

Grace asiente y bebe de su café.

—¿Algún avance con Julia?

Eleanor suspira y se encoge de hombros, mirando sus pies descalzos y llenos de arena y después hacia delante.

—No, no lo creo.

—¿No lo crees? —Grace sonríe y levanta las cejas.

Su madre hace las cosas bien o las hace mal, pero nunca se queda en el medio.

—Ya te he dicho que me esfuerzo por respetar su espacio, me pidió que no la molestara y eso es lo que hago.

—Lo sé, pero ¿cómo llevas eso? —insiste Grace.

Su madre se encoge de hombros otra vez, resignada.

—Lo llevo. Pensé que me costaría más hacerlo, pero quiero respetarla. Lo que no llevo bien es no saber si servirá para algo o ya la he perdido del todo y todavía no me he enterado —reconoce Eleanor.

Grace siente que el estómago se le retuerce, una especie de punzada de ansiedad al mirar a su madre porque sabe que, aunque se lo ha buscado ella, está sufriendo, y a Grace le duele verla así y no saber cómo ayudarla.

—Yo tampoco lo sé, mamá. Te dije que hablo con ella, pero sé que hay ciertas cosas que se guarda, supongo que porque soy tu hija y no debe fiarse del todo de que te acabe contando lo que me dice.

—No debí desaparecer —dice Eleanor de pronto, negando con la cabeza mientras siguen caminando—. Debí esforzarme más en buscar otra manera de gestionar el terror que sentía, no se merecía lo que hice, y tú tampoco.

Grace se detiene y le pone una mano en el brazo para que Eleanor haga lo mismo.

—No fue la mejor idea que tuviste, mamá, eso seguro —Grace suspira y se rasca la cabeza, sin saber muy bien cómo decir esto—, pero te entiendo.

Eleanor levanta las cejas y se alegra de haberse detenido, porque de haber seguido caminando, seguro que habría trastabillado al escuchar a su hija.

—¿Lo entiendes? —pregunta desconcertada, y ahora es Grace la que hace un gesto con los hombros e inclina la cabeza para seguir

con el paseo.

—Sí, lo hago, y esto no se lo he contado ni siquiera a Shelby —admite para sorpresa de su madre—, pero ¿sabes qué fue lo primero que pensé cuando me dijiste que querías que dejara a Natalie?

—¿Qué? —pregunta realmente intrigada.

—Pensé en aceptar tus exigencias —reconoce Grace—. Mi primer instinto fue ese, aceptar y desaparecer.

Eleanor parpadea sorprendida.

—Ya lo había hecho antes cuando conocí a Natalie la primera vez —sigue contando su hija—. Me asustó mucho lo que sentí y no quise pensar más, así que seguí con mi idea de dejar la universidad tras la muerte de papá y desaparecí. Por eso te entiendo, porque en eso por lo visto me parezco mucho a ti.

—Pero tú no lo hiciste, no huiste cuando te pedí que la dejaras. ¿Qué fue lo que cambió esa vez? —pregunta no solo con la curiosidad de una madre, sino la de una mujer que hasta ahora no ha encontrado a nadie que se ponga en su lugar.

—Natalie y su determinación, supongo —sonríe Grace—. Cuando la llamé y se lo conté, esperaba que ella se asustara incluso más que yo, porque adoraba su trabajo y pasó meses muriéndose de ansiedad ante la idea de que nos descubrieran, pero lo único que me dijo fue que me fuera a casa y la esperara allí, que ella se encargaba —la abogada se pasa la mano por el brazo, porque se le ha erizado el vello al recordar aquel momento—. No me dijo que me fuera a mi apartamento, mamá, me dijo que me fuera al suyo, a lo que ella ya consideraba de las dos.

Eleanor asiente mientras la escucha, completamente centrada en su hija.

—Y por una vez, decidí hacerle caso en lugar de huir. Me fui de tu casa a su apartamento y cuando volvió me contó la conversación que había tenido contigo —Grace se detiene para beber un poco de café y Eleanor quiere arrancarle el vaso de las manos y decirle que beba después de contárselo todo.

—¿Y? —pregunta, ansiosa.

—No lo sé, supongo que entendí que, si ella era capaz de arriesgar su puesto por mí, yo no podía ser menos. Y que, si iba a querer a alguien, y te aseguro que entonces ya la quería mucho, tenía que aprender a quedarme, aunque a veces sintiera miedo y ganas de salir corriendo.

—Y te quedaste —sonríe Eleanor, orgullosa de ella.

—Sí, lo hice —Grace también sonríe—. Y no he vuelto a sentir esa necesidad de huir desde entonces, o si la siento, sé lo que significa y que no tengo que obedecerla.

Eleanor da un sorbo a su café, mirando primero hacia el mar y después hacia su hija.

—Eres más valiente que yo.

—No lo soy, mamá. Sé lo angustioso que es sentir terror ante lo que más deseas y salir corriendo. Lo hice durante muchos años con Natalie antes de atreverme a volver. Así que, aunque me enfadé cuando desapareciste, en el fondo te entendía. Solo que no te lo había dicho hasta ahora.

—Gracias por hacerlo —dice Eleanor, y le pasa un brazo sobre los hombros.

Grace se deja hacer y caminan así durante un rato, con el brazo de Eleanor sobre los hombros de su hija y los cafés en la mano, y Eleanor piensa que hay cosas que se pierden durante años, pero que cuando vuelven todo es mucho mejor.

—Tú me enseñaste muchas cosas —dice Grace—. Como a no firmar nada sin leerlo dos veces y a no dejar que nadie me pase por encima, pero quedarte no fue una de ellas, mamá —Grace no habla con rencor—. Eso lo aprendí sola y me costó mucho. Ahora te toca a ti.

Eleanor aprieta los labios hasta convertirlos en una línea fina y recta.

—Lo sé —dice mirándola—. El problema es que no sé cómo demostrarle a Julia que puede confiar en mí. Que esta vez no voy a desaparecer.

Grace duda un momento antes de responder.

—No creo que tengas que demostrárselo —dice, apurando el último sorbo de su vaso—. Solo necesitas que sepa que estás presente y que la sigues queriendo.

—Lo segundo creo que lo sabe —murmura Eleanor.

—Entonces ten paciencia —Grace le pasa una mano por detrás de la cintura—. Ella se vio obligada a tenerla cuando tú no estabas. No es tan descabellado pedirte lo mismo.

Eleanor asiente y mira de nuevo hacia el agua durante unos cuantos pasos, centrada en el sonido y en todo lo que Grace le ha contado. Nunca se imaginó que su hija se sintiera de ese modo y,

aunque no se alegra de que haya heredado uno de los peores defectos que tiene ella, siente que esto las ha unido un poco más.

—¿Conoces a Nora Walsh? —pregunta al cabo de un rato.

Grace la mira de reojo.

—No —responde, entornando la mirada con esos ojos verdes idénticos a los de su madre—, pero Julia me ha hablado mucho de ella, son muy amigas.

Eleanor aprieta los dientes hasta que casi le crujen y el brazo sobre los hombros de Grace ejerce un poco más de presión sin que Eleanor sea consciente. Su hija se ríe. Una carcajada corta y divertida que se diluye con el viento de la playa mientras Eleanor la mira con expresión irritada.

—¿De qué te ríes?

—¿Estás celosa de Nora? —pregunta Grace.

Eleanor mira hacia delante mientras piensa qué responder.

—Tal vez —murmura sin parpadear.

Grace se ríe de nuevo, y esta vez Eleanor no puede evitar que algo en la comisura derecha de su boca también tire hacia arriba.

—Si te sirve de algo, Julia sigue enamorada de ti, pero haces bien en preocuparte, ahora está vulnerable, y ya sabes que en esos momentos una puede ser débil… —bromea Grace.

—No me estás ayudando —protesta Eleanor, sintiendo que el corazón se le acelera.

Grace se aprieta contra su cuerpo y su madre le besa la cabeza mientras siguen caminando y ella intenta recordar cuándo fue la última vez que caminó así con su hija. Y se estremece cuando se da cuenta de que probablemente nunca lo han hecho porque Grace era muy de su padre, y ella nunca encontró la manera de acercarse a ella con la misma facilidad con la que lo hacía él. Hasta ahora.

Capítulo 25

—Tu informe tiene cada cabo suelto cubierto, confía en los datos —dice Eleanor cuando entran en la sala donde se celebra la evaluación del seminario de Julia.

La profesora la mira y asiente, conteniendo las ganas de darle las gracias por el apoyo porque no puede entrar en esa sala sintiéndose débil, y si le da las gracias a Eleanor, ella la mirará fijamente con esos ojos verdes tan intensos y todo lo que ha preparado para defender su seminario se evaporará de su cabeza.

—Profesora Bernet, tiene veinte minutos.

Patricia Hale lo dice sin levantar la vista de los papeles que tiene delante, como si el tiempo de Julia ya hubiera empezado a correr antes de que ella terminara de sentarse. Están en la sala de reuniones pequeña del rectorado, la misma donde Eleanor presidió durante años y que ahora tiene el membrete nuevo de Hale en las carpetas y una planta diferente en el rincón. Julia deja su informe sobre la mesa con una calma que ha ensayado esta mañana frente al espejo porque no pensaba llegar aquí con las manos temblando, pero le está costando.

Son seis personas alrededor de la mesa, con Hale en la cabecera, Vancy a su derecha, Méndez —para disgusto de Julia y de la propia Eleanor— y dos personas más del área de planificación académica que Julia no conoce muy bien. Y, por último, está Eleanor sentada al

lado de Julia, con el bolígrafo en la mano y la expresión completamente neutra.

—El seminario de pensamiento crítico legal lleva casi un año en funcionamiento —empieza Julia, abriendo el informe—. Les voy a presentar tres bloques que demuestran su viabilidad: impacto en el alumnado, comparativa con programas equivalentes en otras universidades y proyección de continuidad según los criterios del plan estratégico.

Hale ha dejado lo que hacía y la escucha con atención, medio girada hacia Julia con una expresión que Eleanor no consigue descifrar porque la mujer es tan buena como ella ocultando sus emociones.

Julia habla durante casi doce minutos sin que nadie la interrumpa más que ella misma para dar sorbos de agua cuando la boca se le seca —que es bastante a menudo—. Habla de los datos de continuidad en posgrado, los testimonios de cuatro alumnos del primer semestre que Julia ha seleccionado entre todos los demás, los números de Boston que Nora le pasó con el programa equivalente y su trayectoria en cuatro años, el marco metodológico de Columbia sobre impacto diferido y la bibliografía de Eleanor construyendo el puente entre los datos y el criterio específico de Hale sobre coste-beneficio medible. Todo encaja a la perfección y Julia lo sabe mientras habla con una seguridad que forma parte de su defensa y que no finge.

Cuando termina, Hale hace una pausa de tres segundos mientras piensa.

—Los datos de continuidad en posgrado son convincentes —dice la rectora—, pero son datos diferidos, profesora Bernet. El plan estratégico requiere métricas de impacto en el semestre en curso. ¿Cómo responde a eso?

Julia ya tenía la página marcada con un *post-it*, ha anticipado todas las preguntas que creía que podrían hacerle y ha preparado las respuestas.

—El artículo de Ferrante del año pasado, que está en el anexo tres, establece que evaluar programas de pensamiento crítico con métricas de impacto inmediato produce falsos negativos sistemáticos. No es un problema del programa, es un problema del instrumento de medición —Julia hace una pausa para coger aire y mira a Eleanor de reojo porque esto lo sabe gracias a ella—. Lo que sí

tengo del semestre en curso son los datos de participación voluntaria en actividades extracurriculares relacionadas con el seminario. La tasa es del sesenta y cuatro por ciento, que está diecisiete puntos por encima de la media del departamento.

Hale anota algo en su libreta y Méndez levanta la mano.

—El problema de la participación voluntaria como métrica es que depende de la implicación personal del docente —dice, ajustándose las gafas como cada vez que habla, como si se le bajaran un poco cada vez que mueve la mandíbula—. Si la profesora Bernet deja de estar disponible por cualquier razón, ¿qué garantiza la continuidad del programa?

Julia le dedica una mirada fulminante, igual que la de Eleanor.

—El diseño curricular del seminario está documentado en el anexo cinco —responde Julia—. Incluye metodología, criterios de evaluación y materiales de desarrollo que permiten que cualquier docente formado en el área pueda implementarlo. La dependencia del docente fundador es inherente a cualquier programa en sus primeros años. No es una debilidad del diseño, es una fase.

Méndez se recuesta en la silla, sin saber qué responder, y Hale mira a Julia durante un momento antes de mirar a Eleanor.

—Profesora Morley, dada su experiencia en gestión de programas académicos, ¿tiene algo que añadir?

Todos se giran hacia ella menos Julia, que tiene los ojos clavados en el informe que ha preparado mientras espera su respuesta, con el pulso acelerado por el simple hecho de haber escuchado a Hale dirigirse a ella.

—La profesora Bernet ha cubierto todos los puntos relevantes que demuestran la viabilidad del programa —dice Eleanor—. Yo no tengo nada que añadir.

Julia la mira sin poder evitarlo. Es apenas un segundo el tiempo que tarda en encontrar los ojos verdes de Eleanor a su lado y ver en ellos exactamente lo que necesitaba ver: que Eleanor podría haber añadido cosas, tiene criterio y experiencia de sobra en el asunto y conoce los engranajes de esta institución mejor que nadie en esta sala, pero ha elegido no usarlos y quedarse a un lado. No porque no pueda sino porque no es su momento, porque confía en Julia y se lo acaba de demostrar otra vez, dejando que se defienda ella sola.

Julia aparta la mirada y la dirige hacia Hale.

—¿Alguna pregunta más? —dice la rectora, paseando la mirada sobre todos los presentes.

Hale cierra la carpeta al ver que nadie habla.

—Bien. Tomaré una decisión en las próximas semanas —dice poniéndose en pie—. El informe es completo. Le haré llegar la resolución por escrito, profesora Bernet.

No ha dicho que lo aprueba, pero tampoco es el no que Julia llevaba semanas temiendo en la parte más pesimista de su cabeza, y el hecho de que Vancy asienta y le sonría cuando pasa por su lado, la hace confiarse un poco más, porque, aunque el hombre no supo apoyarla en su momento, sí que lo hizo después, defendiendo su seminario e invitando a Eleanor a que la ayudara con su experiencia.

La reunión se disuelve entre el ruido de las sillas al moverse y Julia recoge sus papeles con las manos sin temblar, porque los nervios parecen haber abandonado su cuerpo hace minutos.

Sale al pasillo y ve a Eleanor caminando unos cuantos metros por delante de ella, y Julia no contiene el impulso de acelerar el paso y colocarse justo detrás.

—Eleanor, espera.

Eleanor se detiene en seco, aturdida por cómo la voz de Julia le ha entrado por los oídos y le ha vibrado por todo el cuerpo. Se gira despacio y la ve frente a ella, mirándola con esos ojos color miel que brillan con la misma intensidad que Eleanor recuerda.

—Gracias por apoyarme —dice Julia.

No añade nada más, pero se lo dice mirándola, y Eleanor no consigue localizar esa capa de frialdad que Julia ha mantenido con ella durante casi cuatro meses. Por primera vez, siente que la está mirando como antes y las rodillas le flaquean, pero Eleanor se mantiene entera, sin mostrar que le tiemblan hasta las pestañas ahora mismo porque no quiere hacerse ilusiones.

—No tienes que agradecerme nada —dice Eleanor—. Es tu trabajo, Julia, y es brillante.

A Eleanor le gustaría haber añadido que es tan brillante como la propia Julia, pero eso se lo calla para no meter la pata, porque de verdad quiere recuperarla y está dispuesta a cualquier cosa por hacerlo.

Julia la sigue mirando mientras asiente, consciente de que esa distancia entre ellas está empezando a desaparecer, y entonces la asalta el recuerdo de la pared del baño, de ella cogiendo a Eleanor

por las solapas de la camisa y de ese gemido ronco que soltó y que lleva instalado en su cabeza desde hace semanas. Piensa en el artículo con las notas de su letra apretada en los márgenes, en las veces que Eleanor la ha saludado y no ha intentado agobiarla desde que ella se lo pidió, y piensa en hace un momento dentro de esa sala, cuando ha dicho que no tenía nada que añadir y Julia ha sentido que no había muestra de apoyo más grande que esa.

Durante esos segundos, Eleanor permanece completamente paralizada frente a ella, sin saber por dónde saldrá Julia porque tiene derecho a seguir enfadada con ella hasta el fin de los días y, aunque le ha dado las gracias, también puede decirle que eso no cambia nada de lo que le dijo en su apartamento, que la siga dejando en paz.

—Que tengas un buen día —dice de repente, y le da un apretón en el brazo antes de continuar su camino por el pasillo.

Eleanor contiene la respiración y se pone la mano en el mismo sitio que Julia acaba de tocar, sintiéndose más perdida que nunca porque no sabe en qué punto están ahora mismo, pero sí sabe que no es el de antes. La distancia se ha reducido.

Capítulo 26

—Cuénteme —dice Lamond cuando Eleanor todavía no ha terminado de acomodarse frente a ella.

La exrectora se echa hacia atrás en el sillón, pegando la espalda al fondo al mismo tiempo que pone ambas manos en los reposabrazos y cruza una pierna sobre otra mientras la doctora la observa y piensa que están yendo por el camino correcto, porque la mujer que volvía a sentarse en el borde con la espalda recta como una vara cuando regresó de su viaje ha conseguido relajarse.

—Hay avances —dice Eleanor—. Pequeños, pero los hay.

Lamond no dice nada, solo la mira con ese silencio que Eleanor ya sabe que significa que debe continuar, pero que la irrita de todos modos.

—En la reunión de evaluación del seminario de Julia, Hale me preguntó si tenía algo que añadir. Podría haber hablado durante diez minutos para aclararle varias cosas a esa mujer que Julia no dijo por educación —Eleanor esboza una pequeña sonrisa torcida—. Conozco los datos en los que se basa todo, sé cómo le gustan a Hale las cosas porque es bastante predecible, y sé exactamente qué teclas tocar para conseguir lo que necesito, pero no dije nada.

—¿Por qué?

—Porque no era mi momento. Era el de Julia, y ella estaba perfectamente capacitada para defenderse, no me necesitaba.

—¿Y cómo fue eso de quedarse callada? —pregunta Lamond.

—Difícil —admite Eleanor, sin adornarlo—. Mi instinto era intervenir. Organizar, dirigir y asegurarme de que todo iba como se esperaba y que Julia salía de esa reunión con el programa aprobado, pero me contuve.

—¿Y el resultado cuál fue?

—Julia defendió sola su programa. Y era mejor así —Eleanor cruza las piernas hacia el otro lado—. Después, en el pasillo, me dio las gracias. Me miró… —se detiene un momento para buscar la palabra —, de verdad, sin ese destello de rabia que siempre había en sus ojos desde que volví. Y me apretó el brazo antes de irse.

Eleanor se siente estúpida al comentar esto último porque le parece algo infantil, pero para ella fue muy importante ese gesto, y se toca el brazo donde Julia apoyó su mano sin darse cuenta mientras Lamond anota algo.

—¿Cómo recibió usted ese gesto?

Eleanor suspira con brusquedad.

—Con más dificultad de la que me gustaría admitir —reconoce tras detenerse a pensarlo—. Porque quería hacer algo con ello, quiero decir, aprovechar el momento para intentar hablar con ella, invitarla a un café o cualquier cosa que me permitiera pasar un poco de tiempo con Julia para tratar de arreglar este desastre, pero tampoco lo hice.

Lamond asiente, complacida.

—¿Qué hizo?

A Eleanor le apetece echar la cabeza hacia atrás, apoyarla contra el respaldo y mirar al techo durante un rato, pero no puede porque se ha hecho un moño bajo y no quiere despeinarse.

—Le dije que no tenía que agradecerme nada. Que su trabajo era brillante, y dejé que se fuera.

Lamond deja el bolígrafo sobre el cuaderno.

—Eso es consistencia, Eleanor. No solo se está esforzando por respetar a Julia y darle el espacio que necesita, sino que está aprendiendo que no tiene que controlarlo todo.

—Sí, supongo —dice Eleanor, y hace una mueca con los labios mientras mira hacia la ventana.

—¿Qué le preocupa? —pregunta Lamond, que no deja de observarla.

—Nora Walsh —suelta Eleanor sin mirarla todavía.

Lamond busca el nombre en las notas que ha ido tomando durante las últimas sesiones y lo subraya cuando lo encuentra.

—La amiga de Julia. ¿Qué pasa con ella?

Eleanor mira la planta que hay en el alféizar de la ventana un momento antes de seguir.

—Me pone muy nerviosa verla con Julia.

La doctora levanta una ceja sin poder evitarlo.

—¿Siente celos de Nora Walsh?

—Sí —admite Eleanor, clavando sus ojos verdes en Lamond—. Sé que son celos irracionales. Nora es su amiga y no hay nada confirmado entre ellas, pero la veo en la sala de profesores preparándole el café sin que Julia se lo pida, y la escucho reírse con ella, y sé que esa mujer está ahí, disponible, atractiva, simpática y sin aparentes problemas emocionales, y yo me quedo con esa imagen durante horas. Es agotador.

—¿Qué cree que representan esos celos exactamente?

Eleanor resopla.

—¿Eso no tendría que decírmelo usted?

—Se lo diría, pero quiero que me lo diga usted a mí, porque sé que sabe perfectamente lo que significan.

El pecho de Eleanor se eleva cuando coge aire y lo suelta con velocidad por la nariz. A veces esta mujer la saca de quicio con sus silencios y sus preguntas incómodas.

—Significa que podría perderla del todo —dice al fin—. Que alguien mejor puede darle lo que yo no supe concederle.

—¿Mejor en qué sentido?

—Una relación tranquila, sin sobresaltos —Eleanor hace un gesto con la mano—. No creo que Nora Walsh sea de las que desaparecen, y sabe cómo le gusta el café a Julia —añade, porque eso la tiene muy preocupada—. Seguro que esa mujer no necesita veinte sesiones de terapia para entender por qué huye.

—¿Y eso la convierte en mejor opción para Julia que usted? —pregunta Lamond.

—La convierte en una opción más cómoda.

—No le he preguntado eso.

La exrectora la mira.

—No lo sé —Eleanor vuelve a resoplar, preguntándose una vez más por qué le paga a esta mujer—. Eso es lo que me aterra, que no sé si puede ser mejor para ella que yo.

Lamond coge el bolígrafo de nuevo.

—Eleanor, ¿y si en lugar de concentrarse en lo que Nora Walsh puede o no puede darle a Julia, se concentrara en ser la persona que realmente quiere ser para ella? —Hace una pausa—. No tiene que ser mejor que nadie y tampoco tiene que ser excepcional, solo ser suficiente para Julia.

Eleanor abre la boca y la cierra.

—Suficiente me parece una palabra muy mediocre —espeta con el ceño fruncido.

Lamond se muerde los labios para no reírse.

—¿Por qué?

—Porque suficiente es el mínimo.

—¿Eso piensa usted, o eso le enseñaron a pensar? —dispara la doctora.

Eleanor no responde de inmediato.

—Para mi padre la palabra suficiente era algo así como el límite antes del fracaso. Excepcional era lo único aceptable —explica Eleanor, con la mirada perdida.

—¿Y usted piensa que Julia se enamoró de la mujer excepcional?

—Julia se enamoró de… —Eleanor se detiene.

Lamond espera, lista para anotar.

—Julia se enamoró de la rectora —dice Eleanor—. De alguien con un cargo, con autoridad, con…

—¿Está segura de eso? —la interrumpe.

Eleanor frunce el ceño, y Lamond toma notas porque acaba de encontrar otro de los miedos de Eleanor y un motivo más por el que huyó: el miedo a que Julia se desencantara cuando se diera cuenta al fin de que Eleanor ya no era esa persona con poder que dirigía una universidad desde su silla detrás de una mesa.

—¿No debería estarlo? —pregunta Eleanor, desconcertada.

—Cuénteme cómo la miraba Julia cuando usted era vulnerable —dice Lamond—. No cuando presidía las reuniones, sino en otros contextos, en casa, en la cama o simplemente cuando mantenían una conversación.

Eleanor tiene la mirada fija en un punto entre la mesa y la pared.

—Como si fuera lo más importante que había visto —dice, casi susurrando—. Como si fuera algo que quería proteger, no algo que la decepcionaba.

—¿Y cree que la rectora necesitaba que la protegieran?

—No —Eleanor la mira—. La rectora nunca temblaba.

—Entonces Julia no se enamoró de la rectora —sentencia Lamond.

Se quedan un segundo en silencio mientras Eleanor asume la información.

—Su padre le enseñó que el amor se gana siendo excepcional —dice Lamond—. Y usted se ha pasado la vida siendo excepcional para no tener que descubrir lo que pasa si no lo es. Si es solo Eleanor —Lamond hace una pausa para dejar que sus palabras calen bien en la exrectora—. El problema es que Julia ya conoce a la mujer que solo es Eleanor, y se enamoró de ella, no de una presencia autoritaria en un despacho.

Eleanor se mira las manos, asintiendo.

—¿Y si ser suficiente no basta? ¿Y si Julia necesita a alguien que no salga corriendo, y yo soy precisamente alguien que lo hace?

—¿Ha salido corriendo en los últimos tres meses? —pregunta Lamond.

Eleanor la mira.

—No.

—¿Ha querido hacerlo?

La pausa es más larga esta vez.

—Sí. Varias veces —admite Eleanor.

—¿Y?

—Y no lo he hecho —responde, recordando la conversación que tuvo con Grace.

—Eso —dice Lamond—, es exactamente la diferencia entre la persona que era y la que quiere ser en realidad. Su instinto nunca desaparecerá, pero ya no la gobierna; ahora es usted la que decide, y ha decidido quedarse.

Eleanor no responde y Lamond no dice nada, dejando de nuevo ese espacio incómodo para que Eleanor lo rellene.

—Julia no se enamoró de la rectora —dice por fin.

Lamond niega despacio con la cabeza.

—No.

Eleanor se vuelve a mirar las manos.

—Se enamoró de mí.

Se hace un breve silencio.

—Y yo salí corriendo —remata ella misma, aturdida.

Lamond no dice nada y Eleanor levanta la mirada y la clava de nuevo en la planta sobre el alféizar.

—¿Sabe? —dice, con la mirada desenfocada—. Llevo toda la vida pensando que ser excepcional era lo que me hacía merecedora de las cosas. Del cargo, del respeto... De que alguien se quedara conmigo por todo eso.

—¿Y ahora?

Eleanor tarda un momento en responder.

—Ahora pienso que Julia se quedó precisamente cuando yo dejé de ser excepcional —hace otra pausa—. Y que yo me fui justo en ese momento.

Lamond anota algo en el cuaderno y después lo cierra, que es la señal que Eleanor ha aprendido a identificar como el final de la sesión.

—Nos vemos la semana que viene, Eleanor, pero quiero que piense en todo lo que hemos avanzado hoy —dice Lamond.

Eleanor se pone de pie mientras asiente, y la mujer la acompaña hasta la puerta y la mira como si esperara que dijera algo antes de salir.

—Suficiente —murmura Eleanor—. Voy a tener que acostumbrarme a esa palabra.

—Tómese su tiempo —dice Lamond.

Capítulo 27

—Siento llegar tarde. ¿Habéis cenado ya? —pregunta Julia cuando Grace abre la puerta.

—No somos tan maleducadas, pasa —dice la abogada, haciéndose a un lado.

Julia entra y deja el bolso en el perchero, sintiendo que sus tripas se revuelven de hambre cuando le llega el olor desde la cocina, donde Natalie está al mando de los fogones.

—Hola —dice Julia, besando la mejilla de Natalie mientras esta sigue con lo suyo.

—Hola, esto ya está listo, ¿tienes hambre?

—Como si llevara días sin comer —afirma Julia con dramatismo.

Preparan la mesa y empiezan a comer en cuanto Natalie reparte la comida.

—¿Cómo estás? —pregunta Grace mirando a Julia.

Julia se pasa una mano por el pelo y se lo piensa antes de responder.

—Rara —admite—, pero no para mal.

Grace y Natalie se miran sin decir una palabra, esperando a que siga.

—He notado un cambio importante en tu madre que se mantiene en el tiempo, un cambio para bien —dice mirando a Grace—. Lleva semanas así y ya no sé qué hacer con eso.

—¿Qué tipo de cambios? —pregunta Natalie.

—Cosas pequeñas, detalles que otra persona a lo mejor no notaría, pero para mí es muy importante que me haya dejado mi espacio y que, al mismo tiempo, haya estado ahí. El otro día, por ejemplo, tuve la reunión para defender mi seminario. Eleanor podría haberse lucido cuando Hale le preguntó y podría haberla aplastado con esos argumentos suyos tan difíciles de desmontar, pero no lo hizo, se mantuvo al margen y dejó que me defendiera yo sola.

—¿Y era lo que querías? —pregunta Grace—. No sé, si su intervención podía salvar tu programa…

—Yo no quiero que me salve de nada, Grace, solo quiero que me apoye, saber que si la necesito está ahí, pero sin imponerse.

Grace asiente, comprendiendo.

—Se esfuerza —dice Natalie.

—Sí, lo hace. Son detalles minúsculos, pero son cosas que hace cada día sin pedirme nada a cambio y que sé que para ella son más difíciles que para cualquiera.

—¿Y eso te molesta? —Grace no termina de entender del todo, y Natalie le besa la cabeza con ternura, porque ella sí comprende a Julia.

—No me molesta, me descoloca —aclara Julia—. Estaba preparada para que tu madre buscara alguna excusa para acercarse, o para que aprovechara cualquier oportunidad para hablar y convencerme de que debo perdonarla. Eso es lo que hacía antes, elegía las palabras adecuadas, y a tu madre se le dan muy bien, y exponía sus razones de manera que era muy difícil rebatirlas. A esa Eleanor la conocía y sabía cómo manejarla; esta nueva versión no la tengo catalogada.

—Es diferente —dice Grace, que sabe que su madre lo intenta.

—Es lo que siempre quise que fuera —corrige Julia—. Una mujer presente, que está ahí solo porque quiere estar, y no sé si fiarme de eso o esperar a que se le pase y vuelva a desaparecer.

—No creo que tengas que decidir nada ahora —dice Grace—. Solo tienes que preguntarte si estás dispuesta a perdonarla. El resto llegará después o no lo hará, pero eso es lo primero.

—Estoy de acuerdo —interviene Natalie—. Hasta que no sepas si estás dispuesta a perdonarla, no podréis tener una conversación donde la pongas a prueba y expongas todas tus dudas.

—¿Y si la perdono y vuelve a hacerlo?

—Yo he hablado mucho con ella últimamente —dice Grace—. Y no puedo prometerte que no lo haga, porque eso no lo sé, pero sí sé que

te quiere y que es mucho más fuerte ahora que cuando llegó.

Natalie rellena las copas de vino mientras Julia tiene la mirada clavada en la mesa, pensando en lo que Grace ha dicho.

—Sigo enamorada de ella, supongo que eso no es ningún secreto.

Grace asiente.

—Nunca dejé de estarlo —aclara—, y eso me enfurece, porque estaba muy rabiosa y terriblemente enfadada. Tanto que me molestaba que Nora no me gustara. Querría que lo hubiera hecho, que esos dos meses de silencio de tu madre lo hubieran matado todo, pero no lo hicieron.

Grace y Natalie permanecen en silencio porque Julia sigue sin mirarlas, hablando como si también necesitara sacar esto de su interior antes de recomponerse del todo.

—La odio un poco por eso —dice con una sonrisa triste—. La odio porque me dejó a oscuras y ahora está ahí iluminándolo todo como siempre esperé que hiciera.

Natalie se sobresalta cuando nota la mano de Grace sobre su pierna, buscando unirla con la suya como si las palabras de Julia la estuvieran conmoviendo.

—Y lo peor —sigue Julia, que parece embalada—, es que no puedo ni enfadarme como debería, porque cada vez que intento mantener mi rabia encendida, ella hace algo que lo apaga —coge la copa de vino y da un sorbo, mirando el contenido antes de dejarla sobre la mesa—. Es agotador querer estar enfadada con alguien que ha dejado de darte motivos.

—Eso —dice Grace señalándola—, es lo más Morley que te he escuchado decir nunca.

Julia la mira, confundida.

—¿Perdona?

—Que te enfadas porque no te da motivos para estarlo —Grace se encoge de hombros—. Mi madre sabría cómo rebatir ese razonamiento, eso seguro.

Julia pone los ojos en blanco, pero después se ríe.

—Bienvenida al club —dice Natalie, también divertida.

—¿Qué club?

—El de las mujeres enamoradas de una Morley —responde con tranquilidad—. Puede ser terrible, pero tiene sus buenos momentos.

Grace coge una servilleta y se la lanza. Natalie la coge al vuelo mientras le sonríe y Julia las mira a las dos riéndose con fuerza. Es

una risa tranquila que le nace de dentro, de un sitio que antes estaba ocupado por demasiadas cosas que la consumían y que ahora se ha quedado vacío, dejando que se sienta ligera por primera vez en meses.

Se va pasadas las diez. Grace la abraza en la puerta con fuerza y Julia baja las escaleras con una sonrisa que no esperaba tener cuando ha salido de su casa esta tarde. Cuando llega al coche, sus labios todavía permanecen estirados y su mirada brilla con intensidad cuando se mira en el espejo retrovisor.

No ha decidido nada todavía. No sabe qué va a hacer ni cuándo ni cómo, tampoco si el perdón que empieza a sentir que es posible va a traducirse en algo concreto o si la distancia que ha mantenido es la correcta y debe seguir manteniéndola. No sabe ninguna de esas cosas, pero ha dicho en voz alta que sigue enamorada de Eleanor Morley y su mundo no se ha detenido. Seguirá girando, aunque ella quiera a esa mujer, y por primera vez desde que Eleanor volvió, Julia tiene ganas de verla, y no precisamente para gritarle.

Capítulo 28

Son las cinco y cuarto de la tarde cuando a Julia le llega el correo de Hale. Lo lee dos veces en su móvil, de pie junto a su mesa con el bolso colgado al hombro porque estaba a punto de salir. Una frase y media para decirle que la documentación presentada cumple los criterios del plan estratégico y que el seminario de pensamiento crítico legal queda aprobado para el curso siguiente.

Julia quiere saltar de alegría y siente cómo ese nudo tenso que tenía instalado en el pecho por culpa de este tema se afloja de golpe, haciéndole sentir cosquillas. Nerviosa por la euforia, deja el móvil sobre la mesa y de inmediato vuelve a cogerlo. Piensa en llamar a Nora para contárselo y poder compartir esto con alguien; después piensa también en Grace y en Natalie, y en un montón de cosas sin sentido durante los siguientes treinta segundos, pero lo que piensa por encima de todo y no puede sacárselo de la cabeza a pesar de que lo intenta es que la persona a quien más le apetece decírselo es a Eleanor.

Eso le molesta, y Julia se guarda el móvil y sale del despacho para dirigirse al aparcamiento. Desbloquea el coche, abre la puerta y, cuando está a punto de subirse, la ve. Eleanor está tres filas más allá, de espaldas, abriendo la puerta trasera de su vehículo para dejar el bolso y el maletín. Lleva un traje chaqueta y el pelo recogido en un

moño suelto, y no ha visto a Julia porque está mirando hacia el otro lado.

La profesora debería subirse al coche y marcharse, pero se queda quieta y espera mientras la sigue mirando. Eleanor cierra el maletero, rodea el coche, abre la puerta del conductor y se sienta. Julia ve encenderse las luces traseras. Y entonces, como si su cuerpo actuara sin obedecer a su cerebro, se sube a su coche, arranca y sale del aparcamiento dos coches por detrás de Eleanor.

Durante cuatro minutos y tres semáforos, Julia conduce detrás del coche de Eleanor diciéndose que en el siguiente cruce va a girar en la dirección contraria, pero nunca lo hace.

Eleanor la ve en el retrovisor en el segundo semáforo. Al principio no está segura porque tienen un coche entre las dos, pero su corazón ya está desbocado y toda su atención puesta en ese coche gris hasta que el que las separa se desvía. Cuando Eleanor se detiene en el siguiente semáforo, reconoce a Julia a través del cristal y, aun así, también mira la matrícula para asegurarse, porque Eleanor la tiene memorizada, igual que su número de teléfono, su fecha de nacimiento y la dirección de su apartamento, al que podría llegar con los ojos cerrados.

Aprieta el volante con fuerza y mira al frente; el semáforo sigue en rojo y vuelve a mirar por el retrovisor para confirmarse de que no está alucinando: Julia sigue ahí, con las dos manos en el volante y la mirada fija en su coche.

Eleanor no puede decir con seguridad que Julia la sigue, aunque la lleve detrás y esté conduciendo en dirección contraria a su apartamento, pero la sola idea de que sea así la pone tan nerviosa que casi se salta el siguiente semáforo.

Durante el resto del trayecto, la exrectora conduce con la mitad de la atención en la carretera y la otra mitad en el retrovisor, donde el vehículo gris de Julia sigue apareciendo en cada recta. Cuando al fin gira hacia su calle, la profesora también lo hace, y ella apenas puede respirar de la tensión que siente en el estómago. Estaciona frente a su casa y sale del coche mientras Julia termina de aparcar detrás de ella y sale del suyo, y empieza a caminar muy despacio hasta la entrada para dejar que la profesora de ojos color miel la alcance.

—¿Puedo pasar? —pregunta Julia cuando llega a su lado.

Eleanor, aturdida, asiente.

—Claro.

La exrectora busca las llaves en el bolso con extrema concentración, y Julia sonríe sin que la vea cuando se da cuenta de cómo le tiemblan las manos mientras intenta introducir la llave en la cerradura, fallando en el primer intento y en el segundo, hasta que al tercero lo logra y abre la puerta.

Julia siente una oleada profunda de nostalgia cuando entra. Todo está exactamente igual que como lo recordaba, y el olor al ambientador que siempre utiliza Eleanor casi la hace llorar de emoción cuando siente que está retrocediendo en el tiempo, a todos esos momentos perfectos que vivió aquí con ella.

—Siéntate, o lo que tú prefieras —dice Eleanor, dejando su bolso —. ¿Quieres algo de beber?

—Agua está bien.

Eleanor asiente y va directamente a la cocina, aliviada de que Julia le haya pedido algo, porque tiene la boca seca y necesita beber. Regresa un minuto después y deja el vaso en la mesa baja frente al sofá, donde Julia la espera sentada. Eleanor se sienta a su lado, aunque dejando un poco de espacio entre las dos.

—Estoy lista para escucharte —dice Julia.

Eleanor la mira y no dice nada durante unos segundos, porque todavía está procesando que ella esté en su casa y necesita tiempo para que su mente se ordene.

—Tuve miedo —dice Eleanor al fin—. De lo que sentía por ti y de lo que eso significaba para mí.

—¿Y qué significaba?

Eleanor se mira las manos como cuando estaba en la consulta de la doctora Lamond.

—Que te necesitaba —confiesa, y la mira—. Y que no sabía cómo hacer eso sin el cargo. Cuando era rectora, sabía quién era en cualquier sala. Tenía un lugar claro y una función específica. Contigo era la primera vez en treinta años que no necesitaba nada de eso para sentir que merecía estar donde estaba —hace una pausa—. Y eso me aterraba más que cualquier otra cosa.

Julia escucha sin interrumpir.

—Crecí creyendo que el amor se gana siendo excepcional —sigue Eleanor, explicando algo que aprendió hace poco y que todavía no tiene asimilado del todo—. Mi padre no conocía otra forma. Y cuando el cargo desapareció, la parte de mí que él construyó dijo que ya no

tenía nada que ofrecerte. Que eras demasiado brillante y joven, y que antes o después ibas a darte cuenta.

—¿Y por eso dejaste de comunicarte conmigo?

—Sí —admite Eleanor—. Me fui porque necesitaba un mes conmigo misma, y no volví porque el silencio me parecía más fácil que llamarte y no saber qué decirte cuando me preguntaras quién era yo sin ese despacho.

Julia mira el vaso de agua.

—Podrías haberme preguntado a mí —dice Julia—. Yo te habría respondido.

—Lo sé —dice Eleanor—. Ahora lo sé, pero entonces no, y el miedo me dejó paralizada.

—¿Me sigues queriendo? —pregunta Julia sin rodeos, mordiéndose los labios mientras espera que la respuesta sea positiva.

—Claro que te quiero —Eleanor no duda—. Estos meses sin ti han sido los peores de mi vida, y sé que eso no justifica lo que te hice, pero volver y verte todos los días es un regalo y una tortura al mismo tiempo —hace una pausa para beber—. Nora Walsh me parece la persona más irritantemente encantadora del mundo, y cada vez que os veo juntas quiero morirme.

Julia levanta las cejas ante el último comentario, que Eleanor ha soltado con una sinceridad abrumadora, y de pronto se ríe. Es una risa corta, involuntaria, que le sale antes de que pueda detenerla, y Eleanor la mira con las mejillas rojas, algo que Julia no recuerda haber visto antes y le parece encantador en una mujer como ella.

—¿Es esa tu manera de decirme que estás celosa?

—Muy celosa —asiente Eleanor, sin apartar sus ojos verdes de Julia.

La distancia entre ellas parece haber cambiado sin que ninguna se haya movido. Julia levanta la mano y le pone la palma en la mejilla a Eleanor, despacio, dándole tiempo a apartarse, aunque sabe que no va a hacerlo. La exrectora no se mueve; está congelada con los ojos fijos en los de Julia y los labios entreabiertos.

Julia se inclina un poco más y la besa. Lo hace despacio, con la mano todavía en su mejilla, sin que se parezca en nada a ese beso espontáneo y furioso que le dio en el baño. En este momento es muy consciente de lo que está haciendo porque no es un acto impulsivo, y se convierte en algo más húmedo cuando Eleanor reacciona tras unos segundos de parálisis. Julia siente la boca de Eleanor

abriéndose bajo la suya y la invade un calor por todo el cuerpo que no había sentido desde hacía demasiado, algo que es una mezcla de alivio y deseo, la nostalgia de los meses anteriores a su viaje y el recuerdo amargo de los meses de silencio.

Eleanor le pone una mano en la cintura porque necesita tocarla; lo hace con firmeza y la profesora siente que le cosquillea toda la zona que cubre, pero sabe lo que vendrá después si no la detiene, y Julia necesita que esto sea más lento, así que rompe el beso y se separa un poco, aunque no ha quitado la mano de su cara.

—Todavía no, Eleanor —susurra, y suspira de forma temblorosa.

La mano de Eleanor no se aparta de inmediato; lo hace un par de segundos después porque le cuesta horrores alejarse de ella, pero está dispuesta a cualquier cosa para que Julia se sienta cómoda, así que afloja los dedos y retira la mano.

—De acuerdo —dice en voz baja, y Julia se aparta un poco más y le sonríe.

Se levantan del sofá al mismo tiempo, como si ambas supieran que es el momento de que Julia se marche sin necesidad de decirlo. Eleanor la acompaña hasta la puerta y la abre cuando Julia coge su bolso, pero antes de cruzar el umbral, la profesora se gira.

—Hale ha aprobado el seminario —dice, y levanta las cejas sin poder evitar que su sonrisa se tuerza mostrando su satisfacción.

Eleanor suelta un suspiro por la nariz y acaba sonriendo del mismo modo que Julia, mientras contiene las ganas de dar un paso y abrazarla.

—No esperaba menos. Lo contrario habría puesto en entredicho su capacidad como rectora —dice Eleanor.

Julia suelta una carcajada que hace que su cuerpo entero tiemble, y Eleanor siente que esta es la risa de la verdadera Julia, la que le sale de dentro cuando se divierte o es feliz, la que hasta ahora solo podía arrancarle Nora mientras ella miraba; pero ella también lo ha conseguido, y quiere darse un cabezazo contra la pared de pura felicidad cuando se da cuenta de que ya no va en desventaja con Nora, sino que se ha puesto un paso por delante.

—Buenas noches, Eleanor —dice Julia, todavía divertida por la respuesta de la mujer, tan típica de ella, que tanto echaba de menos.

—Buenas noches, Julia.

Eleanor cierra la puerta y Julia camina hasta su coche y apoya la frente en el volante cuando se sienta, sintiendo el calor de los labios

de Eleanor sobre los suyos y estremecida cuando recuerda la sensación de su lengua dentro de la boca.

La exrectora se sienta en el sofá, con las manos en el regazo mientras se las mira durante un momento, como si no las reconociera del todo porque todavía le tiemblan.

Todavía no.

Eleanor piensa en ello y sonríe, porque no es un no, y eso significa que Julia todavía la quiere.

Capítulo 29

—¿Se ha tragado las monedas? —pregunta Nora, apareciendo al lado de Eleanor cuando esta está parada frente a la máquina de café.

La exrectora mira un momento a la pelirroja y después a la máquina, para comprobar que su café ya ha salido y que esa ha sido la manera sutil de Nora para decirle que se ha distraído, que coja su café y se aparte del medio.

—Lo siento —dice Eleanor, cogiendo su vaso.

Nora sonríe y aprieta el botón, y Eleanor se fija en que no ha sacado lo que le gusta a Julia, pero la profesora todavía no ha llegado, así que probablemente le sacará un café después y ella no podrá evitar que la consuman los celos.

Hay poca gente en la sala de profesores a esta hora; es miércoles a las ocho y cuarto de la mañana y quedan veinte minutos para la reunión interdepartamental que las dos tienen en el mismo edificio y que Eleanor supone que es el motivo por el que Nora está aquí también.

—¿Cómo va el semestre? —pregunta Nora, con esa naturalidad suya que Eleanor ha aprendido a interpretar como sincera, aunque al principio le parecía excesiva.

—Bien —dice Eleanor—. Mejor de lo esperado.

—Algunos alumnos están eufóricos con tus clases —dice Nora.

Eleanor no sabe qué decir, pero se siente halagada y sabe que Nora no lo dice para caerle bien, lo dice porque es cierto. Eleanor ha

empezado a disfrutar de sus clases y, con ello, deja salir todo su potencial, y algunos alumnos están alucinados.

—Supongo.

—Ya… oye —dice Nora, y Eleanor frunce el ceño, porque por su tono intuye que ahora no van a hablar de ningún alumno.

—Dime.

Nora coge su café, le da un sorbo y lo deja sobre la mesa, metiendo las manos bajo las axilas cuando se acerca un poco más a la exrectora.

—No sé los detalles —empieza a decir, mirando a Eleanor a los ojos—. Y no necesito saberlos, pero sé que entre tú y Julia hay algo que no ha terminado.

Eleanor no responde porque no está segura de qué hacer. Por un momento, ha sentido pánico al ver expuesta su condición sexual, algo que la habría alterado mucho hace un año, pero que ahora se le pasa de inmediato cuando descubre que no le importa. Le da igual quién se entere; como mucho, dará parte de su relación al consejo —en caso de haberla— y seguirá con su vida sin preocuparse de lo que piensen los demás.

Mira a Nora fijamente, porque una cosa es lo que ella pueda sentir y otra que esta mujer se meta en su vida. Su instinto le dice que la mande a paseo y le diga que se ocupe de sus asuntos, pero, por otro lado, Nora es amiga de Julia, y si Julia ha confiado en ella y la pelirroja quiere protegerla, Eleanor escuchará lo que tenga que decir.

—Julia es mi amiga —sigue Nora, con un tono tranquilo, sin reclamar nada—. Y quiero que sea feliz. Si eso es contigo, genial —hace una pausa, y Eleanor sopla su café mientras la escucha—, pero no la hagas esperar más de lo que ya la has hecho esperar, Eleanor. Porque la próxima vez podría no estar ahí.

El café está demasiado caliente y Eleanor lo sujeta con las dos manos de todas formas, porque necesita hacer algo con ellas mientras procesa que Nora Walsh le está diciendo esto. La reacción que habría tenido hace seis meses sería la sequedad absoluta. Alguna respuesta que cerrara la conversación con suficiente cortesía —o ninguna— pero con frialdad para que no volviera a abrirla.

Tampoco es la reacción que tiene ahora.

—Tienes razón —dice Eleanor.

Nora la mira, sorprendida.

—Y te agradezco que la hayas cuidado cuando yo no supe hacerlo —sigue la exrectora—. No era tu responsabilidad y lo hiciste de todas formas.

Nora tarda un momento en responder, como si la respuesta de Eleanor fuera diferente a la que esperaba y necesitara un segundo para procesarla.

—Para eso estamos las amigas —dice al fin, con una pequeña sonrisa—. Las que somos solo amigas, digo.

El lado derecho de la boca de Eleanor se curva hacia arriba a pesar de que no quiere sonreír, pero, como le dijo a Julia anoche, Nora Walsh es irritantemente encantadora.

—Me alegro de que Julia te haya conocido —dice Eleanor.

Nora baja la mirada una fracción de segundo antes de volver a subirla, pero a Eleanor le basta con ese gesto de derrota para confirmar que a Nora le gustaría ser algo más que una amiga para Julia.

—Gracias —dice Nora.

—¿Me tengo que preocupar por ti? —pregunta Eleanor con calma.

Intenta no utilizar el tono amenazante ni la mirada intimidante que habría empleado hace unos meses, pero no lo consigue, porque ella es Eleanor Morley y hay cosas que no puede cambiar.

Nora la mira directamente a los ojos y esboza una ligera sonrisa, porque sabe quién es esta mujer y la reputación que tiene, pero a ella no le da miedo.

—No. Puedes estar tranquila. No me interesa perseguir a alguien que está enamorada de otra persona; creo que me merezco a alguien que me mire como Julia te mira a ti.

Eleanor no sabe qué decir; incluso siente lástima por ella, a pesar de que en algún momento ha llegado a odiarla.

—No dudo de que sea así —dice Eleanor—. Espero que encuentres a esa persona.

Nora se ríe y asiente, con esa risa fácil que Eleanor lleva semanas viendo desde lejos y que de cerca le parece cálida y no una amenaza.

—Hola —Julia entra en la sala y Eleanor se gira y le hace un gesto a modo de saludo.

Por un momento, llega a temer que la profesora haya cambiado de opinión respecto a ellas, pero cuando Nora la saluda, Julia se acerca a ambas y no hay ni rastro de la frialdad ni de la incomodidad que sentía en presencia de Eleanor.

—¿Café solo? —pregunta Nora por costumbre.

—Sí, por favor —dice Julia, y levanta una ceja cuando mira a Eleanor.

Ella da un sorbo a su café y la mira por encima del vaso con esos ojos verdes en los que Julia suele perderse.

—El de esta máquina no está tan caliente como te gusta —apunta Eleanor.

Julia se ríe. Le gusta que Eleanor esté celosa de Nora, aunque sepa que entre ellas no hay nada, porque eso es una prueba más de que la sigue queriendo.

—Puedo calentártelo en el microondas —dice Nora, más por provocar un poco a la exrectora que porque pretenda hacerlo.

—No es necesario, gracias —dice Julia, y ella y Nora se ríen con complicidad mientras Eleanor resopla.

La reunión empieza con cinco minutos de retraso porque Vancy no encuentra el orden del día. Julia y Nora se han sentado en la primera fila y Eleanor en la segunda, con el café ya tibio y la cabeza en otro sitio.

No está pensando en Nora, sino en lo que esa mujer pelirroja le ha dicho.

No la hagas esperar más de lo que ya la has hecho esperar.

Nora lo ha dicho sin resentimiento, y Eleanor piensa que Julia tiene razón en querer a esta mujer, aunque no sea de la manera que Nora habría querido. Vancy encuentra el orden del día y Eleanor mira la primera página sin leerla.

Lleva semanas viendo a Nora como un problema. Una amenaza y la alternativa más cómoda, porque Eleanor nunca ha sido la opción fácil y probablemente no va a aprender a serlo a los cincuenta y un años. La profesora pelirroja sabe cómo toma el café Julia, está disponible y no arrastra el historial que carga ella, pero Nora acaba de decirle que cuide a Julia, y no lo ha hecho porque le sobre la generosidad ni porque sea una mártir. Lo ha hecho porque es el tipo de persona que es, alguien que quiere a sus amigas y actúa en consecuencia, aunque el resultado no le favorezca.

Incluso ahora, viéndola sentada al lado de la mujer a la que Eleanor quiere, entiende que Nora Walsh no es el problema y nunca lo ha sido. El problema siempre ha estado en el mismo sitio, en el interior de Eleanor, en la voz que le dice que no es suficiente, que el

amor hay que ganárselo, que desaparecer es más seguro que quedarse y descubrir que la quieren como es.

Vancy empieza a hablar del primer punto del orden del día, pero Eleanor lo escucha de fondo mientras piensa en Julia y en el giro que dio todo la noche anterior.

No tiene que competir con Nora. No tiene que ser mejor ni más sencilla ni llegar antes. Solo tiene que ser la persona que está aprendiendo a ser, la que va a terapia los martes y deja artículos en casilleros sin pedir nada a cambio, y la que esperará lo que haga falta hasta que Julia esté segura de que no volverá a desaparecer.

La reunión termina cuarenta minutos después y la gente sale en grupos hacia el pasillo. Nora pasa junto a Eleanor con el portátil bajo el brazo y le hace un gesto con la cabeza a modo de despedida. Eleanor le devuelve el gesto y la pelirroja desaparece por el pasillo. Ella se queda un momento en la sala mientras los últimos profesores salen, con el vaso de café vacío en la mano y la tentación de acercarse a Julia y preguntarle si le apetece comer con ella después, pero se recuerda que el ritmo debe ser el de Julia y no el suyo, aunque se muera de ganas de pasar tiempo con ella.

Capítulo 30

—Tienes mala cara —dice Axel, uno de sus alumnos, cuando Julia entra en el aula el lunes.

—Gracias, Axel —dice ella, dejando unos papeles sobre la mesa—. Siempre es un placer.

Él se encoge de hombros con la despreocupación de los alumnos de veinte años que todavía no han aprendido que hay comentarios que es mejor guardarse, y Julia no se molesta porque en el fondo sabe que Axel tiene razón: no ha dormido bien en todo el fin de semana y se le nota en las ojeras.

No es que le pase algo malo; lo que le pasa se llama Eleanor Morley y las ganas que tiene de despertarse junto a ella.

Esta mañana ha salido de su apartamento con tiempo. No suele hacerlo —salvo cuando se quedaba a dormir con Eleanor y ella la despertaba demasiado temprano porque se ponía nerviosa con los retrasos— porque ella funciona mejor cuando no tiene mucho margen, ya que eso la obliga a no entretenerse, pero esta mañana se ha despertado antes de que sonara el despertador y, después de veinte minutos mirando el techo, ha decidido que quedarse en la cama no iba a resolver nada.

Ha llegado al campus temprano, cuando había poca gente y la brisa de finales de abril resultaba incluso agradable. Iba caminando mientras pensaba en sus cosas cuando —como empieza a ser costumbre— la ha visto. Eleanor estaba cruzando el paseo central

con el bolso colgado al hombro y el maletín en la mano, y Julia se ha detenido en seco porque no podía mirar donde ponía los pies y a la exrectora al mismo tiempo.

No era la Eleanor de enero. La de enero caminaba con esa tensión de quien está en un sitio donde no sabe si tiene derecho a estar, con los hombros ligeramente subidos y la mirada clavada al frente con demasiada concentración, como si mirar a los lados fuera un lujo que no se podía permitir. Tenía la misma tensión que cuando era rectora, pero al revés: en lugar de la rigidez del poder era la rigidez de quien lo ha perdido y todavía no sabe cómo moverse sin él.

Esta Eleanor de ahora camina diferente. Los hombros relajados, el paso tranquilo, sin prisa y sin la sensación de que tiene que llegar a algún sitio antes de que alguien se dé cuenta de que está ahí. La ha visto parar un momento para saludar a un alumno que se ha cruzado con ella y decir algo que Julia no ha podido escuchar, pero el alumno se ha reído y Julia ha levantado las cejas, también divertida, porque sabía que Eleanor no había hecho un chiste, pero probablemente había dicho algo con ese humor ácido que a ella tanto le gusta.

Eleanor no la ha visto a ella y Julia la ha seguido con la mirada hasta que ha desaparecido en el interior del edificio.

Eleanor se ha quedado. No solo físicamente —que también— sino de la otra manera, la que a Julia le importa. Ha dejado de caminar como alguien que espera a que le digan que tiene derecho a estar aquí. Camina por el campus como alguien que ha decidido que este es su sitio, no porque tenga un cargo que lo justifique sino porque lo ha elegido ella.

Lleva semanas observando a esa mujer, esperando una señal que le indique que Eleanor volverá a fallarle, pero Eleanor no le ha dado ninguna. Ha estado ahí todos los días, sin hacer ningún drama y sin expectativas, y Julia ha llegado a un punto en el que empieza a sentirse cobarde por estar esperando a que Eleanor falle.

“No tienes que decidir nada ahora. Solo tienes que saber si estás dispuesta a perdonarla”.

Piensa en las palabras de Grace y se da cuenta de que ya la ha perdonado. No lo decidió en un momento concreto ni hubo un instante en el que algo encajara como si fuera una pieza de un rompecabezas que le faltaba. Fue pasando despacio, con los gestos de Eleanor dejándole cosas en el casillero en lugar de aprovechar la excusa para ir a su despacho, quedándose callada en la reunión

cuando podría haber hablado, y Julia se da cuenta de que toda esa rabia que sentía ya no está. Una parte se esfumó cuando le dijo a Eleanor todo lo que tenía que decirle, y la otra, hace una semana, cuando Eleanor le explicó sus motivos y fue sincera con ella, abriéndose en canal para hablarle de sus miedos.

Lo que ha visto en estos meses es a una mujer aprendiendo —con torpeza y con miedo— a ser diferente. No una mujer perfecta, sino Eleanor intentándolo, sin garantías, con las manos temblándole cuando abre la puerta de su casa junto a Julia o aceptando que no pueden tener más que aquel beso.

Eso es lo que Julia necesitaba ver: que Eleanor no ha dejado de tener miedo, pero sí ha aprendido a no obedecerlo. La profesora ha sonreído al ser consciente de todo eso y ha reanudado la marcha para entrar en el edificio y subir a su despacho antes de la clase. Ha dejado el bolso en un cajón y se ha sentado, mirando al techo mientras seguía pensando en todo.

Se ha trasladado al mes de enero, cuando Eleanor volvió y Julia se prometió que no iba a romperse, que iba a mantener la distancia, que dos meses de silencio eran dos meses diciéndole «no me importas lo suficiente» y eso no se borra con bibliografía ni con saludos en la sala de profesores. Lo pensó y lo creyó, y sigue siendo verdad.

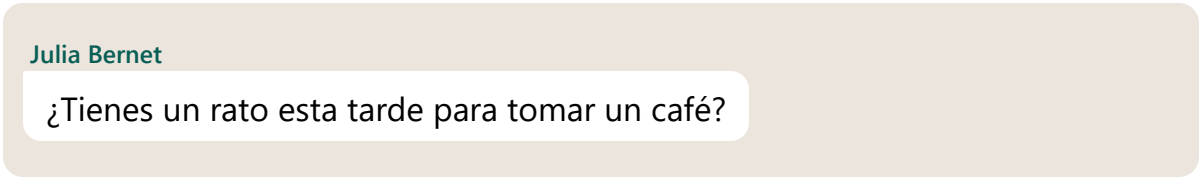
Pero también es verdad que Julia lleva semanas pensando en Eleanor con una frecuencia que ya no puede justificar con la rabia. Pensaba en el beso del baño, en sus propias manos en las solapas de Eleanor y en ese gemido ronco que lleva meses instalado en algún sitio dentro de su pecho. Pensaba en el sofá de Eleanor y en cómo la mujer aflojó los dedos en su cintura cuando Julia dijo que todavía no podía avanzar, sin presionar y sin alejarse, aceptando esperar.

Pensaba también en la playa y en la foto que tiene en el teléfono con Eleanor sujetando los zapatos en la mano mientras miraba el agua.

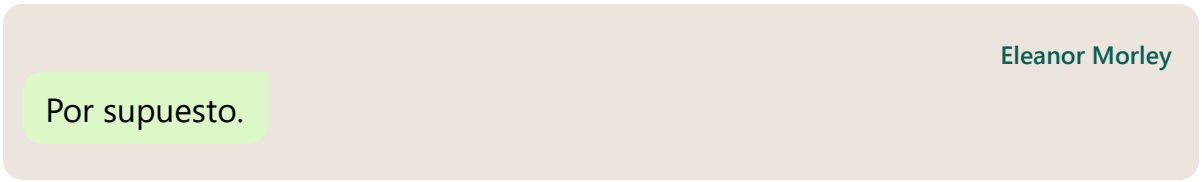
Julia ha cogido su teléfono y no ha dudado, porque ella no es una mujer que dé vueltas a las cosas que no lo necesitan. Es una persona que analiza, decide y actúa, y lleva semanas dándole vueltas a algo que en realidad ya ha decidido, y el único motivo por el que no ha actuado es el miedo, que es exactamente lo que le ha reprochado a Eleanor durante meses.

Eso le parece suficientemente irónico como para que sea la señal que necesitaba, así que ha entrado en el chat de Eleanor, cuyos

últimos mensajes solo hablan de temas laborales como el informe de Hale, y Julia ha decidido que era hora de hablar de otras cosas.



Lo ha leído una sola vez y lo ha enviado sin dudar. Después ha dejado el teléfono sobre la mesa y se ha dispuesto a abrir el portátil para acceder al material de su siguiente clase, pero antes de lograrlo su móvil ha vibrado.



Julia sonríe cuando lee las dos palabras y sigue con su tarea antes de levantarse y dirigirse hacia el aula.

Capítulo 31

—He pasado por aquí alguna vez —dice Julia, mirando el interior de la cafetería cuando acceden a ella—. Nunca había entrado.

—Yo tampoco —dice Eleanor.

Se sientan en una mesa del fondo, la que tiene la pared a un lado con una ventana enorme, y la camarera les da una carta que ninguna de las dos mira porque ya saben lo que quieren.

—Dos cafés solos —dice Eleanor.

Julia entorna la mirada.

—¿No me preguntas cómo lo quiero? —dice con sorna.

—Sé cómo lo quieres —espeta Eleanor, apretando la mandíbula.

Julia sonríe y se recuesta en la silla.

Los cafés llegan enseguida, pero ninguna toca el suyo y hay un momento de silencio que no es incómodo, sino del tipo que existe cuando dos personas tienen mucho que decir y están decidiendo por dónde empezar.

—Cuéntame algo del viaje —pide Julia—. No los motivos por los que te fuiste y no volviste, eso ya lo sé —aclara, porque necesita que Eleanor entienda que no está aquí para pedirle que siga justificándose—. Cuéntame algo que recuerdes.

Eleanor mira su taza durante varios segundos.

—Venecia —dice al fin—. Fui en octubre. Ya hacía frío y había poca gente, y los canales me parecieron preciosos al atardecer. Estuve dos

días paseando por allí por la tarde hasta que me sentaba en algún bar sin hacer nada más que mirar.

—¿Y? —pregunta Julia, que se da cuenta de que quiere conocer cada detalle del viaje de Eleanor.

—Y pensé que habrías querido recorrer los canales en barca —dice Eleanor, sorprendiéndola—. Que habrías insistido en hacer el recorrido turístico, aunque a mí me pareciera excesivo, y que al final habrías tenido razón.

—¿No recorriste los canales? —pregunta Julia.

—No.

Julia parpadea, sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque a mí subirme en una barca no me llama la atención, pero lo habría hecho si hubieras estado allí —responde Eleanor.

Julia no dice nada mientras asimila lo que le dice, y Eleanor se siente por un momento como en las sesiones donde Lamond se queda callada a propósito.

—En Londres encontré una librería de segunda mano cerca del hotel donde me alojaba. Tenían una primera edición de Atwood, estaba en buen estado y me acordé de ti —Eleanor coge la taza por fin —. Lo tuve en la mano durante diez minutos hasta que lo compré.

—¿Para mí? —Julia levanta las cejas.

—Claro.

—¿Por qué no me has dado ese libro entonces?

—Porque no sabía si tenía derecho a hacerlo y me daba miedo que lo tirases a la basura por despecho; me costó veinte libras.

Julia asiente y mira hacia la ventana un momento.

—Cuando volviste no tenías derecho a nada, pero ahora quizá sí —dice al fin.

Eleanor sonríe y toma un sorbo de café.

—Cuéntame más —pide Julia.

La exrectora se toma unos segundos más para pensar.

—Las noches eran lo peor —dice de pronto—. Me acostumbraba a los hoteles, al ruido diferente y a las almohadas, pero había un lado de la cama que siempre estaba vacío y me costaba mucho conciliar el sueño sabiendo que a lo mejor se quedaría así para siempre.

A Julia le entran ganas de cogerla por las solapas de la camisa y zarandearla cuando comprende que Eleanor no hizo otra cosa que pensar en ella durante todo ese viaje, sin atreverse a llamarla y

contarle lo que de verdad le preocupaba, pero también la conoce y entiende que, en ese momento, ni siquiera ella era capaz de identificar la razón de su miedo, así que no podía decirle nada.

Julia da un sorbo al café, lo deja sobre la mesa y mira a Eleanor.

—Las primeras semanas —empieza a explicar—, me levantaba y miraba el teléfono antes de hacer nada. Apenas podía abrir los ojos y encendía la pantalla para ver si había algo —hace una pausa cuando ve que Eleanor coge una servilleta de papel y empieza a doblarla en varias partes, nerviosa—. No había nada nunca, pero seguí haciéndolo durante semanas porque supongo que esperaba que en algún momento te pronunciases.

La exrectora no dice nada porque no hay nada que pueda decirle que repare el daño que le hizo su silencio.

—Nora comenzó a estar más presente, o yo la empecé a ver más —sigue Julia—. No me curó ni me hizo olvidarte, pero me recordó que podía estar bien. Que podía reírme, tomar cervezas, hablar de trabajo y no estar pensando en ti cada minuto.

—Me alegro de que estuviera a tu lado —dice Eleanor.

—Lo sé —dice Julia, mirando su taza—. Lo que quiero que entiendas es que no quiero volver a esperar, Eleanor. No puedo ni quiero volver a pasar por lo mismo.

Eleanor la mira a los ojos.

—No voy a hacerte esperar —asegura convencida—. Estoy aquí y no pienso desaparecer, Julia, te lo prometo.

Julia la mira fijamente, perdiéndose en esos ojos verdes que a veces logran sacarla de quicio y otras —como ahora— la calman de un modo que le cuesta comprender.

—Lo sé —dice al fin, con la voz casi convertida en un susurro—. Por eso estoy aquí.

Se quedan allí durante casi dos horas y en ningún momento se menciona el trabajo o algo que no tenga que ver con ellas. Hablan de cosas que llevan tiempo sin poder decirse, de lo que fueron esos meses de viaje para Eleanor más allá de la huida y de lo que fue ese mismo tiempo para Julia más allá del dolor.

Después Eleanor le cuenta que en Berlín asistió a una conferencia sobre derecho constitucional comparado y que por primera vez en años escuchó a otros académicos sin estar pensando en cómo podía usar lo que decían para su trabajo, simplemente lo disfrutó. Julia le cuenta que cuando Hale amenazó su seminario, hubo una tarde en

que estuvo a punto de mandarlo todo a la mierda y buscar algo en el sector privado, y que fue pensar en sus alumnos lo que la hizo no hacerlo.

Mientras hablaba, Julia ha girado un poco la silla y tiene los codos sobre la mesa, y en algún momento ha cruzado los brazos sobre la madera y está más cerca de Eleanor de lo que estaba hace veinte minutos. La exrectora habla de algo, de una tarde en Chicago con lluvia y un museo que estaba cerrado y, mientras sigue explicando, extiende la mano sobre la mesa sin ser consciente de ello y sus dedos rozan los de Julia.

Las dos se quedan quietas. No es como el roce involuntario del despacho que hizo que las dos se apartaran como si la mano de la otra fuera una piraña a punto de morderla. Es un roce que no les molesta y que Julia mira durante un segundo antes de volver a enfocar a Eleanor sin que ninguna retire la mano.

—¿Qué decías del museo? —pregunta Julia.

Eleanor parpadea y levanta la mirada, tratando de no suspirar de placer ante la corriente que se expande por su cuerpo con el roce de Julia.

—Estaba cerrado —confirma Eleanor, sin mover la mano.

Julia tampoco mueve la suya y Eleanor sigue hablando del museo, de lo que hizo en lugar de visitarlo, que fue sentarse en los escalones de la entrada y quedarse allí una hora sin hacer nada. Mientras explica, sus ojos no se apartan de Julia porque le resulta imposible no mirarla.

La profesora levanta la mano libre y le aparta un mechón de pelo de la cara a Eleanor. Lo hace despacio, rozándole la sien con las uñas antes de arrastrar el mechón detrás de la oreja. Eleanor deja de hablar en mitad de una frase y las dos se quedan quietas mientras la distancia entre ellas se reduce, hasta que Julia se inclina sobre la mesa, le pone una mano detrás de la nuca y la besa.

Es un beso corto, pero potente, cuyo chasquido resuena en la cafetería y deja a Eleanor ligeramente inclinada hacia delante, con los ojos muy abiertos y una sonrisa estúpida en la cara.

—Perdona —dice Julia, mirando a un lado y a otro—. Me he olvidado de que no quieres que te vean todavía.

—Eso era antes; ahora me da igual —sentencia Eleanor.

Julia levanta las cejas y su comisura izquierda empieza a levantarse con una sonrisa torcida.

—¿Te da igual? —pregunta para confirmar.

—Bueno, tampoco me gustaría que nos detuvieran por escándalo público, pero no me importa que me vean contigo si es lo que preguntas, ni besándome ni de la mano ni como te apetezca que estemos.

—Vaya —dice Julia, realmente impresionada.

—Ya... —Eleanor coge la servilleta otra vez, la desdobla y comienza a doblarla.

Julia se ríe sin poder evitarlo, porque las mejillas de Eleanor están rojas y está casi segura de que nunca la ha visto así antes de que regresara del viaje, y esta es la segunda vez desde entonces.

Cuando pagan, caminan hacia el aparcamiento sin hablar, una pegada a la otra mientras Julia piensa que el único sitio donde había caminado junto a Eleanor era la playa, y la sensación de poder estar con ella en cualquier parte hace que le burbujee algo por el pecho.

Se paran junto al coche de Julia que, casualmente, está frente al de Eleanor en medio de ese aparcamiento que está casi vacío.

—No sé cómo hacer esto despacio —dice Julia de pronto.

Eleanor respira con brusquedad antes de responder.

—No tenemos que hacerlo despacio —asegura convencida—. Solo tenemos que hacerlo bien; yo tengo que hacerlo bien.

Julia asiente de forma lenta y Eleanor da un paso hacia ella porque siente que la profesora de ojos color ámbar ya no necesita mantener la distancia con ella.

—¿Te puedo besar yo ahora? —pregunta, y a Julia se le escapa un suspiro entrecortado cuando afirma moviendo la cabeza.

El beso es una mezcla entre la fogosidad del baño y la ternura del sofá, y Julia siente que se deshace cuando nota la lengua de Eleanor entrando despacio en su boca. El beso sabe a ese miedo que la exrectora ha aprendido a no obedecer y a la rabia de Julia, que se ha disipado y se ha convertido solo en necesidad. Pone una mano en el centro del pecho de Eleanor porque quiere sentir sus latidos y, cuando se separa, tiene los ojos húmedos y brillantes.

Eleanor la mira, le pasa los pulgares por debajo de los ojos y se inclina y la besa muy cerca de la oreja.

—Lo siento muchísimo —susurra, y Julia se estremece—. Creo que nunca podré decírtelo lo suficiente.

La profesora se sorbe los mocos y Eleanor vuelve a pasarle los dedos para limpiar un par de lágrimas que acaban de caer.

—Te he perdonado, así que no quiero que vuelvas a disculparte —dice Julia, cogiéndole una de las manos.

—¿Y qué quieres entonces? —pregunta Eleanor, sin dejar de mirarla.

—Ir a tu casa, ¿crees que sería posible?

La respuesta de Eleanor es sacar las llaves del coche y desbloquearlo de inmediato.

Capítulo 32

—¿Quieres algo de beber? —pregunta Eleanor cuando entran.

—No —responde Julia, dejando el bolso en la entrada.

Eleanor deja las llaves en el cuenco de siempre y se gira. Julia está a un metro de ella y las dos se miran en silencio mientras la profesora deja que parte de los recuerdos que tiene en esta casa la sigan invadiendo. Ninguna de las dos se mueve al principio; sin embargo, se miran fijamente porque son muy conscientes de lo que va a pasar si alguna se atreve a dar el paso.

No es algo visible desde fuera, pero Eleanor está temblando por dentro porque tiene a Julia ahí, mirándola con esos ojos color miel y una diminuta sonrisa en los labios, y la ha echado tanto de menos durante los últimos meses que siente que se va a desmayar antes de hacer nada. Julia no puede ver su temblor, pero sabe cómo se siente Eleanor por la forma en que la mira, como si toda su seguridad se hubiera evaporado y sintiera que no tiene derecho a lo que está a punto de pasar.

Da un par de pasos y la coge por la cintura.

—Hola —dice en voz baja.

—Hola —responde Eleanor, con ese tono que tiene cuando algo la ha desbordado y está usando toda su energía para no mostrarlo.

Julia le pone las manos en el pecho con las palmas planas sobre la camisa, y Eleanor cierra los ojos un segundo como si el contacto

fuera demasiado para soportarlo y a la vez insuficiente para lo que necesita.

—Estás temblando —constata Julia, porque ahora sí que puede notarlo contra sus palmas.

—Lo sé.

—La primera vez también temblabas, ¿te acuerdas?

Eleanor traga saliva.

—Sí, lo recuerdo —confirma, parpadeando nerviosa.

Julia la mira con esa expresión suya que la exrectora lleva meses recordando, la que ya no es esa máscara de indiferencia que construyó con tanto esmero. Ahora solo es ella mirándola de frente con esos ojos color miel que Eleanor conoce de memoria.

—Me gusta que tiembles —susurra Julia, justo antes de besarla.

La profesora le pone las manos en la cara mientras siente que la boca de Eleanor se abre para recibirla sin prisa. La exrectora la sujeta por la cintura y la aprieta contra ella mientras comienzan a caminar despacio hacia la habitación.

Eleanor empieza a desabrocharle los botones de la camisa con sus labios pegados a esa boca de la que sabe que no se va a cansar nunca, pero está tan nerviosa que sus dedos temblorosos no son todo lo ágiles que a ella le gustaría y se estresa.

—Jodido botón —masculla cuando se le queda enganchado con un hilo, y Julia sonríe contra su cuello antes de besarla bajo la oreja.

—Tranquila —susurra la profesora.

—Estar tranquila no es algo que se me dé muy bien —admite Eleanor, y Julia vuelve a sonreír.

—Deja que lo haga yo.

Eleanor obedece y da un paso hacia atrás, y Julia desabrocha todos los botones de su camisa para quitársela y tirarla encima del tocador. Se queda quieta un momento porque Eleanor está recorriendo su torso como si necesitara memorizarlo de nuevo, y después de unos segundos, la coge de la mano y se acerca a la cama.

Julia pone una mano en su hombro cuando Eleanor se sienta y la tumba despacio; la cubre con su cuerpo, apoya los codos en el colchón y las dos se quedan mirándose mientras escuchan sus respiraciones cada vez más aceleradas.

—¿Cuánto tiempo llevamos sin hacer esto? —pregunta Julia mientras pasa los dedos por la mejilla de Eleanor con una calma que desespera a la exrectora.

—Demasiado —asegura por no poner un número, pero ambas tienen claro que son ocho meses, justo el mismo tiempo que estuvieron juntas antes de que Eleanor se fuera.

Julia baja la cabeza y la besa en el cuello, despacio, rozándola con los labios mientras Eleanor cierra los ojos y siente el recorrido de esa boca como si fuera la primera vez. Las manos de Julia le desabrochan la camisa con una precisión que contrasta con la lentitud de sus labios, botón a botón, sin prisa, y Eleanor contiene la respiración cuando la camisa se abre.

La profesora se incorpora un momento y la observa del mismo modo que Eleanor la miraba antes a ella, porque necesita asegurarse de que es real, de que está ahí sin intención de salir corriendo. Eleanor levanta el brazo y coloca la palma de su mano en la mejilla de Julia para después arrastrarla hacia su nuca y atraerla hasta su boca.

El beso es húmedo y ansioso, y Julia lo rompe tras unos segundos y comienza a repartir varios más por la barbilla y el cuello de la exrectora. Cuando llega a sus pechos, Eleanor suelta un suspiro desesperado que no logra contener, y Julia se mete un pezón en la boca como si ese sonido fuera lo que necesitaba para soltarse del todo. Sus manos se mueven por todas partes, acariciando y quitando la ropa que le molesta, incluida la suya.

—Julia… —jadea Eleanor, pero cuando la profesora aparta la boca de su estómago y levanta la cabeza para mirarla, ve que Eleanor no le está pidiendo nada, solo la mira como si no terminara de creerse lo que pasa.

—Estoy aquí —susurra y le sonríe, para después seguir con la exploración de ese cuerpo que conoce de memoria.

Le pasa los dedos por el costado ejerciendo la presión justa que sabe que hará que Eleanor tense la espalda, y después sigue dejando besos por su cuerpo mientras desciende y el temblor de la mujer que tiene debajo se hace más visible.

—Espera… —dice Eleanor cuando Julia llega hasta su sexo y pasa la lengua plana por su abertura—, quiero decir, Dios mío… —añade, poniendo una mano en el hombro de Julia con la intención de llevarla hasta su nuca.

Julia levanta la mirada un segundo, la observa y sonríe con la boca pegada a su sexo, y Eleanor tiene que esforzarse mucho para no derretirse demasiado rápido porque la mirada de deseo de Julia le ha

provocado dos explosiones de placer que han hecho que retuerza la sábana con la mano libre.

—¿Sigo? —pregunta Julia juguetona, pasando un dedo por su entrada.

—Por favor —jadea Eleanor, elevando las caderas contra su boca.

Julia no la tortura más y empieza a devorarla pasando la lengua de todas las maneras que sabe que vuelven loca a Eleanor, sorbiendo, chupando y penetrándola con dos dedos cuando siente que está a punto.

Los gemidos roncos de Eleanor empiezan a llenar la habitación, y Julia responde aumentando la presión y la velocidad hasta que Eleanor se corre con la fuerza de un maremoto; Julia no se detiene hasta que los espasmos contra su boca empiezan a disminuir.

—Hola —dice Julia de nuevo cuando sube por su cuerpo.

Eleanor suelta el aire por la nariz y carraspea para aclararse la garganta, que se le ha quedado reseca de tanto gemir y jadear.

—Hola —sonríe, pasando las dos manos por el rostro de Julia para besarla, e inmediatamente baja una de ellas a su cadera y la gira para intercambiar sus posiciones.

Ahora es Eleanor la que va despacio, tomándose su tiempo para explorar cada curva del cuerpo de Julia. La toca con las manos y la boca, que persigue cada caricia para dejar besos y pequeños mordiscos que hacen que Julia se tense de necesidad bajo ella.

—Prométeme que no volverás a dejarme —suelta Julia cuando los dedos de Eleanor se deslizan dentro de ella y su cuerpo se arquea.

Eleanor detiene el movimiento un segundo y apoya el codo del brazo libre al lado de la cabeza de Julia, apartándole el pelo de la frente mientras la mira con una devoción que ni siquiera ella sabía que sentía.

—Te lo juro, cariño —susurra Eleanor, y le besa un párpado mientras sus dedos siguen dentro de Julia sin moverse—, seré la mujer que necesitas, no la cobarde que te quiere tanto que se asusta.

Le besa el otro párpado y Julia asiente con la mirada húmeda, y Eleanor la besa mientras empieza a mover la mano que tiene entre sus piernas.

Cuando Julia se corre lo hace con la espalda arqueada, la mano de Eleanor en su pelo y varios sonidos que son la mezcla de sus gemidos y sus sollozos, porque Julia empieza a llorar en medio del orgasmo y,

con ello, se libera de los restos de ese dolor que la ha perseguido durante meses.

Eleanor se tumba a su lado y la abraza con fuerza, con una mano en su espalda y la otra en su pelo mientras el agua salada también se derrama por su cara, aunque ella llora en silencio.

—¿Estás llorando? —pregunta Julia cuando se calma lo suficiente para poder hablar.

—No —responde Eleanor, y Julia suelta una risa corta y le da un beso en el cuello.

Dejan pasar unos minutos que ambas necesitan para tranquilizarse y Eleanor se tumba bocarriba, con la mano de Julia sobre su pecho.

—¿En qué estás pensando? —pregunta la profesora con cierta timidez, como si temiera que lo que mantiene a la exrectora tan callada y con la mirada clavada en el techo fuera algo que no puede o no quiere compartir con ella.

—En que lo que te he dicho antes es cierto —empieza Eleanor—. Te quiero de una forma que a veces me asusta.

—¿Por qué te da miedo?

—Porque nunca he querido a nadie de esta manera y no sé cómo se gestiona todo esto. No tengo experiencia previa.

Julia se ríe y levanta un poco la cabeza para besarle la mandíbula.

—No tienes que hacer nada diferente, solo estar aquí, conmigo.

—Pues acostúmbrate —dice Eleanor—, porque no pienso ir a ningún sitio.

Julia se incorpora un poco y la mira en la penumbra de la habitación. Eleanor no puede ver bien su expresión porque no hay suficiente luz para que quede definida, pero sí puede ver el brillo de sus ojos.

—Del uno al diez, ¿cuánto me quieres? —pregunta Julia de repente.

Eleanor levanta una ceja y después entorna la mirada.

—¿Es una pregunta trampa?

Julia suelta el aire de su risa por la nariz.

—No. Solo quiero saberlo.

—¿Y por qué siento que responda lo que responda no acertaré? —tantea Eleanor, pasando las uñas por la espalda de Julia muy despacio, lo que provoca un escalofrío en la profesora que la hace suspirar.

—Porque eres una controladora a la que no le gusta la incertidumbre —dice Julia—. Venga, responde.

—No creo que existan números suficientes para que pueda calificarlo —dice Eleanor.

Los labios de Julia se curvan y asiente complacida.

Eleanor no dice nada más, porque la profesora se acaba de sentar a horcajadas sobre su pierna apoyando las manos a ambos lados de su cabeza mientras empieza a frotarse contra su muslo, y la mente de Eleanor se apaga y solo puede centrarse en ese sonido bajo que escapa de la boca de Julia y en el latigazo de deseo que acaba de sentir entre las piernas.

Tiempo después, se quedan dormidas sin siquiera levantarse para cenar y, cuando Julia estira el brazo hacia el otro lado como hace todas las noches, suspira y no se despierta, porque el calor que tanto necesitaba vuelve a estar ahí.

Capítulo 33

Julia huele el café en cuanto se despierta, incluso antes de levantar los párpados. Se queda un momento quieta, con los ojos cerrados y la almohada de Eleanor bajo la cabeza, escuchando los sonidos de la casa. Agua corriendo en la cocina, un cajón abriéndose y todo ese ruido que Eleanor siempre hace cuando prepara café a primera hora, aunque intente no hacerlo.

Abre los ojos y mira la hora; todavía es temprano, así que tiene tiempo de sobra para disfrutar del desayuno y charlar un rato con ella antes de que ambas tengan que irse a la universidad.

Cuando entra en la cocina —vestida solo con las bragas y la camiseta porque así es como le gusta estar por las mañanas— encuentra a Eleanor con la bata de seda y el pelo alborotado, y Julia considera que esa es una de las versiones de Eleanor Morley que nadie más que ella necesita conocer. Suspira y entra, sintiéndose como si los ocho meses no hubieran pasado y esta fuera una mañana cualquiera de las que tenían antes, cuando se quedaba a dormir en esta casa. Solo que no es una mañana como las demás: esta es la primera de su verdadera relación, porque Julia sabe que ahora todo es diferente, que Eleanor se reconoce como una mujer que ama a otra mujer y ya no necesita esconderse.

—Hola —dice, y Eleanor se gira con esa elegancia suya que sigue manteniendo incluso con la bata.

—Buenos días, ¿café? —pregunta Eleanor.

—Doble si puede ser —responde Julia, acercándose despacio hasta que le pone una mano en la cintura y le besa la mejilla.

Después se pega a ella, la rodea con los brazos y hunde la cara en su cuello mientras aspira con fuerza.

—Me encanta el olor a sexo, ¿te lo he dicho alguna vez? —susurra, y Eleanor abre mucho los ojos, pero después sonríe.

—Es un dato que tendré en cuenta —contesta, con ese lado suyo analítico que necesita organizar la información para entenderla del todo—. Siéntate mientras preparo unas tostadas; tenemos tiempo para desayunar, ducharnos y salir, nos hemos levantado muy pronto.

—Tú más. ¿Has dormido bien? —pregunta Julia mientras se sienta en una silla y coge la taza de café que Eleanor le acaba de poner delante.

Eleanor la mira, se inclina y le besa la cabeza.

—He dormido mejor que nunca —susurra, y se dobla un poco más para darle un beso en el cuello.

Cuando se incorpora, arruga la nariz y mueve la cabeza.

—Sí que olemos a sexo —confirma espantada.

Julia se ríe y después coge la taza y sopla antes de beber.

—¿Cómo lo gestionamos? —pregunta la profesora al cabo de un momento.

Eleanor se gira y se apoya en la encimera con su taza y expresión desconcertada.

—En la universidad —aclara Julia—, porque no me quiero esconder más, Eleanor. Quiero decir, que tampoco pretendo proclamarlo, pero…

—Lo sé, tranquila.

Se gira cuando la tostadora salta y vuelve a meter el pan para tostarlo un poco más.

—Lo primero es dar parte al consejo —dice la exrectora—. Es lo que corresponde dado el vínculo profesional, después de las modificaciones que ha hecho Hale.

—¿Y después?

—Hacemos lo que has dicho. No vamos a proclamarlo, pero tampoco me esconderé si te acercas y me das un beso en el pasillo —sin pretenderlo, Eleanor se ahueca la bata porque se siente sofocada.

Julia la mira. Sabe que para Eleanor es difícil aunque esté dispuesta a hacerlo, porque para ella no es solo un tema de aceptación, sino de intimidad. A Eleanor no le gusta airear nada que

tenga que ver con su vida privada, pero Julia necesita esto: saber que si la besa no se esconderá, que no seguirá ocultándola como si solo fuera un secreto.

—¿Quieres que te bese en un pasillo? —pregunta, medio en broma, medio en serio.

—Me devoraste en el baño; no veo por qué no puedes hacer algo un poco menos intenso en un pasillo.

La risa de Julia contagia a Eleanor, y la profesora se levanta y se acerca de nuevo a ella.

—Entonces, solo por aclarar, si alguien pregunta… —dice Julia.

—Si alguien pregunta, respondemos. Si no pregunta, no es asunto suyo —responde con ese tono seco que a Julia tanto le gusta.

—De acuerdo —dice, y olfatea el aire frunciendo el ceño—. Las tostadas, Eleanor.

—Mierda —masculla la exrectora, haciéndolas saltar para ver que están quemadas.

—Deja, pondré otras —dice Julia, y justo en ese momento suena el timbre.

Eleanor frunce el ceño mirando hacia la puerta y después cierra los ojos un segundo.

—Grace —dice, abriéndolos de golpe.

Julia la mira, sin entender.

—Habíamos quedado para desayunar y lo he olvidado por completo —confiesa Eleanor.

Desde el último paseo por la playa que dieron juntas, Grace se pasa por su casa antes de irse al trabajo para desayunar con ella los días que entra más tarde en el bufete, y hoy es uno de ellos.

—¿Quieres que me esconda? —pregunta Julia, dudando por un momento al ver la expresión de terror de la exrectora.

Eleanor la mira con el ceño fruncido, como si Julia acabara de decir algo en un idioma que ella no habla.

—No digas tonterías.

Julia sonríe.

—Pero —sigue Eleanor, levantando una ceja—, la ropa que tienes aquí sigue estando en el mismo sitio. Haz el favor de ponerte al menos unos pantalones.

Julia baja la mirada, se mira las bragas y la camiseta y vuelve a subir los ojos hacia Eleanor.

—Voy —dice, y sale corriendo.

Eleanor va hacia la puerta y la abre, atusándose el pelo con la mano para intentar no parecer una leona.

—Hola, mamá —dice Grace, mirándola de arriba abajo porque su madre siempre le abre la puerta vestida con un traje, peinada y lista para salir.

—Hola, Grace, pasa.

Eleanor se hace a un lado y, cuando Grace se acerca a ella para besarle la mejilla, recuerda lo que ha dicho Julia sobre el olor a sexo y se aparta casi de un salto.

—¿Qué te pasa? —pregunta Grace, desconcertada.

—Bésame cuando me haya duchado, por favor.

Su hija frunce el ceño, sin entender, y abre la boca para decirle que es su hija, que no la va a besar con asco porque todavía no se haya duchado, pero entonces ve que Julia cruza el fondo de la entrada, vestida con un pantalón de chándal y una camiseta, descalza y con el pelo recogido de cualquier manera, mientras levanta una mano desde lejos para saludarla.

—Hola, Grace.

—Hola, Jul… —Grace se detiene cuando su cerebro —todavía un poco adormecido— empieza a procesar.

Entonces mira a Julia otra vez y después a su madre, y cuando al fin entiende, suelta un grito de alegría que sobresalta a Eleanor.

—Por Dios, Grace —murmura Eleanor, cerrando la puerta.

Su hija da un paso hacia su madre con los brazos abiertos y después se detiene en seco porque recuerda lo que Eleanor acaba de decir sobre la ducha, y se queda a medio metro con los brazos en el aire y una sonrisa que le ocupa toda la cara.

—¿Habéis arreglado lo vuestro? —pregunta en voz baja, con los ojos todavía muy abiertos.

—Eso parece —dice Eleanor, pasándose la mano por el cuello con cierto nerviosismo.

Grace se pone seria de golpe. No porque esté enfadada, sino porque necesita decir algo y no quiere que su madre piense que habla en broma.

—No la pierdas otra vez, mamá —susurra—. Por favor.

Eleanor la mira y asiente, poniéndole una mano en el hombro para hacerle un gesto hacia la cocina.

—No lo haré. Te lo aseguro.

—Bien —responde Grace, y la seriedad desaparece tan rápido como ha llegado—. Ahora voy a necesitar mucho café.

Julia tiene la jarra en la mano cuando entran en la cocina.

—¿Quieres? —pregunta como si la hubiera escuchado.

—Dios, sí —dice Grace, sentándose en la silla donde estaba Julia antes—. Y tostadas, si hay, porque me parece que voy a necesitar comer algo mientras proceso todo esto.

—Hay tostadas —confirma su madre, poniendo más pan en la tostadora y cruzándose de brazos a su lado para vigilar que no vuelvan a quemarse.

—¿Os habéis lavado las manos al menos? —pregunta Grace de repente.

Eleanor se pone completamente rígida, y Julia suelta una carcajada de esas que tanto le gustan a la exrectora y asiente mientras le sirve el café.

—Sí, Grace, manos y bocas limpias —responde Julia, y Eleanor las mira horrorizada desde el otro lado de la cocina.

Está preparada para salir del armario, pero no para que su hija y su novia hablen de sexo de forma tan abierta delante de ella.

—Podéis dejar de hablar cuando queráis —murmura, cogiendo un plato para poner las tostadas.

—Podemos, mamá —responde Grace, divertida—, pero no creo que dejemos de hacerlo si te pones tan roja. Parece que te va a explotar la cara, ¿te encuentras bien?

Julia no puede dejar de reír, y Eleanor resopla como un búfalo mientras pone más pan en la tostadora.

—Creo que está bien —comenta Julia con sorna.

Grace levanta su taza a modo de brindis y Julia choca la suya mientras Eleanor pone los ojos en blanco.

Después de despedirse de Grace y de darse una ducha, Eleanor y Julia caminan por el campus en dirección al edificio de la facultad de Derecho. Lo hacen muy cerca una de la otra, pero sin rozarse, porque lo único necesario para que alguien piense que están juntas es que vea cómo se miran.

En la entrada del edificio, Thompson está con otros dos profesores, y Eleanor lo ve antes de que él las vea a ellas y, en lugar de separarse, pasa una mano por la espalda baja de Julia antes de atravesar la puerta. Thompson las mira, desconcertado, y Eleanor se

pregunta cuánto tardará este hombre en ir a hablar con Hale de lo que ha visto.

—¿Quieres que vayamos a hablar con Hale ahora? —pregunta Julia, divertida por el gesto de Eleanor.

—Tengo una clase en cinco minutos; vamos a las once, que las dos estamos libres.

—De acuerdo —Julia sonríe, porque le gusta que Eleanor se sepa de memoria sus horarios.

La profesora desaparece por el pasillo y Eleanor camina hacia su despacho con el mismo paso tranquilo de siempre, y si alguien la mira esta mañana verá lo que ve cualquier otro día: a Eleanor Morley yendo a trabajar.

Lo que no verán es que Eleanor lleva el libro de Atwood en la bolsa, que ha cogido esta mañana de donde lo tenía guardado desde enero, y que esta tarde, si Julia tiene un momento libre, piensa dárselo por fin.

Capítulo 34

—Tiene buena cara —dice Lamond cuando Eleanor entra.

La exrectora se sienta en el sillón, se echa hacia atrás con la espalda apoyada en el fondo, cruza las piernas y mira a la doctora.

—¿Eso es un diagnóstico clínico? —pregunta, acomodando las manos en los reposabrazos.

—Es una observación —dice Lamond, sonriendo ligeramente ante la expresión algo retadora de Eleanor—. ¿Cómo está?

—Bien —responde, y Amanda Lamond levanta una ceja—. Estoy bien, de verdad.

La mujer abre su libreta.

—Realmente parece estarlo —observa complacida—. ¿Ha habido algún cambio desde que nos vimos la última vez?

—Sí, uno bastante importante: he recuperado a Julia —Eleanor piensa un momento—; además, la relación con mi hija sigue mejorando cada día.

—Me alegra escuchar eso —dice la doctora, y se queda mirando a Eleanor dejando que se instale ese silencio que tanto la irrita, esperando a que desarrolle su respuesta.

Eleanor le cuenta lo de Julia primero. Le habla de la cafetería, de que hablaron de forma civilizada escuchando todo lo que la otra tenía que decir. También le explica lo mucho que se angustió cuando le habló de cómo se sentía cuando ella no estaba y del sentimiento de

culpa que experimentó, pero que ahora se siente en paz porque Julia la ha perdonado y ella está más que dispuesta a no volver a fallarle.

—Pasamos la noche en mi casa —sigue Eleanor—. Fue como hace ocho meses, la misma química y ese modo tranquilo de movernos en el mismo espacio. Me gusta ver a Julia cuando me despierto, abrir los ojos y saber que está ahí.

—¿Hace ocho meses no sentía lo mismo? —pregunta Lamond.

—Sí, sentía exactamente lo mismo, solo que no estaba preparada para valorarlo. Tal vez lo que ha pasado ha sido positivo de algún modo, porque ahora sé cómo me siento sin ella y no quiero volver a experimentar esa agonía nunca más.

La doctora asiente y apunta algo en su cuaderno.

—Es importante esta conclusión a la que ha llegado. Está empezando a comprender muchas cosas de usted misma sin que yo tenga que señalárselas.

Eleanor la mira fijamente sin abrir la boca, pensando en lo que la doctora le acaba de decir.

—Ha mencionado a Grace al empezar, ¿cómo sigue su relación con ella?

—Bien. Ambas nos esforzamos por encontrar momentos para pasar tiempo juntas. A veces me acompaña a pasear por la playa y suele venir un par de días a la semana para desayunar conmigo antes de marcharse a trabajar.

—¿Y qué pasa cuando están juntas? ¿Se siente cómoda?

Eleanor se queda callada meditando la pregunta, porque durante años la relación entre ella y Grace era tan tensa que no podían pasar más de diez minutos juntas sin que la conversación acabara en una discusión, pero ahora eso no sucede; incluso cuando Grace estaba enfadada tras su vuelta, no discutieron, simplemente lo hablaron.

—Me siento muy cómoda —responde sorprendida—. Podemos hablar sin discutir y he descubierto que mi hija es mi mejor amiga, porque puedo hablar con ella de cualquier cosa.

Lamond vuelve a escribir.

—Podemos decir entonces que el tema de Grace es un problema que se ha solucionado.

Eleanor asiente.

—Volvamos entonces a Julia: ¿cómo está gestionando la convivencia en la universidad ahora que vuelven a estar juntas?

—Acordamos hablar con Hale el mismo día. Fue una conversación de diez minutos. La rectora tomó nota, dijo que lo registraría en el expediente de ambas y siguió con su agenda —Eleanor hace una pausa—. Es una mujer eficiente, supongo.

Lamond sonríe levemente.

—¿Supone? Hale ocupa ahora su puesto, ¿cómo lleva eso? —pregunta la mujer, aprovechando la ocasión de que Eleanor la haya nombrado.

—Bien —la exrectora se toca el pelo, comprobando que su moño alto está perfecto, porque ahora, aunque no es rectora ni tiene poder, se siente tan segura como cuando lo tenía—. Hale hace bien su trabajo, no como yo lo haría, pero su método es igual de válido que el mío. Supongo que he comprendido que ese campus ya no es mi responsabilidad; mi cometido ahora es volver a enseñar y he empezado a disfrutarlo como cuando lo hacía hace años, lo cual es algo que me ha sorprendido —reconoce, levantando las cejas.

—¿Y Nora Walsh?

Eleanor suspira ruidosamente.

—Me irrito cuando la veo, no lo puedo evitar —reconoce, torciendo los labios en una mueca de disgusto—, pero después se me pasa. La semana pasada me preguntó si quería unirme a un grupo de lectura que organiza con otros profesores del departamento. Le dije que lo consideraría —cuenta como una anécdota.

—¿Lo va a considerar?

—Por supuesto que no —responde tajante.

La doctora Lamond no puede evitar una sonrisa.

—¿Por qué dice que después se le pasa la irritación?

—Porque es muy difícil sentirse molesta en presencia de esa mujer. Es agradable y sincera al mismo tiempo, y fue el pilar para Julia cuando yo le fallé, así que supongo que estoy en deuda con ella; eso y que sigue siendo amiga de Julia —añade, y hace una mueca de nuevo—. No tengo más remedio que acostumbrarme a su presencia, pero una cosa es eso y otra asistir a un club de lectura con ella.

Lamond vuelve a sonreír.

—Volvamos a Grace. Me contó que ella y Julia se unieron mucho durante su ausencia, ¿cómo es la relación entre ellas ahora que usted y Julia vuelven a estar juntas?

—Tan buena como era entonces, o eso creo. El martes pasado las dos se pusieron a discutir sobre un caso del Tribunal Supremo

durante el desayuno, y yo estuve veinte minutos escuchando sin que ninguna de las dos me pidiera mi opinión.

—¿Y cómo fue eso para usted?

—Extraordinario —dice Eleanor, con sinceridad—. Hace un año habría necesitado ser la más inteligente de esa cocina. Ahora me parece un lujo que las dos lo sean.

Lamond deja el bolígrafo y se queda en silencio, de nuevo, esperando a que Eleanor lo rellene con lo que considere necesario.

—Estoy pensando en proponer un programa de mentorías —empieza Eleanor—. Llevo semanas con la idea: estudiantes de último curso con profesionales del sector, seguimiento durante el primer año laboral, ese tipo de cosas.

—¿Y lo va a hacer?

—Sí, probablemente presentaré la propuesta el mes que viene. No sé si saldrá adelante, pero me parece que tengo cosas que aportar sin necesidad de ser rectora.

—Creo que ha avanzado mucho en las últimas semanas, Eleanor. Hemos identificado los problemas y usted está utilizando las herramientas para combatirlos de la forma correcta.

Eleanor contiene la respiración.

—Entonces, ¿no hace falta que siga viniendo? —pregunta, desconcertada.

—Eso tiene que decidirlo usted. Tendrá días malos —explica Lamond—. Su patrón de huida seguirá intentando activarse porque los patrones no desaparecen, solo se gestionan. Habrá momentos en los que su instinto de salir corriendo será más fuerte que todo lo demás, y habrá otros en que no lo gestione bien del todo, pero todo eso forma parte del proceso.

—Lo sé —dice Eleanor.

—Lo que ha hecho en estos meses, regresar, quedarse, soportar la incomodidad y elegir la vulnerabilidad cuando el instinto le decía que huyera… —Lamond la mira fijamente—. Es lo más valiente que he visto hacer a un paciente en mucho tiempo.

Eleanor se tensa y traga saliva cuando nota que le pican los ojos por la emoción, porque para otros puede parecer fácil desde fuera todo lo que ha hecho, pero se ha esforzado mucho para llegar hasta aquí, y escucharlo de boca de alguien es reconfortante de un modo que le cuesta gestionar.

—Puede llorar aquí, señora Morley —dice Lamond con suavidad—. Siempre ha podido.

Eleanor se pasa los dedos por los ojos y esboza una sonrisa seca y corta.

—Lo sé, pero ya me conoce —la exrectora se encoge de hombros y vuelve a tragar saliva con dificultad.

Lamond sonríe y asiente.

—La conozco, sí, y respondiendo a su pregunta sobre si debe seguir o no con la terapia, lo que le propongo es que no deje de venir, al menos durante un tiempo, pero sí podemos espaciar las sesiones; quizá una vez al mes es suficiente en lugar de dos. O llámeme solo cuando tenga alguno de esos momentos de miedo.

—Me parece bien.

—Pues hemos terminado por hoy —las dos mujeres se levantan al mismo tiempo—. La felicito, Eleanor. Ha hecho un buen trabajo.

—Gracias.

Cuando Eleanor sale a la calle, se sube a su coche y coge el teléfono en lugar de irse a dar un paseo o quedarse con las manos en el volante y la mirada perdida en algún sitio durante varios minutos.

Ahora abre la conversación con Julia para hablar con ella, pero antes de escribir la primera letra, cambia de opinión y la llama, porque le apetece escuchar su voz.

—Hola —responde Julia al segundo tono.

—¿Cenas conmigo esta noche? —pregunta Eleanor, todavía con ese nudo de emoción en la garganta que le ha provocado Lamond al reconocer su avance.

—Claro, ¿estás bien? —pregunta Julia, que tiene una capacidad asombrosa para detectar los cambios en el tono de su voz.

—Sí, solo he tenido una sesión un poco intensa con Lamond, pero nada preocupante.

—Está bien, cocinas tú y me lo cuentas.

Eleanor sonríe.

—¿Por qué tengo que cocinar yo?

—Porque me gusta mirarte mientras lo haces —Eleanor arquea una ceja, sin dejar de sonreír—. Pones la misma expresión concentrada que cuando lees artículos en el periódico por las mañanas.

—De acuerdo —cede Eleanor—. ¿A las ocho?

—Allí estaré —dice Julia antes de colgar.

Eleanor se queda un momento con el teléfono en la mano y el pulso acelerado, porque Julia le provoca ese efecto: hace que su corazón lata desbocado cuando la escucha o la tiene cerca, y todo eso va acompañado de un cosquilleo por el pecho que a veces la deja sin aliento, necesitando unos segundos para recuperarse.

Epílogo

La mesa golpea el tabique y Eleanor abre los ojos de par en par, apoyando una mano en la madera del escritorio donde está sentada y la otra plana contra la pared para intentar amortiguar el golpe.

—Nos van a escuchar —jadea sofocada, porque están en un hotel y ella siempre ha sido muy discreta con estas cosas en lugares así.

Julia la mira, agarrada a su cintura mientras se mueve despacio contra ella, con un ritmo tan lento y perfecto que Eleanor está temblando como una hoja.

—Me da igual —dice Julia, torciendo una sonrisa algo chulesca—, pero si te estresa, puedo parar.

Eleanor la mira y niega con la cabeza con vehemencia.

—No quiero que pares —dice jadeando.

Julia ejerce más presión y Eleanor suelta un gemido ronco cuando la nota clavarse hasta el fondo con el arnés, sintiendo una corriente que le sube desde donde Julia la llena hasta la garganta, expandiéndose por su pecho y bajando por los muslos hasta los pies que tiene apoyados en la cadera de la profesora. El escritorio vuelve a moverse y Eleanor aprieta la mano contra la pared con más fuerza, aunque ahora mismo no le importa el ruido, porque desde que Julia la ha sentado aquí, Eleanor se está limitando a tratar de sobrevivir a todo el placer que siente.

—¿Voy bien? —pregunta Julia a pesar de que ya lo sabe, y su voz tiene un tono oscuro que acelera más a Eleanor.

—Sí. No pares —susurra la exrectora.

Julia no se detiene, sigue moviéndose dentro de ella con ese ritmo que siempre empieza muy despacio y que después se vuelve más fuerte y rápido, porque eso es lo que le gusta a Eleanor: que la intensidad de los movimientos aumente de forma progresiva mientras ella permanece ahí, mirando cómo esa mujer de la que está terriblemente enamorada le da lo que necesita sin apenas cansarse.

Cuando está al borde del orgasmo, aparta las manos de la pared y la mesa y rodea el cuello de Julia por detrás.

—¿Qué haces? —pregunta, con los ojos desorbitados por la sorpresa cuando Julia sale de ella de repente.

La profesora no contesta, la levanta de la mesa y se gira para tumbarla en la cama, que está justo detrás. Eleanor cae sobre ella y, antes de que pueda asimilar el cambio, Julia está encima penetrándola de nuevo. Eleanor gime con fuerza, un aullido ronco que no puede detener y que la mujer de mirada color miel absorbe con un beso para después taparle la boca con la mano. Al sentir esa presión sobre sus labios y el burbujeo en el vientre, la corriente que lleva acumulándose un rato entre sus piernas la atraviesa por completo sin que pueda detenerla.

Eleanor se corre con la mano de Julia en la boca y la mirada dorada de la profesora sobre sus ojos muy abiertos.

Cuando deja de temblar por los espasmos, Julia se mueve, se quita el arnés y se tumba encima de ella, apoyada con los codos en el colchón y la cabeza levantada para mirarla.

—Hola —sonríe Julia.

Eleanor asiente con la cabeza con suavidad, porque todavía está demasiado sobrepasada por las sensaciones como para vocalizar un saludo. Julia le pasa los dedos de una mano por la frente para apartarle varios mechones y se queda mirándola fijamente, trazando círculos con el dedo de la otra mano sobre el hombro de Eleanor.

—¿Qué? —pregunta Eleanor ante la intensidad de su mirada, pasando los dedos por la mejilla de Julia.

—Quiero vivir contigo —suelta de sopetón.

Eleanor la mira y levanta las cejas.

—Sé que es tu espacio —sigue Julia—, que te gusta tener tus momentos a solas, pero creo que puede…

—Vale —la corta Eleanor.

Julia levanta un poco la cabeza.

—¿Qué?

—Que vale —repite Eleanor.

La mirada de Julia se entorna, como si no estuviera segura de que Eleanor la haya entendido.

—¿Te parece bien? —pregunta, con una sonrisa que empieza a dibujarse en sus labios sin que pueda detenerla.

—Sí, me parece bien —confirma Eleanor, y la hace girar hasta que ambas quedan tumbadas de lado, mirándose de frente—. ¿Cuánto tiempo llevas pensándolo?

—No lo sé, tal vez un par de meses.

—Yo lo estoy pensando desde hace al menos tres.

Julia levanta las cejas, sorprendida.

—¿En serio? ¿Tres meses? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque no quería que te sintieras presionada, o que te asustaras —explica Eleanor—. Quería que lo hiciéramos a tu ritmo. Es lo mínimo después de lo que te hice.

Julia se incorpora un poco y frunce el ceño.

—Deja de pedir perdón por eso de una vez, Eleanor.

—Es que…

—Te perdoné —la corta Julia—. Ambas hemos pasado página. Y somos dos, Eleanor; las dos tenemos derecho a decir lo que sentimos, aunque la otra no esté preparada para escucharlo. No tienes que callarte para protegerme.

Eleanor se muerde los labios.

—Tienes razón —dice al fin.

—Lo sé.

—Entonces te diré que quiero que vengas a vivir conmigo —dice, y Julia suelta una carcajada corta y espontánea, de las que le mueven el cuerpo entero y que Eleanor tanto disfruta.

—Eso ya lo había entendido —dice divertida.

—Solo quería dejarlo claro.

Julia apoya la cabeza en su pecho y Eleanor le pone el brazo alrededor del cuello, y así permanecen un rato hasta que empiezan a tener frío y se van otra vez a la ducha, porque era de ahí de donde Eleanor estaba saliendo cuando se ha encontrado a Julia en la puerta del baño, desnuda como la dejó anoche, pero con el arnés puesto.

Salen del hotel y llegan hasta el mercado navideño de esa zona de Chicago, el motivo por el que ayer cogieron un avión para hacer esta escapada de tres días.

Caminan entre los puestos con los abrigos puestos y el frío de diciembre congelándoles las mejillas, cogidas de la mano mientras se detienen en todos los que les llaman la atención y agradecen en silencio que no esté nevando.

—¿Qué es eso? —pregunta Julia, señalando unos vasos de algo oscuro y humeante.

—Creo que es vino caliente —dice Eleanor—, lo probé en Alemania durante el viaje.

—¿Y?

Eleanor se encoge de hombros.

—No se convertirá en mi bebida favorita, eso seguro, pero reconozco que con el frío sienta bien.

—Quiero probarlo.

—De acuerdo —dice Eleanor, y se acerca al puesto y pide dos vasos.

Le entrega uno a Julia y la mira, pensando que el reflejo del vino en sus ojos hace que parezcan oro líquido.

Julia bebe, y su expresión cambia de forma progresiva hasta que deja el vaso en la barra y mira a la exrectora con los ojos ligeramente entornados.

—Está asqueroso —dice, y Eleanor se ríe y se bebe el suyo de un solo trago.

—Al menos ahora puedes decir que lo has probado.

Eleanor deja el vaso junto al de Julia en la barra del puesto y le dice al hombre que estaba delicioso mientras escucha la risa de Julia detrás de ella. La exrectora se gira y la mira, y piensa que esa es la risa que quería escuchar en los hoteles de Venecia, Londres o Berlín.

Se acerca a Julia, le pone una mano en la mejilla y le da un beso corto en los labios, porque hace meses que Eleanor se deshizo de sus propios prejuicios, y ahora es una mujer que se siente completamente libre y besa a Julia cuando le apetece, haya quien haya delante.

—¿Cuándo quieres que me mude contigo? —pregunta Julia sonriendo.

—Cuando tú quieras. Tienes una llave de mi casa; solo tienes que usarla una vez más y quedarte dentro, es fácil.

Julia se ríe y asiente.

—Muy bien, empezaré a organizar mis cosas cuando volvamos y buscaré alguna empresa de mudanzas.

—Estupendo.

Eleanor le pasa un brazo sobre los hombros y siguen su paseo entre los puestos hasta que llegan a una plaza más abierta, donde hay un enorme árbol de Navidad con las luces encendidas —tan grande que impresiona— y ambas se detienen frente a él para mirarlo.

—Feliz Navidad —susurra Julia contra su oído, y Eleanor siente la corriente atravesarle todo el cuerpo.

Se gira para mirarla y ve que Julia tiene las mejillas rojas por el frío, el pelo un poco revuelto por el viento y el reflejo de las luces del árbol en esos ojos que tanto le gustan y, mientras la observa, piensa que le resultaría muy difícil describir todo lo que siente por ella porque, cuando lo intenta, se abruma y le entra ansiedad ante la idea de perderla.

—Feliz Navidad, cariño —responde, apretándola contra ella para besarle la sien y continuar el recorrido.